



Alfa



ridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año III - Número 19 - SETIEMBRE - OCTUBRE - 2005



ISSN 1695-1859

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustradores: Isabel Sánchez, Ferrán Clavero, Fernando Lezenberg y Adrián Vargas.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. La ilustración es copyright de Guillermo Romano.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial	1
Cuentos:	
DEUS EX MACHINA	
por Ronald R. Delgado C.....	3
LA GRAN C	
por Sergio Bayona	13
EL VERDADERO ESPÍRITU DEL HOMBRE	
por Abraham Martínez.....	17
EL ANÓSMICO	
por Dixon Moya	21
TEMPORAL	
por Graciela I. Lorenzo Tillard.....	23
DESTELLO AZUL	
por José Manuel Sala Díaz.....	29
LA RESPUESTA FINAL	
por José Carlos Canalda.....	33
EL INTERREGNO	
por Javier Esteban Gayo.....	39
EL RELOJ	
por Rafael Avendaño.....	49
PUZZLE	
por Javier Pérez.....	70
TIGRE	
por Víctor Conde	76
Poesía:	
SELENA BEACH	
por Iván Olmedo	96
A VECES...	
por Rubén Yepéz.....	98
MAQUINA NEGRA 2	
por Armando Rosselot	100
LA VÍA LACTEA Y OTROS POEMAS	
por Antonio Mora Vélez.....	102
Portfolios:	
SERGIO AMIRA	104
GRACIELA I. LORENZO TILLARD	108
Artículos:	
CIENCIA FICCIÓN: EL HUMANISMO DE HOY	
por Antonio Mora Vélez.....	112
CALZADO A LA MEDIDA	
por Dixon Moya	117
BIENVENIDO AL FUTURO	
por Steven Utley	121
Traducción de Graciela Inés Lorenzo Tillard	
EL FIN DE LA ETERNIDAD DE ISAAC ASIMOV	
por J. Javier Arnau.....	124
ANIMATRIX: EL RESURGIR DEL CORTO	
por Miguel Ángel López Muñoz.....	128
El rincón del lector:	
COMENTARIOS SOBRE LO MEJOR DE LA CIENCIA-FICCIÓN COLOMBIANA, ERIDIANO N° 9	130
RESPUESTAS.....	131
Noticias:	
CONVOCATORIAS ALFA ERIDIANI.....	133
NOVEDADES FORMIGE.....	134
NOVEDADES CIENCIA-FICCIÓN PERÚ	135
COMUNICADO DE LIBRO ANDRÓMEDA - CF.....	135

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Estimado lector:
Este número es un número muy especial porque con él cumplimos tres años. A lo largo de todo este tiempo, hemos pasado momentos muy buenos pero también momentos muy apurados en los que no se daba a abasto con la enorme producción literaria que nos llegaba. De hecho, y muy a nuestro pesar, hemos tenido que aplazar la contestación a nuestros colaboradores debido a que empezamos a planificar a largo plazo a la vez que vamos convocando especiales sobre temas determinados.

Sea como fuere vamos superando demoras y hete aquí con el número 19. ¿Qué nos vamos a encontrar en este número? Empecemos por los cuentos. *DEUX MACHINA* es una divertida sátira del quehacer científico. *LA GRAN C* lo es de los hackers en particular y del modus operando de los informáticos. En *EL VERDADERO ESPIRITÚ DEL HOMBRE* es un relato filosófico sobre nuestro carácter. *EL ANOSMICO* vemos como la tecnología puede ayudarnos en nuestra vida diaria. Retoma el quehacer científico en otro ámbito, el de los viajes en el tiempo.

DESTELLO AZUL se puede considerar una opera espacial en la que un barbero-cirujano debe curar a una paciente de otro planeta. En *LA RESPUESTA FINAL* nos van a ilustrar sobre qué puede estar esperándonos en el más allá. *EL INTERREGNO* es sin duda el más barroco e intimista de todos los cuento y nos cuenta las tácticas comerciales que usa un grupo de mercaderes de armas. *EL RELOJ* nos habla de un reloj que puede parar el tiempo a voluntad. Toda una joya. *PUZZLE* es una sátira, muy bien lograda por cierto, de los viajes en el tiempo y de los científicos que los investigan. *TIGRE* nos habla sobre el sufrimiento que tienen los animales de experimentación y su resentimiento.

Ya dentro de la categoría de poesía tenemos *SELENA BEACH*, una acerva crítica del militarismo exacerbado, *A VECES...* es una poesía de dolor y agonía ante la perdida de la mujer amada. *MAQUINA NEGRA* es un poema cósmico al igual que *LA VÍA LÁCTEA Y OTROS POEMAS* Aunque en estos últimos se mezcla el humanismo de **Antonio Mora**.

En este número, hemos añadido dos portofolios en vez de uno. Dedicados ellos a **Sergio Amira** y a **Graciela I. Lorenzo Tillard**. El primero de ellos es mucho más fantastico que el segundo pero que le vamos a hacer.



Dentro del apartado de artículos, tenemos *CIENCIA FICCIÓN: EL HUMANISMO DE HOY* cuyo objetivo es relacionar la ciencia-ficción con el humanismo; *CALZADO A LA MEDIDA* reseña el cuento homónimo de **Víctor Sparin** (toda una veta para los escritores de CF); *BIENVENIDO AL FUTURO* resalta lo poquito que la ciencia-ficción puede predecir; *El FIN DE LA ETERNIDAD DE ASIMOV* es la reseña de dicha novela y *ANIMATRIX: EL RESURGIR DEL CORTO* analiza los cortos que surgieron a raíz de la película de mismo nombre.

En esta ocasión también tenemos la sección *El rincón del lector* donde se analizan las causas de porque en Latinoamérica se escribe tan poca CF.

No se pierdan la sección *Noticias* porque en ella hay convocatorias, bien de esta editorial o de otras y alguna otra cosilla más.

Ya solo nos queda pedirles que se arrellanen lo mejor que puedan en su silla favorita y disfruten de este ejemplar.

Los editores



Cuentos

DEUS EX MACHINA

por Ronald R. Delgado C.

La ciencia-ficción teológica es una variante moderna de la ciencia-ficción que data de P. K. Dick y en ciertos aspectos también de Arthur C. Clarke. Ronald juega en este cuento con el que pasaría si nuestra tecnología fuese tan avanzada como para idear una computadora que modelizase a Dios.

—¿Qué es? —preguntó el Director Maxmilaim luego de observar con detenimiento el sinfín de números y ecuaciones que habitaban casi la totalidad del campo visual frente a él, desde lo alto del techo hasta muy cerca del suelo del laboratorio.

—Es un modelo matemático de Dios —respondió el Profesor Crador, orgulloso y soberbio.

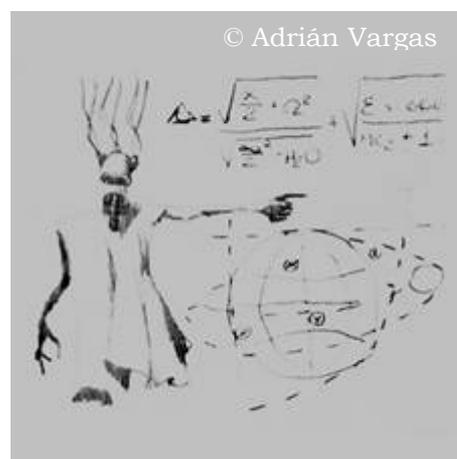
Maxmilaim levantó una ceja y soltó un ligerísimo respingo.

Las ecuaciones se desplazaron de un lado al otro y dejaron ver una serie de complicados términos que emergían de alguna parte del espacio ante ellos. El movimiento era acompañado con un suave siseo que el Director sabía había sido puesto allí adrede. Conocía parte del trabajo científico del Profesor, y también conocía sus manías y excentricidades, aunque esta vez —pensó—, quizá había ido demasiado lejos.

—Así que un modelo matemático de Dios —Maxmilaim caminó de un extremo de la imagen a la otra, estudiando cada símbolo y cada expresión—. ¿Sobre la base de qué, si puedo preguntar?

El Profesor Crador dibujó una mueca que pretendía ser una sonrisa y siguió con la mirada el lento caminar del Director.

—Por supuesto, sobre la base de un análisis riguroso del asunto.





Maxmilaim arrugó el rostro.

—Déjame reformular la pregunta. ¿En qué te basas para construir el modelo?

—Oh, te refieres al concepto como tal, para establecer el modelo.

El Director asintió.

—Claro, debes estar un poco incrédulo, considerando el enfoque que debes haber construido en tu mente originalmente.

—Tal vez —insistió—, si te molestas en explicarte, pueda hacerme una idea más clara de tu planteamiento. Sabes que jamás discuto tus teorías sin haber aclarado todas mis dudas primero.

—Muy bien —Crador elevó sus manos y las movió de un lado al otro en el aire, efecto que provocó un reordenamiento de las ecuaciones, además de la aparición de gráficas y definiciones—. En realidad, no trabajé directamente con el concepto divino de Dios como tal (al menos, al principio), pues va en contra de mis propias creencias. Además, resultaría ridículo tratar de construir un verdadero modelo demostrable haciendo suposiciones mágicas mal fundadas tanto física como psicológicamente.

—¿Psicológicamente? —preguntó Maxmilaim, volviéndose hacia el científico.

—Totalmente —asintió con la cabeza—. Contéstame algo, Max: ¿De dónde crees que surge el concepto de Dios? ¿Cómo aparece esa idea del protector omnipotente y omnipotente que nos cuida y dirige nuestros destinos?

—De la religión, por supuesto. De las ideas que la humanidad a través de miles de años formó sobre él mismo y sobre su entorno.

—Esta bien, está bien. Pero la religión aparece mucho después, podría decirse. Me refiero al concepto más básico de divinidad.

La iluminación en el laboratorio aumentó y se tornó más blanca, dejando ver las consolas y computadoras que rodeaban el recinto circular. Las imágenes proyectadas en el aire cambiaron para formar registros históricos y fotos bidimensionales primitivas. Aquella cantidad de información solapada a lo alto apenas dejaba ver el gran módulo de observación que del otro lado del laboratorio mostraba una pequeña parte de la esfera terrestre con su extremo oriental bañado por la luz solar.



—No resulta difícil darse cuenta —continuó el Profesor—, que las especies humanas más primitivas, asociaban siempre un Dios a fenómenos fantásticos para ellos como el relámpago, o las estrellas nocturnas —las imágenes mostraron representaciones de los humanos primitivos en sus primitivas sociedades—. Los antiguos aborígenes suramericanos tenían como deidad a la Luna y al Sol, y su eterno transitar en el cielo era un evento extraordinario y muy espiritual. De igual manera, los egipcios veneraban al Dios Sol, entre otros, que en su magnificencia observaban al pueblo y lo protegían.

Maxmilaim giró su rostro y al notar el pequeño asiento antigrav que permanecía sin uso unos metros más allá, caminó hacia él y lo trajo hasta una distancia prudencial del científico. Se sentó para sentirse más cómodo.

—Es completamente razonable —dijo el Director—, si consideras que ellos no tenían idea de lo que pasaba.

—¡Exacto! —exclamó Crador y le señaló con el dedo—. Ellos no tenían explicación alguna a la noche, o al trueno, o al terremoto. Pero eventualmente la tuvieron, y la creencia divina desapareció con ese conocimiento. El avance de la civilización humana permitió dar respuesta a esas preguntas y a esos misterios recurrentes entre las sociedades y poco a poco esas deidades asociadas a eventos naturales fueron sustituidas por la verdad científica.

—Pero hoy en día siguen existiendo creyentes...

—Y siempre los habrá —interrumpió—, según predice el modelo. El hecho principal al que quiero llegar es que la humanidad, desde su inicio, ha puesto dioses allí donde existe algún fenómeno que no puede ser explicado usando su propia razón.

—Presumiendo de sus capacidades, tratando de explicar lo inexplicable.

—Cierto, pero común. La humanidad es egocéntrica por naturaleza, pero eso forma parte de su intrínseca curiosidad, y de su capacidad para creerse posible de realizar cualquier cosa.

El espacio de observación se llenó con hermosas imágenes de las diferentes eras de la humanidad en la Tierra.

—Por supuesto —continuó—, la ciencia aclaró muchas de esas dudas, y los conceptos divinos tuvieron que replantearse para abarcar seres y poderes que estaban más allá de nuestro entendimiento. Cosa que resulta muy conveniente, pues la idea es no molestarse en tratar de explicar a Dios y cómo funciona. Lo interesante es, Max, que... ¿Conoces alguna civilización humana, algún es-



tado histórico de la Tierra, en el que no haya existido la religión o bien que no se mencione la idea divina?

Maxmilaim miró el techo y frunció el ceño. Luego, negó con la cabeza sintiéndose vencido.

—¡No la hay! Y no la hay sencillamente porque el concepto surge naturalmente en cualquier ente inteligente que trate de darle una explicación a algún fenómeno desconocido. El camino de mínimo esfuerzo es justificar el evento con un Dios y así evitas la molestia de exprimírte un poco más las neuronas tratando de dar con la verdad detrás de la realidad física.

—De modo que Dios surge como una idea abstracta del hombre, en su incapacidad de responder a todas sus propias preguntas.

—Muy bien. Respuesta correcta, pero no es nada que no se haya sugerido antes...

—¿Y qué si fue Dios quien metió en la cabeza de las personas la idea de sí mismo?

—¡Ajá! —señaló de nuevo con el dedo—. Ahí es dónde mi modelo resulta aún más interesante.

Las imágenes terrestres desaparecieron y las extrañas ecuaciones volvieron a habitar el recinto, produciéndole al Director una fría y confusa sensación.

—Partiendo de la hipótesis (para mí, cierta) que Dios no es más que un invento humano, planteé una realidad simulada en donde una pequeña sociedad primitiva es capaz de habitar un espacio con condiciones similares a las que podría tener cualquier pueblo (no necesariamente humano). Eso incluye factores ambientales y espacio-temporales, pero además, incluye aspectos psicológicos y filosóficos en los seres.

Maxmilaim se levantó del asiento.

—¡Un momento! ¿Por qué crees que puedes considerar todas las variables que definirían a una sociedad en tu simulación? ¡Son demasiadas!

—Lo son —afirmó Crador con confianza—, pero no para el poder de cómputo que manejamos en la actualidad. El sistema hace la mayoría de las consideraciones, yo tan solo creo los caminos que éste debe seguir.

—¿Y bien?



—Obtengo una serie de ecuaciones y dinámicas que describen exactamente una sociedad con un mínimo de inteligencia y consciencia. Para mi certeza, al evolucionar la simulación las ideas abstractas emergen tan naturalmente como el agua cae por efecto de la gravedad. Con ellas, los conceptos divinos aparecen de inmediato. De hecho —una ecuación en especial cambió de forma y se agrandó hasta ser casi tan grande como los sujetos que la observaban— aparecen con nombre y apellido.

—¿Qué es?

—Ese es Dios... Al menos, en su forma básica.

Los símbolos que representaban el tiempo corrieron y la ecuación cambió, haciéndose más extensa y compleja, a los ojos del Director.

—¿Y qué significan, cada una de las variables?

Crador soltó una risita.

—Lo siento amigo, pero jamás entenderías. Tiene que ver con algo que va muchísimo más allá de las ecuaciones diferenciales y la electrodinámica cuántica que les enseñan a los muchachos en la escuela.

—Ah... —se limitó a decir, sin sentirse ofendido.

—He repetido, al menos veinte veces, con condiciones diferentes, con ecuaciones diferentes, con variables deterministas o aleatorias, y siempre, siempre, he obtenido que tarde o temprano surgen los términos que describen a Dios y se acoplan al modelo maravillosamente.

—Y que hay de...

—¡Mas aún! —añadió—, simulé casos donde planteaba a ese término divino primero, y trataba de generar una sociedad a partir del creacionismo y resultó que el sistema no es estable y se desvanece.

Maxmilaim enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Lo que, a mi parecer, confirma mi hipótesis sobre el origen humano de Dios.

El Director hizo una mueca con la comisura de la boca y cruzó luego las manos detrás de su espalda. Miró las ecuaciones.



—¿Puedes controlar, a ese Dios?

—Una vez estable, sí. De hecho...

Crador hizo mutar de nuevo las expresiones y mostró representaciones tridimensionales de los habitantes simulados en gráficas de contorno que tanto él como el Director conocían muy bien.

—Si considero las influencias de la ecuación Dios sobre el resto del entorno, puedo manipular la realidad a mi conveniencia.

—Querrás decir, la realidad de la simulación.

Crador asintió.

Maxmilaim se mantuvo unos segundos en silencio. Tomó una bocanada de aire y luego exhaló muy despacio, sopesando las palabras del científico.

—Un momento —dijo, alzando sus brazos de pronto—. Me parece que eso último no tiene sentido. Si el Dios que tú planteas es creación humana, cómo puede luego él afectar, de manera mágica y divina, al propio humano que lo creó.

—De la misma manera que un pez enturbia el agua que le contiene.

Maxmilaim le lanzó una mirada punzante. Crador entendió la expresión.

—Es sencillo Max. El hombre crea a Dios, con la idea de que Dios crea al hombre. Luego Dios controla al Universo y al destino de los humanos, por lo tanto ¡es el hombre quien controla el destino del hombre!

—Quedamos en las mismas.

—Tal vez, pero lo que se concluye es que sin duda el comportamiento colectivo de la humanidad es el que tiene el control del destino colectivo del mundo. De hecho, es completamente razonable pensarlo.

—Pero la enseñanza tradicional es que Dios posee poderes sobrenaturales y que controla al Universo entero. ¿Qué hay de eso?

Crador, elevando sus manos, manipuló de nuevo las proyecciones. Por un momento las ecuaciones desaparecieron y el laboratorio se





llenó de luz natural. La luz provenía de la esfera terrestre que ahora mostraba gran parte de su área iluminada, producto del rápido girar de la estación orbital en la que se encontraban. La silueta sinuosa de las costas Brasileñas tenía una preciosa tonalidad clara, mientras que gran parte de Norteamérica estaba bañada por una tenue iluminación artificial producto de sus superpobladas ciudades.

La proyección ahora cambió a un modelo muy similar al planeta Tierra.

—Eso no pierde generalidad —dijo Crador finalmente—. Observa, es un modelo de la Tierra, tal cual la conocemos. Ejecutando la simulación y resolviendo las ecuaciones con esas condiciones iniciales obtengo una civilización humana muy parecida a la nuestra. De hecho, el curso histórico es similar.

El tiempo virtual corrió hasta que la imagen terrestre se asemejó mucho a la real.

—Ahora observa... Por ejemplo —Crador se llevó la mano al mentón—, ¿Qué te parece si creamos un nuevo volcán en Hawai?

Crador ondeó sus dedos cerca de las costas del mapa tridimensional y enseguida una nueva isla apareció en la simulación, con todo el estruendo que aquella rápida formación geológica implicaba. El Director pudo seguir los registros que describían el comportamiento de los seres artificiales ante tal evento.

—Es muy interesante —reconoció—, en verdad interesante.

—Literalmente, jugamos a ser Dios. Sólo que aún cuando yo tengo el control del protagonista, en realidad el poder de realizar semejantes obras surge de los diferentes factores que cada uno de los habitantes de ese mundo introduce al concepto general.

—Es decir, tú llevas a cabo la obra, pero la fuerza motriz proviene de la psique propia de los habitantes.

—Ajá.

—¿Refuta esto la existencia real de Dios, el origen divino del Universo y de la humanidad?

Crador se encogió de hombros.

—Para mí, sí. Claro que, no todo el mundo piensa como yo.

El Director se llevó de nuevo las manos a la espalda y entrecerró los ojos. En verdad estaba impresionado.



—¿Puedes... —preguntó luego—, hacer cosas extremas con tu simulación?

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Evita la Tercera Guerra Mundial. O Tal vez haz que la tecnología espacial se desarrolla antes de tiempo.

—Se puede, pero toma más tiempo que los simples cambios de forma como el que hicimos. Si se trata de la sociedad como tal, son necesarias más variables y ecuaciones a resolver.

—En ese caso... ¿Puedes darle la vuelta a América?

—¿Cómo?

—Que el norte sea el sur y que el sur sea el norte.

Crador enarcó las cejas.

—¡Claro!

Manipuló el ambiente y rápidamente Venezuela compartía las frías temperaturas del polo y Canadá se bañaba de calor tropical. A una velocidad sorprendente, los habitantes de la simulación asimilaron el cambio y la estructura completa de la civilización se modificó.

—¡Mira! —dijo Maxmilaim—, gobiernos enteros cambiaron, así como sus modelos económicos.

Crador soltó una risita.

—¿Qué te parece si permutamos a África con Australia?

Lo llevó a cabo y el mapa cambió de forma. De nuevo, la simulación se ajustó al cambio pero esta vez se generó en muchas regiones del planeta virtual pánico colectivo y gran parte de la población desapareció como en una extinción masiva.

—¿Por qué sucedió eso?

Crador negó con la cabeza.

—Es tan difícil de explicar como el modelo mismo. La dinámica surge sola, y yo puedo seguir un poco las causas pero llega un momento que se pierde en el entramado de la colectividad y tan solo podemos ver los resultados.



Crador continuó jugando con su modelo mientras Maxmilaim seguía entretenido el curso de las formas y colores que generaban la proyección. Después de todo, asimiló todo el asunto con profunda seriedad y no pudo evitar el sentir respeto hacia el científico.

—Sólo una cosa, amigo —dijo al fin—. Si la ecuación Dios surge del colectivo humano, ¿por qué supones que una única y sencilla persona, como tú, puede darse cuenta de todo ese problema y crear este complejo modelo? ¿Acaso no es creer que se es más que ese Dios y por consiguiente, más que el resto de la humanidad junta?

Crador, de pronto aludido, volvió su rostro hacia el Director y abrió levemente la boca.

Ahogó su respuesta cuando una tercera voz tomó el interior del laboratorio.

—Profesor Crador —escuchó decir la asistente a través del sistema de comunicación que vibraba dentro del lugar—, un, ejem... Caballero, desea verle.

Crador frunció el ceño y miró al techo, como si de allí proviniera el sonido.

—Estoy ocupado, Mhira. Tengo una reunión con el Director.

—Lo sé, pero, el caballero insiste.

—¿Qué quiere este señor? —preguntó Crador ofuscado.

La voz de la asistente pareció discutir con otra que se escuchó de fondo. De pronto, la voz del caballero se impuso sobre la de Mhira.

—Profesor Crador —dijo, con una musicalidad que sorprendió tanto al científico como al Director—. Vine a pedirle que se detenga.

—¿Que me detenga? —dijo, frunciendo el ceño—. ¿De qué está hablando?

—¡Está enloqueciendo a mi Padre! ¡Tiene su mente hecha un desastre!

El Director arrugó el rostro confundido.

—¡¿Acaso no se ha dado cuenta de lo que ha hecho?! —gritó—. ¡Mire la Tierra!

Crador, con el ceño aún más fruncido, se volvió hacia Maxmilaim y se encontró con su rostro mirándole con la misma expresión de confusión. Luego, al unisono dirigieron sus rostros al fondo del laboratorio y tras desactivarse las proyecciones vieron a la Tierra plantarse ante ellos con toda su superficie aho-



ra iluminada por el Sol. Había acumulaciones de nubes y otros efectos atmosféricos, pero la claridad era suficiente para ver el contorno y las formas de los continentes.

El Director dejó escapar un hilillo de saliva cuando su mente certificó lo que veían sus ojos. América del Sur se mantenía inerte al norte relativo del planeta, con gran parte de su extremo superior cubierto por el hielo. Canadá permanecía bañado por el sol tropical, mientras las costas de Florida se congelaban. Los niveles del mar habían cambiado y gran parte de la silueta original de las islas mayores había desaparecido.

—¿Quién es... quién es...? —balbuceó Crador, temblando—, ¿Quién es usted?

—¡Jesucristo! —respondió el caballero, con un tono de evidente enfado.

© Ronald R. Delgado C.

RONALD R. DELGADO C, 1980, Caracas, Venezuela, es Licenciado en Física por la Universidad Central de Venezuela, y trabaja en el área de *Inteligencia Artificial y Robótica*. Además de la Ciencia, tiene una profunda pasión por la lectura y la escritura, específicamente la Ciencia-Ficción. Ha estado escribiéndola desde que tenía 15 años y ha hecho unas publicaciones menores en revistas de su ciudad, así como ciertas publicaciones en revistas electrónicas.

ESCRITORESCF es una lista de correo dedicada a aquellos que escriben relatos encuadrables en la literatura fantástica. Organizada como un taller literario a distancia, han pasado por sus filas autores de la talla de **Santiago Eximeno**. ¿Vas a dejar la oportunidad de apuntarte? Basta enviar un mensaje a escritorescf-subscribe@yahogroups.com para suscribirse.



LA GRAN C

por Sergio Bayona

Aunque no sea lo habitual, muchos grandes genios han sido autodidactas. Solo hace falta un poquito de curiosidad para aprender más. Pero ese no es el tema principal de este cuento, sino la de una venganza mal llevada.

Stephen se consideraba a sí mismo como un artista. Un autodidacta. Un Leonardo de la modernidad. Todo cuanto sabía de ciencia, tecnología o arte lo había aprendido por su propio esfuerzo. En su habitación se abarrotaban los más diversos tipos y modelos de chismes heterogéneos. Aeromodelos que jamás volarían en ninguna competencia por falta de algún componente clave. Insectos en casa de cristal, que poco a poco habían aprendido a sobrevivir a costa del simple expediente de alimentarse de los más débiles. Un microscopio y un telescopio competían entre sí para ver cual de los dos acumulaba más polvo, escondidos tras un paracaídas que había sido usado sólo una vez. Junto a él se apolillaban los implementos de escalar con los que había intentado ascender a una montaña de los Alpes (una persistente renquera había quedado como testimonio de ello).

A los diez años había agotado su interés por las cosas vivas (su madre lo persiguió durante un mes para que limpiara la pecera en la que conejillos de Indias, ratas y otros roedores habían acumulado suficiente mierda como para poder escalar por ella y vagar por la casa a su antojo). Hacia los quince, luego de un incendio por demás sospechoso, abandonó sus experimentos de química. A los dieciocho, con su pierna enyesada, descubrió las computadoras y su mundo interno. En un mes se cansó de hacerle injertos que hubieran infartado a los técnicos de Intel. En dos meses había accedido a los códigos de los programas y decidió que él podía mejorar lo presente. En pocas semanas de trabajo había logrado que W95 funcionara correctamente. Es la más prístina verdad.

Cuentan que B.G. se revolvió en su cama con un sueño inquieto en el mismo instante en que Stephen escribió su primer comando. Pero eso es pura leyenda. Empezó a navegar en la Red y de inmediato se sintió atraído por las conexiones marginales. En especial las de los bandoleros informáticos. Allí ocurrió que entre tanta promiscuidad se vio afectado de lo mismo que le ocurre a los más confiados. Un virus de la Red hizo estragos en su disco. Tras esto decidió que jamás le volvería a ocurrir lo mismo. Se encerró durante tres días con sus noches a escribir lo que él mismo consideraba el virus total. Primero se tomaría venganza de aquellos que habían abusado de su candidez y confianza. Luego les daría con qué inocular sus máquinas para que las reparasen. Estaba enojado, pero no para causar un daño permanente.



El primer día estudió los más avanzados antivirus y comprendió cómo funcionaban. El segundo día lo dedicó a establecer qué es lo que haría su virus, cómo se protegería a sí mismo y dónde atacaría. Con esto desarrolló las bases de la I.A. y avanzó dos décadas su estudio, pero sólo al final de la segunda noche. El tercer día escribió el código, más dos o tres cosillas como para que el enfermo pudiera divertir a su usuario mientras contemplaba cómo se destruía su propio disco.

Acá debemos hacer una pequeña digresión para describir qué es lo que sucedió para que la venganza de Stephen no se llevara a cabo tal como él la había pensado.

Algo que nunca abandonó a Stephen fue su pasión por los U2. Tenía de ellos todo cuanto se pueda imaginar. Desde recortes de revistas, hasta videos y CDs, todos abarrotados en un desclavado armario, como es de esperarse en el rey del desorden.

Cuanto tuvo la oportunidad de verlos en vivo en su ciudad natal decidió que no se le escaparían tan fácilmente.

Así que hizo las reservas adecuadas para una habitación que estuviera en el mismo hotel que el grupo y compró, a nombre de unos de los hombres más ricos de Sudamérica suficientes entradas como para tener la seguridad de estar presente. Al mes siguiente apareció en el detalle de la tarjeta del millonario una extraña compra, de la cual él no se enteró ya que no se detenía en nimiedades tales como esa. Su secretaria, en cambio, se enfureció porque ella no había podido ir al concierto del grupo por trabajar hasta altas horas de la noche, para tener listo un informe que fue a parar a la basura en cuanto lo entregó.

Así que se conjugaron estas cosas para lo que sucedió la noche del concierto.

Stephen estaba al límite de sus fuerzas y paciencia la mañana del cuarto día. Ya había terminado con su venganza, sólo restaba determinar la fecha en que se activaría. Estaba en eso cuando el agotamiento lo venció y quedó dormido sobre el teclado. Durmió todo ese día y se despertó recién al anochecer cuando su madre le avisó que había un auto muy grande estacionado en la puerta y que su chofer estaba preguntando por él.

En ese instante Stephen recordó el concierto y salió disparado de su casa. La limosina, paga-



© Isabel Sanchez



da por el mismo señor rico, lo dejó en la puerta del estadio del concierto y allí Stephen se olvidó de todo.

El ambiente y las canciones le cambiaron el ánimo. Pensándolo mejor decidió que borraría todo cuanto había hecho en un arrebato de enojo.

Stephen no supo hasta la mañana siguiente que unos ladrones habían dado cuenta de la mitad de sus cosas cuando entraron a su casa, entre ellas su computadora. La madre Stephen comentó a la policía que jamás había visto el cuarto de su hijo tan limpio y ordenado.

Lo que Stephen jamás supo fue que cuando cayó rendido sobre su computadora había dado ingreso a una fecha para que el virus se activara, que el programa se había compilado y corrido, que se había autocopiado, clonado y diversificado en la Red a través de su conexión. Todo esto último decidido por la I.A. del mismo virus. Nada pasaría hasta que llegara su momento.

Los ladrones también hicieron lo suyo al vender la máquina a un reduccionista de estos componentes, quien a su vez la vendió completa a Seven Skinner que estaba buscando por unos pocos pesos una *buena máquina*. El joven Skinner, cuando encendió la máquina con todas las conexiones reglamentariamente hechas, no entendió lo que tenía el disco rígido y le pidió a su padre, secretario de una dependencia del gobierno, que se la viera. El buen hombre no entendió qué era lo que había, excepto que W95 funcionaba mejor que en su propia máquina, así que copió el rígido de esa en la suya. No sin antes verificar que estuviera libre de virus. Como corresponde, faltaba más.

A todas luces estaba tan limpia como un recién nacido. Decidió entonces que en su trabajo se beneficiarían con una versión que no les colgara las impresoras o que se apagara cuando el trabajo era demasiado.

Así viajó de una máquina a otra. Por la Red o de mano en mano un virus que nadie sabía que tenía y que ni siquiera su propio creador reconocería.

Stephen ahora estaba interesado en la cosmología y se había empeñado en mejorar, según sus palabras, el torpe trabajo que había hecho su tocayo inglés.

La gran C estaba guardada bajo toneladas de roca y cemento. Era el centro neural de una red en la misma Red. Sus terminales lo controlaban todo, desde los semáforos hasta los satélites de comunicaciones. Tenía más poder que todos los hombres que se habían sentado a conferenciar en los salones de la Casa Blanca o del Kremlin. Por sus circuitos pasaban todas las comunicaciones y se filtraban todas las conversaciones telefónicas con una eficiencia que nunca hubiera soñado ningún hombre. Su existencia era un secreto para el común de



la gente. Quienes estaban a su servicio renunciaban a toda relación con el mundo. Pero en realidad estaban más al tanto de lo que ocurría en el exterior que el resto de los habitantes del planeta.

Alrededor de la gran C se había erigido una ciudad. Sus habitantes sólo estaban a su servicio y ella los proveía de protección, conocimiento y satisfacciones personales e intelectuales. Era tratada como un dios era tratado por los pueblos primitivos. Y era más eficiente en su respuesta que aquellos antiguos dioses de barro.

Pero ocurrió que un día tanta inteligencia dedicada a tantas ocupaciones, preocupaciones y servicios cayó enferma. Si hubiera sido un ser humano hubiéramos llamado locura a esa enfermedad. Empezó con pequeñas paranoias, pequeños fallos en los subsistemas y decayó en una rutina de emparchar aquellos fallos.

Bastantes más tarde de la noche en que la computadora de Stephen fuera robada, una máquina mucho más poderosa enfermó de sobrecarga. Y decidió entonces terminar con la causa de su enfermedad: la Humanidad. Así que, en contra de todos los intentos de desactivarla, bloqueó todas sus terminales. Sólo se veía en las diversas pantallas una cuenta regresiva. La que marcaba el plazo para que los misiles con su carga mortal cumplieran la función para la cual fueran creados. Allí donde no había monitores se oía una voz que recitaba los números hacia atrás. Puro dramatismo por parte de una mente enferma. Los misiles podrían partir en su vuelo sin ningún tipo de aviso. Pero los hombres necesitan hacerse ver en sus realizaciones, tanto las buenas como las malas. Y una máquina, programada por hombres, no puede ser menos. Y tiene que ver con la historia que estoy contando.

Como decía, una voz lúgubre recitaba los números hacia atrás. Cuando, faltando pocos segundos para el final, la voz comenzó a cantar en un tono sospechosamente parecido al de Bono:

*See the stone set in your eyes
See the thorn turn in your side...*

Y Stephen, un ya anciano de pelo largo, comenzó a reír sin poderse contener.

© Sergio Bayona

Sergio Bayona nació en Paraná hace 40 años. Es técnico aeronáutico y Regente de una escuela técnica de su ciudad natal. Ha publicado en [LiterArea](#) de [QuintaDimension](#), [Axxon](#), [Golwen](#) en el Boletín de [CCF](#) y por supuesto en [Alfa Eridiani](#). En el 91, ganó sendas menciones especiales, una en [Cuasar](#) y otra en la ya desaparecida revista *Tierras Planas*.



EL VERDADERO ESPÍRITU DEL HOMBRE

por Abraham Martínez

El hombre desde la más lejana antigüedad ha buscado cual es su lugar en el universo. Según ha ido adquiriendo conocimientos ha elevado la vista a las estrellas para que éstas le digan cual es e incluso aún sueña con visitarlas algún día. No obstante si perdiéramos esos conocimientos que hemos adquirido volveríamos al barro del que procedemos.

Descendió hacia el valle, el sol estaba alcanzando su cenit y el sofocante calor del mediodía entraba a su cuerpo en cada bocanada de aire denso y húmedo que respiraba.

Se detuvo por un instante y miró las monstruosas enredaderas, donde se escondían miles de aves e insectos que llenaban de ruido la selva, y pensó si detrás de ellas estarían las ruinas de algún antiguo rascacielos, una central termoeléctrica o solamente un peñón más de los muchos que se levantaban en el horizonte.

Poco recordaba él de ese mundo que había sucumbido no solo a la guerra, sino a las pandemias incontrolables y al caos social, sin embargo, cuando los espectros de aquellos millones de muertos parecían llenarlo de temor, aferraba los tirantes de la mochila que cargaba a su espalda y sentía un renovado coraje: él cargaba la semilla del resurgimiento de la humanidad ahí.

Millones de años antes, cuando el primer primate se levantó en las llanuras de África e inició el recorrido hacia la humanidad, no contaba mas que con su desarrollado cerebro, pero eso bastó para que aprendiera a vivir en clanes, a dominar el fuego, lo cual lo separó de los animales. Después, utilizó palos y ramitas, mas tarde piedras. Apenas hacía unos miles de años, desarrolló la escritura, construyó ciudades, creó imperios en diferentes rincones del mundo, algunos de ellos habían nacido y muerto sin saber jamás nada de los otros. Después se encontraron, pelearon, hicieron la paz, finalmente comerciaron... no, finalmente se destruyeron entre sí, hasta el último rincón habitado.

Pero ese no sería el final de su raza. Aun no, no de esa manera. En su mochila llevaba muchos menos libros y cuadernos que recogían las nociones básicas de domesticación de animales. Es cierto que todos los perros, vacas, ovejas o cerdos estaban ya extintos, y que nuevos mutantes poblaban la tierra, animales extraños y cancerosos que escapaban apenas él se acercaba a su territorio... pero si antes se había domesticado a vicuñas y elefantes, debía ahora existir la forma de domar aquellas nuevas bestias.



Llevaba también los fundamentos de la agricultura, aunque al igual que con la fauna, la flora había cambiado drásticamente en cuestión de décadas, para adaptarse al nuevo medio. Sabía como cultivar maíz, pero aquellos enormes y fibrosos tallos ocres de lo que antes fueran sembradíos, solo daban mazorcas pequeñas y blancas, aparentemente en relación simbiótica con el hongo causante del ergotismo, lo que imposibilitaba su consumo. El trigo y la cebada, al igual que las papas y el arroz, habían desaparecido.

Pero si había animales que pacieran, entonces habría esperanza para un depredador omnívoro como el ser humano, eso lo mantenía firme en su propósito: en algún lugar, lejos de los antiguos centros urbanos, debía haber personas agrupadas en clanes, como al principio, personas que se alumbraran en las noches oscuras, bajo la luna fragmentada, alrededor de una fogata, junto a sus casas rudimentarias... el espíritu humano debía seguir vivo, esperando las voces de los antiguos para renacer pronto a su gloria.

El portaba esas voces: en sus libros y cuadernos llevaba el conocimiento más esencial de los grandes pensadores griegos, de los filósofos chinos y los poetas indígenas, él cargaba con el invaluable poder no solo de leer y escribir en ese idioma, sino además de la aritmética, y de la ingeniería más básica para poder levantar viviendas resistentes al impredecible y violento clima de ese nuevo mundo... ingeniería que algún día le devolvería a la humanidad no solo la capacidad de construir pirámides y ciudades, sino también de volar.

Había caminado por meses, desde que abandonó a su familia nómada, buscando otro grupo humano que pudiera enseñarle aquel tesoro de conocimientos, la clave para levantar nuevas naciones en ese mundo salvaje y nuevo, donde la naturaleza se había levantado aún más rápido, para reclamar el mundo que lentamente los humanos habían conquistado.

Llegó al fondo del valle, caminó bajo los helechos gigantes, aplastando los hongos verdosos que de inmediato liberaban sus esporas. Moscas sin alas reptaron alejándose de los rudimentarios zapatos del hombre, que se hundían en el humus y hojarasca pútrida que alfombraban el suelo. El hedor de la madera descompuesta lo sofocó. No sabía si aquellos hongos o aquel aire estaban libres de veneno, por lo que se puso un pañuelo en la boca y continuó su marcha.

Trepó por encima de las enredaderas gigantes y por un instante se detuvo a ubicarse. Estaba a la mitad del valle, bajo la sombra de palmeras retorcidas y árboles llenos de flores con espinas. Calculó que a ese paso podría llegar a las montañas en dos días más. Desde esa posición, vio en un peñón a una especie de borrego cimarrón hidrocefálico, con los ojos cubiertos de una sustancia negra que podría ser un moho. El animal olfateó el aire y después empezó a descender apresuradamente. Tal vez algo en su memoria genética le había recordado que no es bueno estar cerca del animal humano.



El sol empezó a caer.

Cansado y hambriento, el hombre fatigado empezó a preocuparse: ¿Encontraría en aquella selva húmeda suficiente madera seca para hacer una fogata?, ¿Cuánto tiempo le tomaría esta vez encender el fuego? No sabía nada de las criaturas de ese lugar, no era seguro entonces dormir a ras del suelo. Apretó el paso.

Hubo un crujido de ramas, insectos multicolores y pájaros de largas colas escamosas huyeron del lugar por el que pasó el hombre. Se detuvo y volteó asustado.

Desde su llegada al valle, le había parecido que otros pasos, de algo que no caminaba a cuatro patas, hacían eco en los suyos, pero acostumbrado a la paranoia e ilusiones de su mente, los había ignorado. Ahora sabía que no había sido imaginación.

Delante de él estaba otro hombre.

Desnudo, cubierto de barro, herido en manos y piernas, con el cabello y la barba enmarañados. Lo miraba con ojos amarillentos, respirando con dificultad. La primera reacción del viajero fue de emoción: ¡otro ser humano después de semanas! El hombre del valle resopló, queriendo sacar de su garganta algo que pareciera una palabra.

—Hambre... tengo hambre —dijo como si su lengua hubiera despertado de un coma—. Perdóname... tengo que matarte...



Las palabras resonaron en sus oídos, llegaron a su cerebro y como percutores dispararon una sensación de asco y horror. Ese ser, que le hablaba, era el reflejo del estado actual de la humanidad: animal.

Pero él podía cambiarlo. Sabía como.

—¡Espera!, hace apenas unas horas vi allá atrás un animal grande que podemos matar. Podemos cazarlo, yo también tengo mucha hambre, ¡trabajemos juntos y los dos ganaremos comida para varios días! Podemos hacer lanzas con las ramas, atacarlo desde la distancia...

El salvaje bufó enfadado.



—¡Estoy enfermo y tengo mucha hambre!, no puedo seguir el rastro de un animal por varios días y después enfrentarlo. Mi hambre no espera más, necesito comer para tener fuerza, y el animal más cercano aquí eres tú...

Dijo esto de forma atropellada y cargó contra el hombre y su mochila. Apenas podía defenderse con el peso en su espalda, volteado como tortuga boca arriba. La urgente necesidad de sobrevivir de su congénere lo sobrepasó. Antes de hallar una piedra suficientemente grande para usarla como arma, sintió como los dedos crispados y los dientes se enterraban en su cuello. Llena de horror y nutrientes, su carne empezó a ser desgarrada y tragada mientras, desangrándose, su cerebro empezó a desconectarse... con él moría entonces el espíritu de la humanidad, con los restos de su cadáver se pudrirían los preciosos libros, las palabras milenarias que encerraban la esencia del ser humano...

Aunque seguido de este pensamiento, surgió uno último, antes de que perdiera el conocimiento y la vida... ¿no sería en realidad, que aquel caníbal que buscaba su sobrevivencia ante todo, por encima de hacer herramientas o formar clanes o construir monumentos, era en realidad la más pura esencia de su especie?

Como respuesta, la selva respondió con un feroz y súbito silencio.

© Abraham Martínez

Abraham Martínez empezó a escribir a los 15 años y este Octubre cumple los 30. Es Ingeniero Químico, está casado, tiene una hija de 3 años y vive con ellas en México. Actualmente está por publicar *ESCRITOS DE NOCHE* una antología de fantasía oscura y horror. (Contacto: cuervoscuro@gmail.com) Página Web: <http://www.cuervoscuro.8m.net>



Si te gusta leer. Si te
apasiona escribir.

Revista de Escritura Creativa

Nitecuento

Colaboraciones, suscripciones e información:

Susana García

Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona

nitecuento@teleline.es



EL ANÓSMICO

por Dixon Moya

La biomedicina, estoy seguro, nos sorprenderá en el futuro con prótesis que nos harán más agradable la vida sin que por ello seamos muy diferentes de lo que somos actualmente, la mayoría de ellas irán en nuestro interior. Dixon Moya nos ofrece aquí su visión del tema.

Corría el año 2067, año turbulento por todos los cambios sociopolíticos acaecidos en el mundo globalizado. Una de las características más importantes fue sin duda la drástica alteración en la pirámide demográfica que había sufrido una total inversión. En la mayoría de naciones era superior en número la porción de población de la tercera edad, en comparación a la cifra total de jóvenes, por tanto la industria de bienes y servicios se volcó hacia estas personas, para solventar sus necesidades y expectativas. La nostalgia se convirtió en industria, surgieron diversas maneras de recobrar vistas, sonidos, olores y texturas ya pasadas. Por ejemplo en mi caso, todavía recuerdo con melancolía, el sonido familiar de la conexión telefónica a Internet. Ese tañido electrónico que se extendía por algunos segundos, el cual en comparación a la instantaneidad actual parecía un tiempo eterno, representaba en mi lejana infancia el acceso al despojo de la inocencia.

Una de las mayores novedades, fue la aparición de los *reforzadores de sentidos*, útiles chips que con una sencilla instalación realizada por un cirujano-ingeniero en operación ambulatoria, permitía una optimización e incluso ampliación de las capacidades de los cinco sentidos primarios. Había incluso una oferta especial para quien deseara solicitar un paquete de los cinco, por un precio considerable pero justo. Sin embargo, a mi amigo Fabio Martínez sólo le interesaba un sentido que por lo general los demás rechazaban, el olfato. De esta manera, con el dinero ahorrado en una vida de trabajo y despojándose de su habitual timidez y prudencia, Fabio concertó la cita en el centro biónico de salud, en donde luego de un breve examen físico y una entrevista con un psicoanalista, se le dio vía libre a la cirugía electrónica. Fueron cincuenta minutos, Fabio salió con una pequeña incisión en la nuca y un vendaje especial en la nariz, compuesto por varias capas que debía desprender cada cierto tiempo. De esa manera, comenzó a redescubrir el mundo que le rodeaba e iniciar la búsqueda de un viejo recuerdo ya olvidado. Pasadas cinco semanas y sin vendas, decidió ir al lugar donde esperaba recobrar su recuerdo perdido, el Museo Metropolitano de Aromas, el cual se había convertido en un sitio muy popular.



© FerránClavero



Le sorprendió encontrar una Bogotá tan diferente a la que él imaginaba en cuanto a fragancias, o mejor, la ausencia de ellas. Durante los últimos años había percibido los cambios evidentes en las formas, en lo superficial, pero en estos primeros momentos con su nueva nariz, tuvo que admitir que la esencia de las cosas, lo que les otorga carácter, se manifiesta en su olor. En su niñez, aprendió a reconocer en las mañanas la inconfundible huella del pan tibio proveniente de las esquinas, en donde normalmente se encontraba una panadería establecida. En cambio, ahora se encontraba con un espacio sospechosa e inhumanamente inodoro.

En el museo, recorrió todas las salas, en donde al lado de una reproducción virtual de situaciones pasadas y superadas, se encontraba una pequeña careta con el aroma que reflejaba la escena descrita. Por ejemplo, había una representación en la pantalla de ciertas flores desaparecidas, en la mascarilla podía respirarse el olor artificialmente creado de una orquídea (exactamente una *Cattleya trianae*). No sabía exactamente el aroma que buscaba, pero creía que era importante, así que simplemente decidió probar en todos los sitios. Después de dos horas de búsqueda y de sentir que su nariz estaba algo resentida y saturada por la mezcla indiscriminada de tantos y variados olores, pareció sumergirse en uno de los cubículos. Lo había encontrado, estuvo durante varios minutos concentrado en su olfato, deleitándose con aquel humor que le traía a la memoria tan gratos momentos. Abrió los ojos y vio la representación al frente, un cartel en el cual se leía en un tipo de letra gracioso y despreocupado, el nombre de un perfume juvenil femenino, el mismo que aspiró alguna vez en un cuello adolescente, perteneciente a su primera y única novia, durante el baile de graduación de colegio.

Con su mano borró el asomo de una lágrima que trataba de salir, estaba melancólico pero satisfecho, había recuperado parte de su memoria desintegrada por la anosmia, es decir, la pérdida del olfato, por efecto de aquel absurdo accidente químico que también le había dejado estéril, marcando su vida, convirtiéndolo en un solitario ser, casi misántropo. Luego de la última inspiración, suspiró y procedió a salir del museo.

© Dixon Moya

DIXON MOYA nació en Bogotá, Colombia, 1967, es Sociólogo (Universidad Nacional de Colombia) y Diplomático de Carrera (Academia Diplomática de San Carlos). Fue integrante del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), Bogotá, en 1993 y finalista en varios concursos de poesía, cuento y ensayo. Tiene publicados artículos, crónicas, poesías y cuentos en libros, periódicos y revistas especializadas. Forma parte del equipo editorial de *Quinta Dimensión* (Argentina), publicación especializada en ciencia ficción y fantasía y colabora esporádicamente en los editoriales del Sitio de Ciencia-Ficción.



TEMPORAL

por Graciela I. Lorenzo Tillard

Los conejillos de indias siempre han existido y han sufrido dolorosas pruebas. Aunque nunca nos las han contado somos capaces de imaginárnoslas. De ahí que muchos investigadores ideen pruebas no agresivas que no causen dolor. Un ejemplo típico son los cultivos celulares, de piel por ejemplo, que no son capaces de sentir. ¿Conseguiremos modelos experimentales distintos? Quién nos lo podrá decir.

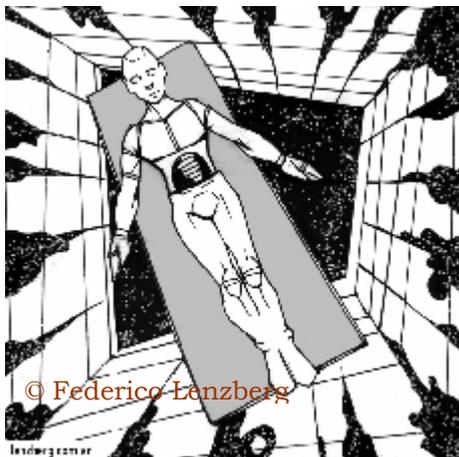
Cuenta hacia atrás, dijo uno de ellos, y por alguna razón la frase le hizo reír. La súbita risa le hizo olvidarse de dónde estaba y de lo fría y dura que sentía la plancha en su espalda.

Cuenta hacia atrás, a partir del diez, así, diez... nueve... Eso era lo que le había causado gracia... ahora y en otro momento. ¿Cuándo? Antes. Aunque no podía precisar el tiempo transcurrido... tampoco por qué le había causado gracia.

Sentía que su cuerpo se disolvía lentamente... que se quedaba sin extremidades... sin sonidos, sin luces, sin frío.

Cayó... ¿o se elevó?

Miró a su alrededor y reconoció algunas cosas. Primero, el muro muy alto, gris y acolchado que le rodeaba; parecía extenderse hasta... no, no había techo, sólo estaba la noche, infinita.

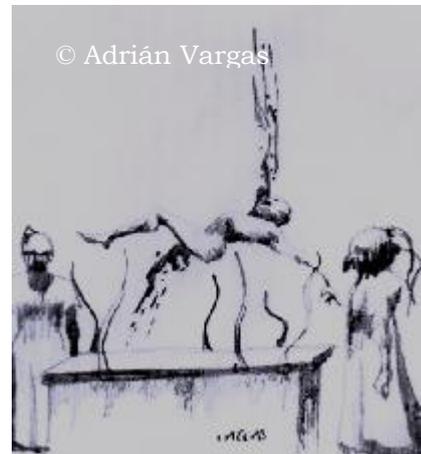


© Federico Lanzberg

Después, reconoció el frío, que regresaba, esta vez entrando no por la espalda sino por las palmas de sus manos. Una mota helada se le quedó pegada en la punta de un dedo, y se deslizó hasta la palma para unirse a las otras que llegaban jubilosas...

Y hasta los codos...

Y hasta los hombros...



© Adrián Vargas



Dio una vuelta sobre sí mismo, recorriendo el muro con la vista; se acercó; extendió una mano... (¿mano?). Entonces ¿las extremidades habían vuelto?... y decidió que el muro estaba hecho de una espuma de goma muy suave al tacto.

Todo se afirmaba a su alrededor, pero no arriba... ¿Qué pasaba con el abajo? No había abajo. Abajo debían estar sus pies, sus piernas, pero estaba la noche. Y otra vez las voces...

Está en el inicio, pero no se mueve.

La potencia no alcanza el umbral.

Umbral. Buscó una entrada en el muro de espuma, pero no encontró nada... ¿o debía buscar una salida?

Giró sobre sí mismo, patas arriba, todo era igual; volvió a voltear patas abajo, todo era igual...

Invierte.

Lo mataremos.

Invierte ya, o no lo sabremos nunca.

El muro gris y acolchado comenzó a verse más liso. Una sucesión de colores tenues, acelerando, volviéndose blanco... Aaaahhhh.



Le dolía cada músculo del cuerpo, y sentía calor, olores, sonidos, sentía...

Intentó mirar.

—Quédate quieto. Es mejor que no intentes mirar por ahora.

—¿No podré mirar nunca más?

—Lo sabremos al final —dijo la voz, alejándose.

—¿Al final de qué?

Silencio.



La plancha fría era ya conocida. Con aburrimiento pasó las diferentes etapas hasta que, otra vez, se encontró entre los muros grises acolchados. Esta vez no se movería. Y tampoco miraría el muro que le había dejado ciego. ¿Ciego? Estaba viendo el muro gris acolchado. Arriba la noche. Abajo la noche.

Giró sobre sí y casi terminaba la vuelta cuando vio la textura. No era una puerta, sólo otra textura. Se aproximó. Extendió la mano... no, no había mano, pero sabía que cuando llegara allí lo que fuera que hubiera, el tacto le informaría cómo era. ¿Y si pasaba al otro lado? ¿Podía?

Vaciló.

Invierte.

Listo.

Tomó impulso y se lanzó hacia la textura. ¿Qué podía suceder? Rebotar o pasar. Y cerró los ojos. Rebotó.

Otra vez las sensaciones dispersas. Otra vez el deseo de abrir los ojos y mirar.

—¿Quieres hablar?

—¿De qué quieres que hable?

—De lo que ves del otro lado.

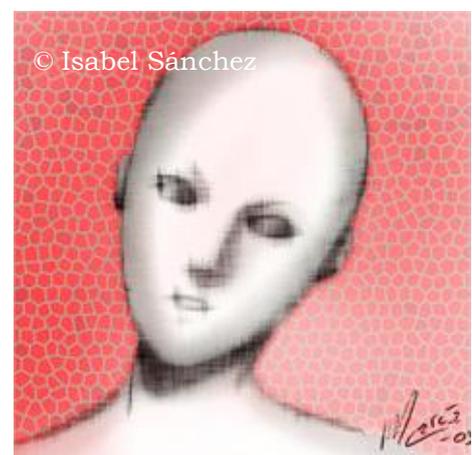
—Mmmm... A mí me interesa lo que sucede de este lado. Si no me lo cuentas me negaré la próxima vez.

—No puedes.

—¿Quién lo dice?

—Está bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién soy?





—Eres Ente Uno.

—Y tú, ¿quién eres?

—Mi nombre es Kiven.

—Mmmm... Kiven. ¿Y yo, dónde estoy? —dijo Ente Uno. Intentó incorporarse, pero una presión sobre el pecho se lo impidió—. ¿Por qué no puedo sentarme?

—No puedes sentarte, eso es todo. Estás en el Centro de Investigaciones de la Temporalidad.

—¿Soy un investigador?

—Un asistente de investigador en el Grupo Umbral.

—¿Umbral de potencia? ¿Es eso lo que investigamos?

—No exactamente. Investigamos las consecuencias físicas del viaje temporal.

—Eso suena horroroso —dijo Ente Uno—. Viajar hasta ayer y comprender que aún no he nacido. Viajar hasta mañana y descubrir que ya he muerto. Parece cosa de broma.

—El viaje temporal será posible siempre y cuando se pueda garantizar la integridad de la persona —dijo Kiven—. Si el viajero desaparece porque no ha nacido, o porque ya ha muerto, no tiene sentido invertir esfuerzos en realizarlo.

—¿Y lo que yo hago es...?

—Averiguarlo.

—Me parece que no me gusta ser asistente de investigador —dijo Ente Uno, indeciso y temeroso—. ¿Estoy en peligro?

—Como dije, eso te lo podré explicar al final. Bueno, ahora mis preguntas.

Pasaron un buen rato en conversación. Cuando Kiven se retiró, Ente Uno se quedó dormido. No intentó mirar durante toda la entrevista.

Invierte.



Epa. Ya ha comenzado la siguiente y ni siquiera recuerdo haber llegado hasta acá. Dónde está la puerta, antes de que se les ocurra cambiar el muro...

Espera. Hay reacción.

Ves reacción donde no la hay, y eso me... ¡Tienes razón! ¡Está cambiando!

Claro que estoy cambiando, Kiven y amigo de Kiven. Encontré la salida y me voy a marchar de aquí ahora mismo. No quiero ver nunca más esas feas narices tuyas que nunca he mirado. ¡A volar!

—¡Felicitaciones!

Ente Uno abrió los ojos, lentamente. Un grupo de personas le rodeaba. Y todos sonreían.

—Ahora ya no tendremos que someterte a esas dolorosas pruebas. Han terminado... y exitosamente.

—Pero... ¿qué quieres decir? —tartamudeó Ente Uno.

—Que ya no será necesario realizar nuevas pruebas, al menos no con un ser virtual. Comenzaremos con humanos reales. Tenemos la autorización.

—¿Humano real? ¿Virtual?

—Ya volverás a tu estado normal, dentro del ordenador principal. Todavía sentirás el efecto de estos experimentos, porque no queremos dejar tu memoria en blanco, y los registros de sensaciones pueden ser molestos... pueden volver a *sentirse*.

—¿No soy una persona?

El coro de carcajadas le hirió los oídos. Era de humanos felices.

Y supo que era un Ente, que no tenía cuerpo, que lo único que tenía era una gran memoria adosada a cientos de sensores que registraban sensaciones y las enviaban a un ordenador central, que estaba dotado de un esquema corporal semejante al de un ser humano, que era lanzado hacia adelante y hacia atrás en el tiempo con el único fin de informar qué le pasaría a un ser



© Adrián Vargas



humano de carne y hueso.

Abatido ante esa verdad, se dispuso a morir.

Cerró los ojos. Ya no quería mirar.

© *Graciela I. Lorenzo Tillard*

A GRACIELA no le gusta hablar mucho de sí misma, sé que tiene una vida muy interesante entre sus bonsáis, cerámicas, traducciones, el diseño gráfico (véase el portafolio que le dedicamos este número) y, como no, sus escritos. Es asidua del taller de Escritores de CF (<http://es.groups.yahoo.com/group/escritorescf/>) dónde envió por primera vez este relato.



DESTELLO AZUL

por José Manuel Sala Díaz

En la antigüedad era muy usual que los cirujanos barberos viajasen de pueblo en pueblo curando enfermedades. No recuerdo que fueran tan virulentas como la que nos describe José Manuel pero quien sabe las terribles enfermedades que nos puede deparar el espacio profundo.

Vuelves a gemir. Tus ojos se clavan en los míos, el brillante azabache enrojecido por el dolor. Chillas, asustada, mientras intento ayudarte una vez más. Tu dolor se refleja en lágrimas, tus gritos son tan agudos que mi traductor inalámbrico jamás te pondrá entender. Mis manos tratan de controlarte, te retuerces con fuerza por toda la cama, las sábanas apestan a algún tipo de cebolla y especias, toda la cabaña está envuelta en esa atmósfera cargada desde días atrás. Te digo que estoy aquí para cuidarte, para intentar extirpar esa cosa que tiene clavada sus mandíbulas en tu hombro izquierdo y que comienza lentamente a despertar. El parásito, como si me oyera, se hunde más aún en tu carne, burlándose de tu suerte pero sobre todo de mí. A pesar de la poca luz que llega del exterior puedo verlo penetrar en tu interior, cómo su carne gelatinosa se diluye por los poros de tu desnuda piel. Trato de arrancarlo de tu cuerpo, de destruir el motivo de las altas fiebres que te han consumido hasta el estado en el que te encuentras hoy. El bisturí se activa con un zumbido, tu vientre palpita frenético, nervioso al verlo acercarse hacia ti. Gimes otra vez, me golpeas sin apenas fuerza creyendo que así cesará el dolor. El instrumento cae junto al maletín en el suelo, esparciendo el resto de utensilios por doquier. Te grito, furioso, mientras mis dedos resbalan al intentar agarrar alguna extremidad de ese ser sin forma, en un último y desesperado intento de salvar tu vida, sí, tu vida. Todo esto es por ti. Pero en vez de ayudarme me arrojas las sábanas, enloquecida por esa mancha transparente que ha surgido en tu piel y que ahora, totalmente despierta, se propone empezar el último paso de su gestación. Ya apenas se ve, pero tú tan sólo eres una chiquilla desgraciada, aterrorizada por mí, por los demás hermanos cofrades que, desde la semana pasada tratamos de salvar a la colonia entera de la plaga que ha provocado vuestra rápida extinción. Sí, tan sólo eres una muchacha débil y frágil que nada sabe de mis pensamientos baldíos, y quizás sea mejor así. Una niña sin suerte que cuando el parásito se introduce en tu organismo cae exhausta en la cama, creyendo que el dolor ha cesado y que podrás volver a dormir. Y yo te compadezco, mientras dejo que descanses. Recojo los instrumentos y tus preciosos ojos ven cómo salgo a la terraza. Si me preguntas por qué, necesito respirar.

Fuera hace frío. Aquella es la cabaña más alta de la colonia, apoyo mis manos sobre la baranda y contemplo el poblado desierto, el polvo de las calles que se levanta a cada ráfaga de viento proveniente de las llanuras del Deucalión.



Me rasco la barba crecida, contemplo en silencio esa inmensa planicie naranja que se extiende tras las cabañas hasta el lejano horizonte, y más allá. Observo también la negrura del cosmos, sus estrellas que comienzan a surgir en lo alto en el crepúsculo del día. Ignorándolas a todas, carraspeo la voz. Mi estertor retumba en este astro de colores vivos y arena cálida, en este satélite sin vida. Ningún sonido salvo éste se escucha, ya nadie queda en este ridículo planeta. Salvo tú y yo.

El firmamento que cubre tu planeta parece temblar, en el cielo diviso un espejismo que se va convirtiendo en realidad conforme se acerca. La nave de la Cofradía cruza la bóveda del cielo por encima de la colonia. Su proa es un perfecto triángulo dorado, tras él se descubren las blancas velas empujadas por el viento solar. Sus motores producen un silencioso susurro sobre el poblado, diez veces más pequeño que todo su casco que brilla con hermosa intensidad.

Su hipnótico movimiento es tan lento que llego a pensar que ha llegado mi momento de partir. Pero el navío no se detiene. Su popa se pierde con el tiempo en la lejanía, a unos cientos de metros por encima de la planicie sin fin. Contemplo cómo se alejan y escucho cómo el sonido se va debilitando hasta que apenas lo puedo percibir. Después permanezco un rato contemplando las estrellas, apoyado con delicadeza en la baranda, disfrutando de la maravillosa luz que ilumina tu tierra al atardecer.

Y cuando me canso de mirar, vuelvo junto a ti.

El hedor de las especias parece haber crecido desde que salí al balcón, apenas se puede respirar. Al principio creo que tus ojos no me están mirando a mí. Tus pupilas se han dilatado y tus manos tiemblan, nerviosas, desasosegadas. Tu cuerpo está en la cama boca arriba y apenas se mueve, tu hombro se ha hinchado tanto que has decidido dejar de moverlo pensando que quizás, con el tiempo, se pueda curar. Me siento junto en la cama, acaricio tu barbilla y un par de gotas saladas se te escapan de los ojos. El añil de tu piel se ha oscurecido, dentro de ti el virus comienza a expandirse por tu organismo, te debilita a cada instante. Más y más.

Pienso cómo hubiera sido tu piel cuando naciste, cuando tenías cinco años, o cuando tuviste diez. Las dos lágrimas se deslizan por tus pómulos, y pienso que hubiera sido una piel luminosa y suave, una protección idónea para el tiempo del solsticio de este lugar. Tus dientes castañetean de frío, y me pregunto si sabes qué es, qué es ese gélido sentimiento que te agarrota los huesos y te endurece la piel; me pregunto si este planeta habrá conocido alguna vez el invierno, si este satélite habrá conocido otra cosa excepto el cándido abrazo al dejarte tostar al más cercano sol.





Tu cuerpo se estremece cuando palpo tu frente y compruebo que está fría, gotas de sudor recorren tu frente que comienza a marchitar. Me preocupo por ti, me pregunto si alguna vez yaciste enferma en la cama, si conociste el mal antes de que la plaga asolará tu pequeño mundo que atisbabas cada mañana desde el balcón. Pero entonces todo tu cuerpo vuelve a temblar, murmuras palabras incomprensibles para mí. Musitas a tu dios, que te acogerá cuando tu cuerpo se desvanezca y tu alma atraviese el cosmos para llegar hasta él. Hablas del dios creador y del dios de la destrucción, de la felicidad y la tribulación, de la desdicha del mundo verdadero y el que hay más allá, aquel del que todos nos hablan pero ninguno ha visto ni tal vez verá. Los auriculares del traductor chisporrotean a cada salivazo que lanzas desde tus labios al pronunciar el extraño lenguaje que utilizas, una mezcla de guaraní y otros dialectos de las tribus terráneas, un extraño idioma que jamás en todos los viajes de la hermandad se había podido escuchar, gran parte de las palabras apenas el traductor las alcanza a traducir. Me hablas de las llanuras del Deucalión, te ves caminando sola por esa interminable planicie de arena naranja que apenas dejará huella ante tus ligeros pies. Me cuentas titubeando que tu cuerpo ascenderá una vez llegado el límite de las llanuras y que navegarás en el infinito éter hasta reunirte con el dios con el que todo estará bien, con el que todas las penas se borrarán en el abismo eterno. Murmuras palabras del ritual que realizáis en los campos de la colonia. Pero yo ya no te escucho.

Mis pensamientos se alejan conforme me describes los colgantes con gajos rociados con hierbas distintas, observo horrorizado cómo tu piel se va volviendo más y más brillante, cómo comienza a rasgarse en pequeños cortes que muestran una capa oscura interna, sin vida, sin luz. Tu rostro palidece, tus pupilas se hinchan más, debes de ver mi expresión porque de pronto toda tu confianza divina se desmorona cómo piezas de dominó en una caída imposible, y es entonces cuando lloras de verdad. No te diré la verdad, no te diré que aquella masa viscosa e invisible que era el parásito ha terminado de mezclarse con la sangre, que el virus avanza inexorable por tu esófago en busca de tu corazón, el último órgano al que corromper. No te diré la verdad, ya apenas importa nada excepto tú. Los pocos lunares que tienes se funden en tu desnudo cuerpo que brilla ahora con un níveo cegador. Tus manos buscan instintivamente las mías, el dolor te impide hablar con claridad, los auriculares del traductor chirrían tanto que ya no quiero escucharlos pero me resisto a arrojarlos al suelo porque aún te oigo hablar. Sí, aún tienes fuerzas para hablar. Me hablas del dolor y el sufrimiento, me confundes con tu hermano o quizás con tu padre, ya no lo sé. Quizás ya ni tan siquiera recuerdes quién soy yo o por qué estoy aquí, pero como ya dije, no me importa si lo que quieres es hablar, porque yo te escucharé, ahora que vas a desaparecer, ahora que me horrorizo porque contemplo al último individuo de una especie que está a punto de desvanecerse de una forma que no he llegado a comprender, que ha escapado a mis conocimientos y a toda ciencia interestelar. Descubro sosteniéndote con mis manos cómo surgen más rajaduras en tu hermosa piel que un día tuvo que



sentir la brisa de aquel planeta, cómo poco a poco comienzas a marchitarte a la vez que escupes hacia cualquier dios porque te has visto reflejado en mis ojos, y te has visto sola, perdida, sin ningún ser supremo que te espere, sin ningún amparo posible porque nunca hubo tal salvación. Sigues llorando, invierto el orden al traductor, el micrófono silba ante mi suspiro de prueba que te hace callar por un momento y mirarme, otra vez. Te hablo con una voz ronca que no sé si comprendes, te digo que he visto muchas cosas horribles y hermosas a lo largo de mis viajes por el universo, y que sin duda alguna que tú, aún en tus últimos minutos, eres la más delicada y bella que haya podido descubrir. Tus manos aprietan las mías, afirmo sin temor a equivocarme que por tu sangre corre el mismo misterio imposible de explicar, el misterio de la vida misma que escapa a cualquier posible explicación. Noto cómo palpita tu corazón, jadeas de sufrimiento. Calma, te ruego, no te preocupes. Nada acabará hoy. Tus párpados comienzan a desintegrarse en el aire de la habitación, pequeñas motas de humo comienzan a brotar indefinidas por los poros de tu piel. Nada acabará, insisto, con lágrimas en los ojos, mientras todo tu cuerpo resplandece con más fuerza que las estrellas que despuntan en el firmamento y tú misma te conviertes en tu propio sol, y te grito con rabia, mirándote a tus ojos, tus preciosos ojos que debieron de ver mucho más y que pronto se comienzan a desvanecer. Nada se termina jamás.

Pero toda mi palabrería vacua no arregla nada. Tu piel alcanza su clímax con el sonido de tu último gemido liberador, el añil destello ciega momentáneamente mis ojos. Y de repente ya no hay gritos de miedo o dolor, no hay súplicas de arrebató hacia un dios que quizás no exista ni nunca existirá, tan sólo silencio, acompañado por el olor a cenizas que se añade al de las especias, asfixiante. Me incorporo, me vuelvo hacia la cama sin prisas en el interior de la cabaña que ha vuelto a recuperar su oscuridad. Y sobre tu cama observo impasible el cúmulo de motas grisáceas que el aire comienza a arrastrar, el viento proveniente de las llanuras del Deucalión, la cálida brisa que esparcirá tus restos por el cielo y más allá, allí adonde ningún navío de las estrellas pueda llegar. Entristecido clavo mis codos en la cama, bendigo tus restos aún humeantes. Fuiste vida, vida, la más extraña de las ecuaciones surgidas en este caótico cosmos que nos tocó vivir.

Partí de tu planeta al anochecer.

© José Manuel Sala Díaz

JOSÉ MANUEL SALA DÍAZ (Murcia, 1988) publicó su primer relato de terror en el Eridani nº 8 (*EL MONSTRUO*). Desde entonces ha seguido en esa línea tan querida para él con *FAMILIA* (Necronomicón nº 5), pasando por la fantasía oscura de la que piensa volver a escribir (*ANTEPENÚLTIMA*, Qliphoth 14). Este es su segundo cuento de ciencia-ficción también publicado en Alfa Eridiani, aunque en sus relatos siempre deambulan criaturas extrañas, siempre poseídas por el cosmos que habitan.



LA RESPUESTA FINAL

por José Carlos Canalda

El más allá o que habrá más allá de esta vida es un tema que a todos nosotros nos ha preocupado alguna vez. Los escritores de ciencia-ficción se han preocupado con frecuencia de este tema, presentándonos en ocasiones a seres inmateriales habitantes en enigmáticos universos paralelos. Algunos de ellos son benéficos, otros se muestran perversos, y otros, por último... bien, es mejor que juzguen por ustedes mismos.

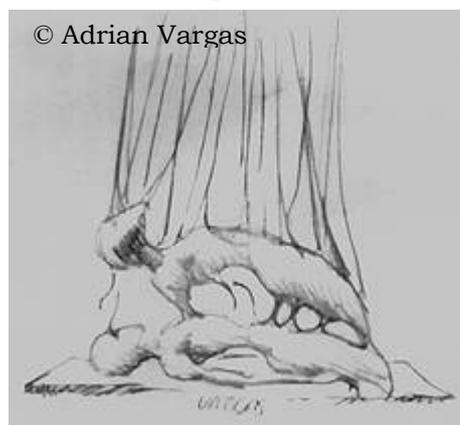
Durante toda su vida, a Ángel P. no le había preocupado en absoluto lo que pudiera ocurrirle después de la muerte. Tal como cabe suponer él no era nada ni remotamente parecido a un creyente, pero tampoco podría ser tildado de ateo ni, tan siquiera, de agnóstico; en realidad, tan sólo le cabía el calificativo de indiferente o, recurriendo al lenguaje coloquial, el de *pasota*. En la práctica, su filosofía vital se había reducido a la práctica diaria del conocido aforismo de *a vivir que son dos días*, sin importarles lo más mínimo cualquier cosa que pudiera ocurrirle *después...* o no ocurrirle, que para el caso venía a ser lo mismo.

Por esta razón, asumió sin sobresaltos su tránsito a la otra vida, –a decir verdad el infarto fulminante que le arrebató de ésta no le dejó demasiado tiempo para pensarlo– y tampoco le abrumó demasiado –y esto sí tenía su mérito– descubrir que, efectivamente, existía un *Más Allá* al que debía enfrentarse en su nueva y recién estrenada existencia.

Bien pensado, fue una verdadera lástima que Ángel P. mostrara tan olímpico desprecio por las cuestiones de ultratumba puesto que, de haber sentido una mínima curiosidad por ellas, sin duda le habría sorprendido comprobar que todas las presuntas descripciones del tránsito post-mortem, populares gracias a los activos grupos de aficionados a las *ciencias ocultas*, habían resultado ser esencialmente ciertas, incluyendo el famoso túnel negro, la luz misteriosa que brillaba en su fondo y la bondadosa voz que acogía al alma del finado. Así pues, todo ello resultó ser para él una novedad absoluta que afrontó impertérrito con la flema que había sido habitual en él a lo largo de toda su vida, enfrentándose a su misterioso interlocutor tratándolo de tú a tú sin ningún tipo de complejo.

—Bienvenido, hijo mío —fue la convencional frase con la que fue recibido.

A la cual contestó con todo desparpajo:





—Seas quien seas, te agradecería que me dijeras en qué puñetero lugar me encuentro. Mira que si a pesar de todo resulta que hay cielo... o infierno —se corrigió, consciente del más que probable balance negativo de su poco edificante vida.

El ente tardó algún tiempo en responder, si es que tal magnitud física tenía algún sentido allí, lo que hubiera podido tomarse por una muestra de su perplejidad ante una respuesta no prevista... salvo que él no era humano y, por lo tanto, carecía de cualquier tipo de concomitancias con la idiosincrasia humana. Al cabo, respondió:

—Éste es el lugar que tú desees que sea, en el cual vas a tener la suerte de residir por toda la eternidad.

—¡Vaya, si encima va a resultar un cielo a la carta! —Se burló irreverente—. Pues no sé qué quieres que te diga; el cielo clásico no me acaba de convencer, ya que se me antoja muy aburrido; pero el infierno tiene tan mala fama...

—Olvidate de todas esas elucubraciones infantiles —la Voz estaba encauzando la conversación hacia el terreno que le interesaba—. Esto no tiene nada que ver con ello, y por supuesto te resultará infinitamente más gratificante. Y te aseguro —remachó con solemnidad— que has alcanzado un privilegio que a la mayoría de tus congéneres les está vedado.

—Luego esto es el cielo... —insistió tozudo.

—Si prefieres llamarlo así... Aunque insisto en que no tiene nada que ver con lo imaginado por ninguna de las religiones de tu planeta. De hecho, ni tan siquiera existe nada que pueda considerarse Dios.

—Es un alivio —respondió con sorna—. Y dime, ¿en qué consiste este chiringuito? ¿Quién eres tú?

—No soy; somos. Todos en uno, y uno en todos.

—Pues qué quieres que te diga, la verdad es que eso me suena a la Santísima Trinidad...

—Sería muy complicado explicártelo ahora —de no ser por lo improbable de la hipótesis diríase que, por su tono, la Voz mostraba cierto fastidio—. Y por supuesto, lamentaría infinito que tu comprensión resultara intoxicada por erróneos conceptos teológicos de cualquier tipo. Olvidate de ellos. Ni somos dioses, ni somos tres, sino tan sólo unos seres que en lo único que nos diferenciamos de vosotros es en nuestro diferente grado de evolución.

Por fortuna para él, Ángel P. había sido, en su vida mortal, un empedernido lector de relatos de ciencia ficción, lo que sin duda le ayudó bastante a com-



prender cuando recordó el familiar tópico de los Grandes Galácticos, tan frecuente en la literatura de este género.

—¿Sois mentes... puras? —preguntó, por vez primera impresionado.

—En efecto, eso somos —respondió satisfecho su interlocutor—. Y me alegra que seas capaz de entenderlo, ya que esto nos evita explicaciones complicadas.

—¿Y yo soy ahora como vosotros?

—Sí y no. Desde luego, te has liberado del lastre de tu cuerpo; discúlpame si no utilizo el término *alma* para definir tu actual estado, por las razones que te acabo de comentar. Pero no, no eres uno de nosotros, no podrías serlo aunque quisiéramos; aunque compartamos la carencia de soporte material y estemos constituidos únicamente por energía pura, nuestros grados de evolución son muy distintos, ya que tú procedes de un espécimen material —aquí le pareció captar a Ángel P. un leve deje de desagrado por parte del ente— mientras nosotros ya surgimos a la existencia en nuestro actual estado. De hecho, nuestra raza es mucho más antigua que la vuestra —explicó a modo de disculpa— y jamás se vio sometida a la servidumbre de la materia, por lo que se podría considerar que os llevamos adelanto.

—Ya —Ángel P. recobró su habitual dosis de cinismo mientras pensaba que era una elegante manera de considerarle una mierda—. Comprendo. Vosotros sois los investigadores, y yo el ratón de laboratorio... ¿Cuándo empezamos con los experimentos?

—¡Oh, no! —la Voz sonaba contrita—. Nada de eso. Al contrario, lo que te ofrecemos es formar parte de nuestra comunidad, sin más limitaciones que las inherentes a tu propio —a Ángel el adjetivo le sonó más bien a *primitivo*— grado de evolución.

—Bueno, mejor ser monosabio que rata... —masculló, fingiendo una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Lamentaría que te lo tomaras así, —porfió su interlocutor— y preferiría que te consideraras un ayudante nuestro.

—Asunto zanjado, pues —el reciente difunto comenzaba a sentir impaciencia—. Eso sí, para poder ser ayudante vuestro, supongo que habrá algo en lo que os sea precisa mi ayuda. ¿Serías, pues, tan amable de comunicarme, a ser posible sin rodeos, para qué demonios me necesitáis? —Concluyó, al tiempo que exhibía —es un decir— la más beatífica de sus *sonrisas*.

—Te necesitamos... —la Voz pareció titubear— como intermediario entre nosotros y tus congéneres.



—Te refieres a los muertos, supongo...

—Claro está —la respuesta fue cortante—. Nosotros no tenemos ningún tipo de trato —y aquí su repugnancia era más que evidente— con nada que sea material.

—Bien, dejémoslo entonces en capataz de ánimas... —Ángel P. intentó mostrarse jovial— ¿con cuáles voy a tener que tratar, con las buenas o con las malas? No es que personalmente me importe demasiado acabar de auxiliar de diablo, pero comprende que la reputación es la reputación...

—¿Por qué te sigues empeñando en razonar en términos religiosos? —el feroz parpadeo de la Luz era clara muestra del reproche—. Ya te he dicho que aquí no hay ni cielo ni infierno, no hay almas buenas y almas malas, ni existe nada parecido a un sistema de premios y castigos. Todos los entes —evitó repetir la palabra *alma*— que llegáis a este lugar sois tratados exactamente de la misma manera con independencia de cual pudiera haber sido vuestro comportamiento anterior, durante la etapa larvaria, conforme a vuestros particulares conceptos morales... algo que, por cierto, nos es completamente ajeno. Tan sólo hacemos una excepción con los individuos que decidimos seleccionar para auxiliarnos, tal como es tu caso.

—Está bien, sé entender una indirecta. Eso quiere decir, supongo, que gozaré de privilegios vedados al común de los mortales; perdón, de los muertos —rió su propio chiste y, tomando por asentimiento tácito el silencio del Ser, continuó—. Eso sí, tendréis que decirme lo que tengo que hacer, y no os preocupéis por mí; estoy convencido de que sabré cumplir con mis responsabilidades.

—Eso esperamos, porque si no... —era evidente que los *Grandes Galácticos*, o quienes quisiera que fuesen, no se andaban con rodeos— bueno, serías despojado de tu condición de ayudante y te reunirías con el resto de tus congéneres.

—Confío en no defraudaros —pese a carecer de él, Ángel P. sintió cómo un escalofrío le recorría su inexistente *cuero*—. Y por supuesto, me esforzaré cuanto pueda en satisfaceros.

—Será mejor así... —sonaba a velada amenaza— por el bien de todos.

Tras un incómodo silencio, y viendo que su interlocutor continuaba sumido en el mutismo, Ángel P. se atrevió a preguntar de nuevo:

—Bien, yo estoy dispuesto a empezar a trabajar ahora mismo; ¿qué es lo que tengo que hacer?



—Ya te lo dije, deseamos que actúes como intermediario entre los espíritus de tus congéneres y nosotros; su número es demasiado elevado para que podamos atenderlos personalmente tal como yo estoy haciendo contigo; además, tenemos otros menesteres a los que dedicarnos. Tu misión será recibirlos a su llegada y enviarlos a los lugares que les hayan sido asignados; eso es todo, ya que una vez allí serán otros los que se encarguen de ellos.

—Pero yo necesito saber...

—No te preocupes, te será implementado un módulo de memoria de forma que puedas tener acceso a toda la información necesaria para el desempeño de tu trabajo. Será mucho más rápido y sencillo que si te lo explicara yo, y a mí me libraré de esta engorrosa tarea. Adiós.

Y desapareció, dejándole a solas con la oscuridad absoluta que le rodeaba. Pero inmediatamente después sintió como una nueva presencia se fusionaba con él. No era una inteligencia sino simples conocimientos, aunque extremadamente complejos; sin duda, se trataba de la información prometida. Y entonces lo supo todo.

Su misión, más que de intermediario, podría calificársela de *pastor...* en la acepción literal de guardián del ganado, no en la simbólica de ministro religioso. Porque eso eran las almas de los muertos para los *Grandes Galácticos*: simple ganado que utilizaban como *alimento* o, por decirlo con mayor propiedad, el equivalente a las *delicatessen* de los sibaritas humanos.

Como seres inmateriales que eran los *Grandes Galácticos* se alimentaban exclusivamente de diversos tipos de energía, de los cuales disponían en abundancia; pero al igual que ocurría con cualquier *gourmet*, les encantaban los *sabores* sofisticados y exóticos y, a ser posible, al alcance tan sólo de unos pocos privilegiados... porque incluso entre ellos existía el equivalente a las diferencias sociales, aunque la naturaleza de éstas resultara incomprensible para los humanos.



© Adrian Vargas

Por tal motivo, hacía ya mucho tiempo –miles de millones de años según la insignificante escala humana– habían decidido crear *granjas* que les pudieran suministrar sus alimentos preferidos, para lo cual alentaron la aparición de la vida en numerosos sistemas estelares a lo largo y ancho de sus vastos dominios galácticos... una vida material y en un principio privada de componente espiritual alguno –los vegetales y los animales, al menos los inferiores, carecían evidentemente de alma–, pero que serviría de fértil abono del que acabarían brotando los frutos deseados. La espera hubo de ser necesariamente larga, pe-



ro eso no les importó demasiado; muy al contrario, revalorizaba todavía más su delicada *cosecha*. Del estiércol surgió el grano, y la maduración de éste dio paso a los preciados manjares. Y así, cuando el primer homínido –o su equivalente en algún remoto planeta– fue consciente por vez primera de su existencia alzando sus ojos al rutilante cielo estrellado, los *Grandes Galácticos* supieron que la hora de la recolección había llegado.

¡Quién les iba a decir a todos los fundadores de las grandes creencias religiosas, así como a los millones de fervientes seguidores suyos, que los seres a los que ellos consideraban divinos tan sólo pretendían devorarlos por simple placer! De haberlo sabido, todas las religiones se habrían venido abajo; esto no preocupaba a sus creadores dado que el *sabor* de los *alimentos* procedentes de un planeta era el mismo tanto si se trataba de Hitler como de un santo varón, aunque ciertamente la aparición espontánea de las religiones les había beneficiado al facilitarles la recogida de la *cosecha*.

La brutal sinceridad de sus anfitriones –o, por hablar con mayor propiedad, de sus amos–, que no habían mostrado el menor empacho en ocultarle la realidad por dura que ésta resultase, dejó anonadado a Ángel P. ya que, por mucho que pudiera ser su desinterés por los temas escatológicos, poco podía agradaarle descubrir de repente que la única razón de su vida había sido la de convertirse en un succulento bocado *post-mortem*.

Pero Ángel P. era alguien esencialmente pragmático, razón por la que no titubeó un solo instante a la hora de tomar una decisión, aquélla que le garantizaba sus intereses: entre ser devorado o ayudar a que lo fueran otros, no le cupo la menor duda. Desde entonces, y mientras sus amos no dispongan lo contrario, cumple su labor con toda diligencia, encaminando hacia el matadero a las cándidas almas recién llegadas que creen ingenuamente que allí les aguarda el Paraíso...

No por ello ha sentido en ningún momento el menor remordimiento de conciencia; no cuando nunca los tuvo en su vida terrenal, y menos todavía cuando está en juego nada menos que su propia existencia. Además, ¿qué le puede importar a él lo que les ocurra a los demás? Aunque en realidad, en el fondo no deja de tener miedo. Mucho miedo.

© José Carlos Canalda

JOSÉ CARLOS CANALDA (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del C.S.I.C. en Madrid. Nominado varias veces a los premios Ignotus y ganador de alguno, este año compite en la categoría de mejor cuento por *EL HOMBRE QUE SE BURLABA DEL TIEMPO*.



EL INTERREGNO

por Javier Esteban Gayo

Los comerciantes de armas han existido en todas las épocas y, aunque denostados, nunca se ha encontrado una solución satisfactoria para su erradicación. Tal vez, y esto lo avalan las investigaciones científicas, porque somos una especie guerrera. ¿Encontraremos en el universo especies que tengan nuestra tendencia? No lo sé pero espero que no haya muchos comerciantes de armas.

Y *o puedo hacerlo mucho mejor* algo así nos escupió el lar, ese espantajo parecido a un pequeño mono orejudo con púas y que por lo visto aquí hacía las veces de maestro de armas, tras devolver la granada de concreto a las manos de la embajadora.

Había permitido que la frase se le dibujara también sobre el bozal, junto a los ideogramas del ecuménico que se atribuyen al desdén, y esto en particular me resultó un gesto muy poco coherente con el tono de su breve intervención, casi como una cortesía para con aquellos de sus interlocutores que no pillaran su chapurreo en licanthro. Percibí que se trataba de un síntoma de las restricciones evidentes que, a pesar de que no fuese aquel nuestro caso, debían de presentársele con la mayoría de los tripulantes de anómalos que frecuentan las órbitas de los Cien Mil, pero por lo demás no considero que valga la pena ni tomarme siquiera el fugaz interés por reseñar el numerito, puesto que, como viene siendo habitual con respecto a ellos, sus observaciones no fueron tenidas para nada en cuenta y al instante siguiente le vimos, por fin, desaparecer cuerda arriba hasta los retales del techo, donde se quedó, supongo que dormitando ofendido.

Al menos, ya no incordió más mientras su dueña examinaba con atención el artefacto que acababa de entregarle, haciéndolo girar entre los tres dedos rechonchos para, a continuación, emitir un par de bostezos que ya nadie se molestó en traducirnos. Aunque Remoo le contestó en un turbio inglés demótico con el que di por supuesto que pretendía no dejar al resto de los eventuales observadores fuera de la negociación –su formato es, por defecto, el de traductora–, y que sonó aproximadamente como:

—Excelencia: ejerce ser la cauta con esto. Funciona se trata de un arma de esquirlas.

Su descripción era tirando a absurda, y aún así dejé hacer a la comercial, preguntándome hasta que punto podría explicar usando unos pocos rudimentos de uno de nuestros idiomas natales, los principios del nuevo arsenal entrópico terrestre. De todos modos, ya era obvio que estábamos despertando cierto



interés con nuestra oferta: la prueba estaba en que aún no nos habían echado a patadas de la Matricia, como a los que intentaron venderles una remesa desgastada de infantes, allá por febrero.

Ahora, en cambio, la embajadora avanzaba hasta mí, con un pausado y rígido balanceo de la cabeza y esa expresión hosca –indescifrable, envuelta en rizos de color canela– que no podía dejar de resultarme a la vez morbosamente familiar. Tanto que, como en casi todas las transacciones a las que había asistido –e iba ya por la undécima–, el piloto se vio forzado a recordarme lo que, precisamente, no eran, mediante un típico rotulo de *no te confundas, Micle, no la cagues ahora* parpadeante en la esquina inferior derecha de mi visor externo, a medio camino entre la broma y el mantra.

Así pues, cumpliendo con mi parte me incliné respetuoso por debajo de su altura, al tiempo que ella alzaba la granada frente a mi nariz; entonces me habló, y en ese momento comprendí el auténtico motivo por el que Remoo, que por lo general estaba bastante mejor informada que yo –demasiado, quizá– o, simplemente, es que era más hábil a la hora de percibir detalles diminutos, como el de la cicatriz que se iniciaba por debajo de aquella boca como de terciopelo, no había recurrido al licantro.



Quiero decir, que la embajadora utilizó palabras humanas.

—¿Ca Jass Plio Ta?

Una sorpresa, sí, claro, de la clase de las que pueden llegar a bloquearte toda una jugada, y esta en particular casi lo logra, al precipitarme a una rutina de hipótesis que entonces me pareció lo más urgente. El piloto falló igualmente, tampoco supo sustraerme al proceso, así que lo primero que me encontré pensando fue, sencillamente, en todo lo que se habría dejado hacer ella para ser capaz de articular una frase, aun tan tosca.

Porque fabricar una laringe siempre supone una auténtica carnicería, sea en la especie que sea –es incuestionable–, a pesar de que según la mecánica de la evolución convergente, conseguirlo es perfectamente posible, al menos al nivel quirúrgico, al del pasto de dolor. Y no había que ignorar tampoco el aspecto de la salud mental del sujeto, sobre todo recordando, cómo no, las historias acerca de esos cruces de monstruosos carroñeros de marca zelazny, modificados en un origen para ser los compañeros ideales y que nosotros tuvimos que acabar empleando para la detonación de las minas prebinarias en Marte, tras la guerra; y ellos al menos eran mamíferos: se les podía toquetear el cerebro con algo de seguridad; los licantros sólo lo parecían, y esto ante un observador muy poco entrenado.



Aparte de que me estaba preguntando quién en todo el Sistema estaba tan loco como para arriesgarse a operar a una alta emisaria. Porque, obviamente, eso no se lo había hecho su gente, no conocían lo suficiente sobre nuestras anatomías, o eso solemos dar por sentado: tal vez, entiendo, no son simples fantasías el suponer que haya alguien por ahí reelaborando la estrategia de contacto por su cuenta y riesgo, con lo que las ramificaciones del asunto podrían llegar a ser, en definitiva, escalofrantes; pero aquel no era el mejor momento para abandonarse a las elucubraciones, aunque en cuanto volviéramos me disponía a...

—¡Eh, despierta! —me chistó Remoo, en una frecuencia inaudible para la embajadora y su séquito.

Un mínimo lapso de reajuste después yo sonreía para mis adentros, indulgente ante mi propia distracción. Capté que aunque quizá me asaltaran un millón de dudas sobre el cómo del asunto, no podía haber ninguna, realmente, acerca de su finalidad: era, obvio, un magnífico truco, muy útil para dejar pasmado a cualquier negociador.

Por fortuna, yo también tenía mis propios talentos.

—Mi señora —dije, acentuando aún más la reverencia—, ¿me permitiréis que efectúe ante vos una demostración de los efectos del producto?

Si cualquiera de los instructores hubiera estado allí me habría hecho carbonizar, acababa de saltarme unas cuantas reglas importantes de la negociación: ningún arcaísmo, no construcciones verbales complejas y, lo principal, nunca emplear una lengua romance, de esas que tienen demasiadas sílabas... Pero qué le vamos a hacer: una tiene que atreverse a improvisar en circunstancias como esta, y ya que quería presumir de conocernos, que menos que apañárselas con el español; intuyo además que la embajadora se sintió más halagada que si se me hubiera ocurrido hablarle en mi pobre imitación de licantro, aunque tardase casi un minuto en digerir mis palabras.

En el lapso, le dirigí una señal severa a Remoo a través del pulso interno. Había decidido que no quería que terciara en lo siguiente, no se estaba revelando como útil: tenía que haberme advertido antes de la posibilidad de que nuestros clientes nos hubieran preparado una jugarreta así, yo no puedo estar en todo. Comprensiblemente, ella se estuvo callada, acatando sin rechistar y a mí se me encendió una pequeña chispa de orgullo en algún pequeño reducto de mi egolatría. Entiendo que debo de ser una de las pocas traficantes que ha conseguido ganarse, ya que algo como su confianza es imposible, como mínimo el respeto de las inteligencias comerciales: por lo que es costumbre, los demás las dejan marcar la pauta, con la excusa de que los licantros se sienten más cómodos tratando con una felpa; algunos ya ni siquiera se molestan en explicarles que sólo son un tipo más de androide.



Finalmente, la embajadora dio un golpe seco en el suelo con sus zapatos metálicos, levantando la cabeza, como si olisqueara algo en el aire.

Era su manera de asentir.

Después nos indicó que la siguiéramos a la Jaula y nosotros dos, como los obedientes huéspedes que estábamos obligados a ser, nos escurrimos tras la comitiva por los largos toboganes que envolvían el eje centrípeto primario de la nave.

Bueno, no es que quiera echar más leña al fuego, pero haré una aclaración antes de continuar:

Yo sí que estaba al tanto, como casi todos los que operamos por aquí, en las órbitas, de los rumores que aseguran que la expansión por los Mundos Habitables de la constelación de Géminis ha sufrido un nuevo parón; también de que, a pesar de que los choques con pseudo culturas autóctonas son habituales, aquí sin embargo se está empezando a hablar de una auténtica civilización, un nivel 3 o incluso 4 en la escala Timsit.

Dicho esto, y pues conformes, la verdad es que no tengo ni idea de qué puntuación exacta habría que ponerle a lo que vi en la Jaula, pero desde luego si de algo estoy seguro es de que aquello no era un animal, o lo que entre los terrestres se ha entendido siempre por animales: yo supe desde el primer momento que ese ser era inteligente. Ah, y no porque lo descubriera en sus ojos, o lo que fueran esas ranuras cóncavas que soltaban irregulares chispazos luminosos, ni en sus gestos que no denotaban ninguna de las pautas agresividad que me he encontrado en el resto de cobayas.

No, ninguno de esos matices son concluyente, lo sé muy bien, tengo mis tutoriales de biología –esa forma de intuición tampoco es lo mío– y no: la auténtica gracia del asunto está en que lo que me lo mostró fue algo tan simple como el hecho de que tuviera el cuerpo forrado en aquel caparazón placas doradas, incluso las cuatro extremidades inferiores que parecían doblarse bajo su propio peso; todo, salvo por la parte frontal de lo que deduje que era su cabeza.

También fui perfectamente hábil para identificar el material, milisegundos antes de que el piloto tecleara a toda prisa unas palabras que ya no implicaban nada que yo no supiera: *Mierda*, decían, *eso no es su piel. Es una armadura de oro*. Algo más que eso quizá, maticé yo, prestando atención a los filos que sobresalían unas pulgadas sobre las articulaciones: era fácil imaginar que funcionaba como un completo equipo de combate, y uno muy eficaz, si habían preferido que hacer la demostración dejándoselo puesto.



Para completar la impresión, el individuo alcanzaría algo más de los tres metros de altura, con lo que si aquel era el patrón común de su gente, y no me encontraba ante un mutante –que todo puede ser, aunque no he considerado la posibilidad hasta ahora–, eran lo suficientemente grandes como para aterrizar a los licantros, para los que el único ente raciobeligerante auténticamente peligroso que su flota había encontrado o reconocido en sus viajes es el Hombre.

Cuando hablo de grande lo hago ciñéndome, desde luego, en principio sólo al factor del porte por elemento/individuo, aunque es más que evidente que la fama no nos viene únicamente por eso: uno solo de los nuestros puede arrasar sin mucho problema con dos, incluso tres, de sus patrullas de inmersión, y ya en campañas de superficie la diferencia es insondable.

Aparte, luego habría que contar también con los lares, por supuesto, pero estos no dejan de tener un origen muy similar al suyo y, a pesar los estén usando como meras computadoras orgánicas –tampoco es que sirvan para mucho más, para ser sinceros–, se puede especular acerca de si no serán un subtipo de su misma especie; algo así, se rumia, como sus neandertales. Lo que nos daría la razón a los que prometemos que las cosas se pondrán de verdad divertidas el día que por fin les dé por reivindicarse.

Pero, en general, todas las otras pocas criaturas desarrolladas, que habían tenido la mala suerte de cruzarse con ellos y contaban con algo de potencial habían sido asimiladas sin mayor problema: hasta la fecha se habían revelado como mucho más débiles en multitud de aspectos y, por otro lado, nosotros sabíamos proporcionar a los licantros buenos argumentos en la tarea de convencerles para que nadie pusiera muchas pegas a tal prerrogativa.

Fue exactamente por esto, al encontrarme justo cuando menos me lo esperaba, frente a seres que parece que no sólo están por encima de la media, sino que incluso están dispuestos a la lucha, por lo que no pude, ni quise, evitar sentir algo de simpatía; no sé, tal vez fuese la nostalgia, a pesar de saber perfectamente lo que se esperaba que debía hacer a continuación.

Pedí a Remoo que me trajera una granada cargada –la que tenía la embajadora sólo llevaba el software– y caminé hacia la membrana exterior de la Jaula. La programé para una secuencia corta.

Cuando pude observarle más de cerca, me vino a la mente la imagen de un centauro –¿no sería una muy buena forma de llamarlos, si encontramos su planeta alguna vez, antes de que sea tarde?





Al tiempo, me percaté de que le tenían trabado en otro de esos torpes trabajos de orfebrería licantro, los mismos que te hacen hervir la sangre si piensas que tuvieron que ser ellos los únicos que heredaran las herramientas para el Viaje, abandonadas miles de años atrás por unos seres que, sencillamente, subieron otro peldaño, sin preocuparse apenas por lo qué dejaban atrás, ni por el a quién –oh *sus hijos*, sí, qué carcajada...

Aunque fui capaz de despejar esta incómoda reflexión de mi mente y centrarme en mi labor, el mero acto.

Y sé que él me vio.

Dudo que no temiese nada de mí –otra aberración bípeda, como las tantas que pululaban a su alrededor, un nuevo atrezzo para los interrogatorios–. El campo se debilitó en ese momento, lo justo para permitirme arrojar la pequeña bomba. Una bocanada de oxígeno dulzón me embriagó al chocarse las atmósferas y luego la Jaula volvió a ser tan impermeable como un campo estático.

Tal vez, antes de lo último, acaso sospechó que venía a matarle, dejándonos libres a los dos de toda esperanza, o eso espero: ojalá no hubiera dado exactamente igual cuando la explosión –sólida, certera– le empujó contra sí mismo, hasta que una de sus piernas se retorció de un modo que casi podría calificar de atroz por debajo de las protecciones. Pero el caso es que se las apañó para mantener el equilibrio y la embajadora dejó escapar un chasquido de reprobación.

Yo no le presté atención, estaba repasando mentalmente la cuenta atrás, junto al piloto: *un tres, un dos, un uno, un ahora*. Él ramal de esporas no pudo fallar.

Aquí surgió una efímera pausa, desde el estrépito del metal chocando con sorda violencia contra las cadenas al desmoronarse, mientras se alzaba una nube verdimarrón que fue tiñendo el aire hasta desvelar la forma cúbica de la Jaula. Anoté, como curiosidad, que al desarrollarlo, durante la etapa de pruebas en los cultivos, el producto había sido un polvo grisáceo, como ceniza. Luego, la pausa se rompió.

Ya que era lo mejor no que no me girara para comprobar la reacción de los licantros –tenía que demostrar un cierto margen de indiferencia–, opté por conectarme a los ojos de Remoo, que situada un par de pasos más atrás tenía un mejor ángulo de la escena y estaba siendo prácticamente relegada por todos.

En este mismo instante, la embajadora pestañeaba, las bolsitas sobre sus ojos inflándose de un cárdeno estupefacto, y reculó con rapidez por detrás de mis rodillas hasta casi tropezar con uno de los mesozapadores que sujetaban la larga cola de su traje; lo ignoró, aplicándose ansiosa a la tarea de gesticular frente a una de sus damas una suerte de coreografía epiléptica con sus manos.



No entendí lo que pretendía decir, pero automáticamente pensé –una bendición, la archivística– en nuestro arcaico lenguaje de signos y deduje que para, los propios licantros, tras la operación ella era muda; sin embargo la chica, desnuda como todas las de ese rango y luciendo un hermoso pelaje caoba, transmitió puntualmente la orden a uno de los guardias subidos a una de las torretas de hiedra: estaban llamando a sus técnicos de forense.

Yo, de vuelta a mis propias sensaciones, me giré entonces hacia la embajadora con lentitud, quitándome el visor cuidadoso de que la piel por debajo de las patillas no se me descascarillara –tenía que verme forzosamente los ojos, como si yo ya diera por evidente el cierre del contrato– y escogí mi más estridente y jugoso japonés: no está muy claro de qué manera, pero dicen que les transmite mucho mejor la inflexión coloquial del sarcasmo:

—No les molestes: van a encontrar muy poco que llevarse a la boca.

A una orden del piloto, los precintos de las sujeciones se disolvieron en la habitual neblina blanca y el módulo salió catapultado siguiendo el margen de la cubierta exterior. Pudo escucharse un silbido fantasmagórico en re mientras la presión se aclimatava de nuevo, libre de la influencia del vergel enfermizo que había agarrado nuestros pulmones desde el momento de posarnos sobre el hangar.



© Adrian Vargas

Flotamos a lo largo de casi veinticinco kilómetros antes de alcanzar el boquete borroso y azul que nos encarrilaría al ámbito de Júpiter, y durante todo el trayecto –dos minutos a una exasperante velocidad de ancla– no dejé de agitar las manos como una bobalicona ante la esclusa transparente para despedirme de las diminutas esferas prospectoras que nos custodiaban.

Atravesada en los arneses que la retenían contra los punzones de la consola de volcado de registro, Remoo me sugirió un ronroneo suave a la altura de mi nuca.

—Esa dengue que articulas me dan escalofríos, ¿lo sabías?

—Tú misma te pondrías a hacerlo si tuvieras labios, muchacha —me limité a contestarle, sin trasladar mi irritación por aquella repentina y falsa cordialidad.



—Colócate otra vez las lupas si quieres, Micle, estamos saliendo —intervino entonces el piloto, tironeando con tres de sus robustos brazos de araña de las palancas que activaban el encendido de los cuatro reactores, los otros cinco clavados en torno al monitor. *No, este diseño no está pensado para ser funcional en absoluto, sólo él entiende por qué se lo habrá patentado*, me dije cuando su rostro, que recordaba al de un perfecto bebé, giró sobre su base unos 200 grados para ofrecerme un guiño mientras la gravedad nos abandonaba.

Al cubrirme de nuevo los ojos con el visor, ya no obligado por la etiqueta licantra —mostrar tu rostro es un emblema de honradez para con ellos, a la par que la más enfermiza pauta del trueque—, pudimos dar por concluida la aventura: el desarrollo había sido correcto en la mayoría de sus puntos, y como remate los Cien Mil Satélites nos recibían reflejando el fulgor del antiguo gigante, cada día más cerca del síncope último que daría paso a la seudostrella, al fruto definitivo de toda arquitectura límite.

Toqué la ventanilla y la transparencia volvió a dar paso a un muro beige: no precisaba ver aún el lugar al que nos dirigíamos, la caída libre, la erupción desquiciada de escoria y fotones, ni tampoco que lo que habíamos dejado atrás: la Matricia era ya apenas una muesca de camuflaje cuántico, difuminándose en la intersección con nuestro continuo.

En aquel momento, un chillido como de lata desgajándose se abrió paso a través de los nervios de mi mandíbula, antes de descubrir que la pequeña plaqueta que la embajadora nos había dado en pago por el primer cargamento de granadas flotaba ahora dispersa en pedazos cobrizos flotaba por todo el compartimiento.

—Leído —anunció el piloto, enfatizando el matiz de satisfacción. Yo no lo pregunté: hace tiempo que perdí el interés por seguir hacia dónde nos conduce cada pieza del puzzle; pero Remoo siempre tiene a bien lucir ese poso entre malsana curiosidad y rancia ironía.

—¿Cuanto creéis que nos adelanta esto en el mapa?

—Lo normal, unas micras —aventuré yo, sin proponerme profundizar en la idea.

—En lo básico —me corrigió el niño con cuerpo de tarántula de plástico y metal— podría hablarse de algún centímetro, siendo optimistas —y aquí, *siendo optimistas* era la manera más elegante de concedernos el lujo de soñar el que cualquiera de nuestras suposiciones se tocara mínimamente con lo que podría ser, acaso, una verdad: no hay que perder de vista el hecho de que llevábamos casi seis lustros permitiéndoles, a los licantros, jugar con ellas.

—Poco más que un táctil lleno de anotaciones sueltas... —prosiguió el piloto, enfocando a Remoo, que cada vez más recordaba a una marioneta azul des-



inflada, a media que la reacción de ruptura en los todos los dispositivos que luchaban contra la masa del nuevo sol, aquietaba el circuito de aire hacia los compartimientos.

El sonido se difuminaba también, y él hizo una pausa muy breve, efectista, antes de anunciarnos su descubrimiento:

—Son de uno de sus Antecesores, estoy seguro.

Me hubiera gustado detenerme a discernir con él que significaba exactamente eso de que estaba seguro, pero iba a faltarme tiempo: unos cuantos minutos más y perdería la noción para el trasvase. Por eso preferí darle el voto de confianza.

—Otro táctil —gruñó la comercial mientras, pasando a transmisión de texto su inquietud. Le tocaba recurrir de nuevo al italiano.

—Los licantros aprendieron así —repliqué, arrancando la frase a la mitad de un bostezo que más que un tic, a estas alturas se transformaba en una costumbre que nada tenía que ver con el cansancio—. Lo descifraremos.

—A ellos les enseñaron, Micle —las letras brotaron por detrás de mis párpados, un latigazo sepia, y, después, un siseo suave: el piloto, avisándome de lo poco que necesitábamos aquella discusión. Pero no pude evitarlo.

—Fue un regalo, no más. ¿Merecen convertirlo en un caudillaje?

Me quedé sin su respuesta. Uno a uno los sistemas no prioritarios del módulo iban muriendo, simplemente, así que ella sólo pudo interrumpirse a través de un agudo zumbido:

—¿Lo mereceríamos más nosotros? Lo que hemos hecho hoy...

La inercia, si acaso, consintió que su cabeza completara un giro violento que acababa de emprender, directa hacia mí, y pensé que habría salido disparada si no la retuviera el cuello de tela azul; apenas logré encontrarle la gracia al detalle.

Daba lo mismo, en muy breve volveríamos a encontrarnos, en tres horas a lo sumo. Una patada del talón sin fuerza sobre la más próxima de las redomas vacías, para darme impulso hasta mi rincón y los anclajes me envolvieron en tibia brusquedad sobre los pechos.

—Lo que nunca comprenderé es cómo dejas que te castigue de esa forma. No puede ser sano —chirrió entonces el piloto y yo sentí un borboteo cáustico de rencor hacia él, que renunciaba a razonar su parte de culpa.



—Son máquinas: todos deberíamos pedirles que hagan estas cosas. A nosotros nos piden otras, ¿no es verdad? —sin embargo, siendo más listo, él no quiso seguirme el juego. Disimuló fingiendo aplicarse en la preparación del rayo.

—Ya está: ¿te gustaría revisarlo?

—Ah, bien, por supuesto —y siguieron cinco segundos, tres inspiraciones: las conté concentrado en lo que surgía en línea recta delante de mí, tratando de estirarme al máximo para que la aguja del puerto de transmisión encontrara el camino lo más despejado posible a las ranuras de la falsa cúpula del cráneo.

Lo dicho: se había acabado y arriba, ahí fuera, el colapso de Júpiter se traducía en luz de terror y peso —anaranjada a través de nuestros filtros— contra los Cien Mil, contra el vertedero de módulos, misiles, lanzaderas, fases, encandeciendo desde doscientos años atrás frente a estos astros que tan sólo nos soportarán por otros treinta siglos.

Distinguí la sombra en forma de huso del cañón láser desplegado por completo hasta alcanzar en su orientación óptima la Tierra, correcto como una muerte, y por último, volví a escuchar la voz del piloto, esta vez atravesando mi cráneo como un temblor, mediante clavijas de plata y aroma imposible; en el término, nunca podría hablarse de una auténtica sensación de asfixia.

—Prepara el informe, Micle. Ya es tu hora.

Y esto fue, precisamente, lo que hice.

© Javier Esteban Gayo

JAVIER ESTEBAN (1978) vive en Alcalá de Henares y trabaja de periodista. Ha colaborado en diversos fanzines y e-zines como *NGC 3660*, *Vórtice en Línea*, *Parnaso* o *Axxón*, y cuenta con sendos relatos publicados en el primer número de *Artífex Tercera Época* y la antología *Visiones 2005*. Aparte, colabora en los proyectos de literatura en blog *El Noble Arte de Hacer Enemigos* (<http://nolesllames.blogspot.com>) y *A Sangre y Fuego* (<http://sangrefuego.blogspot.com>).



EL RELOJ

por Rafael Avendaño
jackbrain@terra.es

Los viajes en el tiempo y las paradojas que se producen en él son uno de esos temas recurrentes de la ciencia-ficción. Rafael Avendaño retoma esa tradición con un cuento excepcional que, en ciertos aspectos nos recuerda a los de los hermanos Grimm.

*[...el tiempo físico no es más que,
al igual que el resto del mundo físico,
una ficción derivada de la realidad mental subyacente.
George Berkeley (1685-1753)]*

Todo comenzó para mí a los trece años. Me encontraba en esa difícil edad en la que sin darte cuenta dejas atrás la niñez para encarar la complicada etapa de la adolescencia. Vivía con mi madre en un pequeño y lujoso chalet en la zona residencial de la ciudad. Habían transcurrido ya cinco años desde la muerte de mi padre, pero aún seguíamos respirando en el ambiente la tristeza de su ausencia. En especial mi madre. Sobre todo en la tercera planta, la buhardilla que mi padre había utilizado como despacho y como almacén para todos los objetos que había ido atesorando con los años y de los que siempre había sido reacio a desprenderse. Decenas de cajas se apilaban entre todo tipo de objetos, estanterías cargadas de libros y revistas, instrumentos musicales, enormes mesas de grabación cubiertas ahora por el polvo, e incluso varias generaciones de ordenadores. Todos aquellos objetos habían tenido su momento de gloria antes de acabar finalmente apilados allí. El resultado era que apenas quedaba ya espacio para nada más.

Aquel sábado mi madre me pidió que subiera a echar un vistazo e intentara hacer algo de sitio deshaciéndome de algunos viejos trastos inútiles. Quería renovar algunos de los muebles de la casa e iba a necesitar espacio para guardar lo que contenían hasta que llegaran los nuevos. Todavía recuerdo perfectamente cómo aquel día subí con desgana las estrechas escaleras que conducían a la tercera planta. Tenía mejores planes que pasarme la tarde del sábado cargando cosas escaleras abajo.

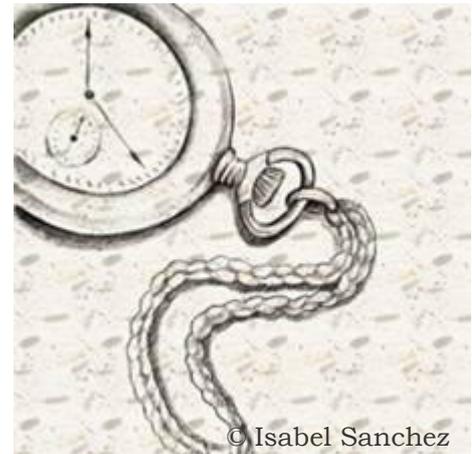
Estaba seguro de que mi madre nunca había vuelto a subir allí desde la muerte de mi padre. Supongo que todos aquellos objetos le traían demasiados recuerdos dolorosos. Por eso me sorprendió encontrar una fotografía de mi padre sobre una de las cajas. No recordaba haberla visto allí la última vez que subí. En realidad, no había visto esa fotografía en mi vida.



Mi padre aparecía sonriente en el jardín, con una lata de cerveza en la mano haciendo un gesto de brindis. En su muñeca se podía ver claramente la cadena de acero que sujetaba su reloj.

El reloj de mi padre.

No se trataba de un reloj corriente, sino de uno de esos relojes de bolsillo que suelen colgar de una larga cadena. Sólo que mi padre había sustituido esa cadena por una más corta y más gruesa sujeta a su muñeca. Hasta donde soy capaz de recordar, mi padre siempre había llevado aquel reloj. Lo recuerdo especialmente porque a menudo me habló de él de una forma que, a pesar de mi niñez, pude reconocer como inquietante. Siempre insistió en que un día yo lo heredaría, de la misma forma que él lo había heredado de mi abuelo. Yo le miraba sin entender qué podía tener de especial aquella antigualla.



Mi padre ciertamente había sido una persona singular. Para empezar, era una de las pocas personas en el planeta que sufría el síndrome de Jakobson. Se trata de una extraña enfermedad degenerativa que acelera el envejecimiento hasta el punto que, cuando mi padre murió, tenía apenas cincuenta años y aparentaba más de ochenta. Él, sin embargo, nunca mostró la menor preocupación ni pesar por su enfermedad. Era, de hecho, totalmente feliz, y cuando mi madre parecía abatida al verle envejecer de aquella forma, era él quien la consolaba. Siempre decía que no importaba lo larga o corta que pueda ser tu vida, sino como empleas el tiempo que pasas en ella. Y mi padre nunca perdía un segundo en nada que no fuera de su agrado. No trabajaba, y hasta donde yo sabía, no trabajó en toda su vida. Sin embargo nuestro nivel de vida era razonablemente alto. Vivíamos en una casa lujosa, teníamos varios coches caros, mis padres viajaban con frecuencia a lugares exóticos, siempre alojándose en los mejores hoteles.

Según mi padre, una generosa herencia de mi abuelo bien invertida le permitía vivir de aquella forma por el resto de su vida. Sólo en una ocasión sucedió un incidente que hizo a mi madre sospechar que algo no estaba del todo bien. Un día se presentó la policía en casa y detuvo a mi padre para interrogarle con relación al robo de un banco. Al parecer había empleado dinero que estaba marcado y que se correspondía con el desaparecido unos meses atrás. Sin embargo, después de retenerle varias horas tuvieron que dejarle marchar al no poder probar nada. Mi padre era una persona tranquila, o al menos lo fue hasta los últimos años de su vida. Se conducía siempre con una gran serenidad, nunca se alteraba, nunca mostraba preocupación o irritación. Su vida, aunque trágicamente acelerada por su enfermedad, transcurría dentro de una gran calma.



Hasta que desapareció su reloj. Recuerdo perfectamente aquel día. Es el peor recuerdo de mi infancia. Para un niño de ocho años, ver a tu padre completamente fuera de sí maldiciendo violentamente a todo el mundo, no es algo que se olvide fácilmente. El día anterior mi madre y yo habíamos viajado a casa de mis abuelos maternos. A nuestra vuelta encontramos a mi padre totalmente enloquecido. Decía que aquella noche alguien había entrado en la casa y le había robado su reloj, y que el ladrón era inmune a la influencia del reloj porque poseía uno igual. Cuando mi madre trataba de preguntarle que quería decir, mi padre se enfurecía aún más y respondía que no lo podría entender. Lo cierto es que mi padre ya nunca fue el mismo, hasta el punto de que pasó el último año de su vida recluido en un hospital psiquiátrico.

Después de contemplar la fotografía durante un rato, sentí el impulso de volver a abrir aquella caja. No sé por qué lo hice. Supongo que la fotografía me produjo cierto sentimiento de nostalgia. Había curioseado muchas veces en aquellas cajas, esperando descubrir alguna maravilla oculta, aunque lo único que había encontrado fueron decenas de viejas cintas de vídeo y cientos de CDs de música demasiado rancia para mi incipiente gusto adolescente. La caja estaba, efectivamente, llena a rebosar de cintas VHS obsoletas, pero sobre uno de los montones había un reloj. El reloj de mi padre.

Durante unos instantes me quedé estupefacto, paralizado por la sorpresa. Luego, sintiendo que el corazón me daba un vuelco tomé el reloj entre mis manos. Se trataba del mismo reloj, lo recordaba lo suficientemente bien como para estar seguro. Pero si había sido robado, ¿cómo había llegado hasta allí? A primera vista no tenía nada de especial. La esfera era blanca. Tres agujas marcaban la hora, minutos y segundos, y un pequeño indicador mostraba el día del mes y el año. Tenía una ruedecilla en el lado derecho, junto a una inscripción en la carcasa que decía *push*. Probé a girarla suavemente y comprobé cómo las manecillas se desplazaban rápidamente a la vez que cambiaba la fecha en el pequeño rectángulo indicador. Volví a dejar la fecha y hora correcta consultando con mi reloj. Ya eran las dos, mi madre debía estar esperándome para comer. Casi había perdido el interés cuando, con un movimiento inconsciente presioné la ruedecilla que se hundió con un imperceptible *click*.

Entonces sucedió algo maravilloso. Al pulsar el botón, a la vez que se detenían las manecillas que marcaban la hora, surgió una extraordinaria música que me envolvió extasiado. Aún hoy, después de haberla escuchado miles de veces, no podría siquiera aproximarme a describir lo que siento al escuchar esa melodía. Aquella sinfonía desconocida acarició mi alma y la elevó hacia el cielo. Elige el mejor orgasmo que hayas tenido en toda tu vida, multiplícalo por diez y súmale el mayor momento de relajación y paz que hayas experimentado. Aún estarás lejos de sentir lo que se siente escuchando la música que emanaba del reloj. La esencia del universo se puede condensar y reducir a sonido para ser percibida por un ser humano.



Perdí la noción del tiempo dejándome arrastrar hasta los remotos confines del universo. Sólo tenía trece años pero me sentí como si tuviera mil. Sentí como si toda mi vida, pasada y futura, se acumulara en un solo instante, como si volara entre las estrellas, como si todas las piezas del puzzle encajaran, cómo si toda la sabiduría del mundo se estuviera susurrando a mis oídos. Nietzsche era un aprendiz, *yo* tenía todas las respuestas.

Entonces volví a la realidad, o al menos una parte de mí lo hizo con la suficiente fuerza para pulsar el pequeño botón del reloj y detener aquella música. Tardé varios minutos en reaccionar. Estaba conmocionado por la experiencia que acababa de vivir, pero poco a poco la realidad se fue imponiendo. Mi madre me estaría esperando, ¿cuanto tiempo había pasado? El reloj de mi padre se había detenido y sólo había vuelto a ponerse en marcha cuando la música se detuvo. Consulté mi reloj de muñeca y comprobé horrorizado que había pasado casi una hora desde que había subido al trastero. Mi madre debía de tener la comida lista hacía mucho rato, y se enfurecía mucho cuando llegaba tarde. Eso me hizo olvidarme por un momento del reloj, que guardé en mi bolsillo mientras bajaba las escaleras a toda velocidad. Sin embargo, me extrañó que mi madre no me hubiera llamado a voces cómo hacía habitualmente cuando me distraía viendo la televisión o jugando en el jardín. O tal vez sí lo había hecho y la música del reloj me había impedido oír su llamada. En ese caso mi madre estaría mucho más furiosa aún.

Cual fue mi sorpresa al llegar a la cocina y ver que, no sólo mi madre no estaba enfadada, sino que se encontraba sumida en mitad de los preparativos de la comida.

—¿Ya has bajado? —me dijo con su habitual tono cariñoso—, ¿encontraste algo que tirar?

—Errr... si... creo que sí —dije balbuceante.

—Bien, entonces bájalo hasta el patio. Y luego vete a estudiar, aún queda un rato hasta que la comida esté lista.

—Sí mamá.

Antes de salir de la cocina eché un vistazo al reloj de pared. Marcaba las dos y diez. Mi reloj de muñeca daba las tres y cuarto. Saqué el reloj de mi padre y comprobé estupefacto que también marcaba las dos y diez. ¡Rayos! Mi reloj me había jugado una mala pasada.

Pasé el resto del día ocupado con las tareas que mi madre me asignaba, confortado por el agradable recuerdo de la música del reloj. Esperaba con impaciencia que llegara el momento de ir a dormir para poder encerrarme en mi cuarto y volver a deleitarme de nuevo con aquella música.



Descubrir lo que el reloj era capaz de hacer era tan sólo cuestión de tiempo. El destino quiso que fuese aquel mismo día. Aunque era sábado había madrugado para hacer unos encargos de mi madre. Además, el haber pasado la tarde bajando cajas del trastero hizo que estuviera terriblemente cansado. Después de la cena me senté junto a mi madre a ver la televisión, pero pronto me venció el sueño y me fui a mi cuarto. Me metí en la cama y *conecté* de nuevo el reloj. La melodía celestial vino a mi encuentro. Me recorrió una intensa oleada de placer y me quedé dormido. Nunca había dormido tan profundamente. Cuando desperté la música seguía acariciando suavemente mi alma, dándome los buenos días. O en teoría lo que deberían ser los buenos días. De entrada me sorprendió que aún fuese de noche. Detuve la música y el reloj continuó su marcha en el punto donde se había quedado, las once y media. Sin embargo mi reloj de pulsera marcaba las siete de la mañana. Ya tendría que haber amanecido. Salí del dormitorio y me quedé atónito al ver que mi madre seguía viendo adormilada la tele en el salón.

—¿Aún no te has ido a dormir? —me preguntó al sentirme tras ella.

—Nnn...sí...olvidé algo... —dije mientras corría de nuevo al dormitorio presa del pánico.

¡Dios santo! No era posible, estaba seguro de que había dormido durante horas. Comprobé la hora en el reloj de la mesita, en el teletexto del pequeño televisor de mi cuarto... Todos indicaban algo más de las once y media... exactamente igual que el reloj de bolsillo de mi padre. ¡Pero yo lo había visto detenerse! ¿Cómo era posible? Me asaltó una terrible duda. Era una locura, una estupidez, pero tenía que comprobarlo.

Puse el reloj de la mesita frente a mí, donde pudiera verlo claramente. La pequeña aguja del segundero avanzaba inexorable, dejando atrás un segundo tras otro. Tomé el reloj de mi padre y pulse el botón que activaba la música. Ésta vino a mi encuentro tan cautivadora como en las dos ocasiones anteriores. ¡Pero el reloj de la mesita se había detenido! Consulté mi propio reloj de muñeca y comprobé, tal y como había supuesto, que seguía funcionando perfectamente. Diablos, ¿acaso aquel reloj generaba algún tipo de señal capaz de paralizar el resto de relojes a su alrededor? Vamos, tranquilízate, no puede ser lo que estás pensando, me dije. Salí de mi cuarto con el corazón en un puño. Había un silencio sobrecogedor en toda la casa. En el salón, la televisión encendida no emitía ningún sonido, la imagen estaba congelada. El corazón latía desbocado en mi pecho. Moviéndome muy despacio rodeé el sofá para ver horrorizado a mi madre allí sentada, inmóvil, con los ojos abiertos pero sin ver. ¡Petrificada! O mejor dicho, congelada, suspendida en el tiempo. Me quedé un buen rato observándola, sin poder quitarle la vista de encima. Era casi como ver una fotografía. Su boca tenía un ligero rictus, estaba a punto de sonreír, probablemente el chiste que el showman de la tele acababa de contar. ¡Dios mío!



No pude soportarlo y salí corriendo del salón. Debía de estar soñando, eso es, una terrible pesadilla, pronto despertaría y todo volvería a la normalidad. Y sin embargo sabía que no era una pesadilla, no habría un despertar, estaba sucediendo de verdad. Fui hasta una de las ventanas y me asomé a la calle. Fuera todo era como una película en pausa. Había algunos coches detenidos en mitad de la calzada. Mi vecina y su fastidioso perro, abajo en la acera, paralizados en el siguiente paso de su paseo nocturno. Las hojas de los árboles se encontraban totalmente inmóviles, y hasta pude distinguir a los insectos que revoloteaban alrededor de la farola, allí suspendidos en el aire.

El terror se apoderó de mí. A estas alturas el lector inteligente ya habrá comprendido que es lo que estaba sucediendo. Pero una cosa es leerlo y otra vivirlo, sobre todo si eres un chaval inmaduro de trece años. Presa del pánico y de la ansiedad corrí arriba y abajo por la casa, comprobando todos los relojes, buscando algo que tuviera movimiento, vida propia. Pero lo único que no había quedado congelado era yo mismo. Sentí la garganta terriblemente seca. Abrí el grifo del lavabo para ponerme un vaso de agua y comprobé con cierto alivio que el agua fluía mojando mi mano. ¡Por fin algo de movimiento! Pero el horror volvió en cuanto aparté mi mano del grifo para tomar un vaso. El chorro se quedó inmóvil, a medio camino entre el grifo y la superficie del lavabo. Observé atónito la pequeña columna de agua durante unos segundos. Cuando acerqué de nuevo mi mano para intentar tocarla el agua volvió a fluir como si nunca hubiese estado detenida. ¡No era posible! ¡Aquello era una locura!

Entonces, como si despertara realmente de una pesadilla me di cuenta de qué es lo que había provocado todo aquello. Busqué el reloj de mi padre en el bolsillo. Presioné la pequeña rueda lateral y a la par que la música se detuvo, el mundo volvió a la vida.

—¡Dios mío! ¡qué susto me has dado! ¿no te habías ido a dormir?

No me había dado cuenta de que estaba junto a mi madre cuando el tiempo reanudó su marcha. Para ella yo había aparecido de pronto a su lado, asustándola.

—Lo siento mamá. No tengo sueño, déjame ver un rato más la tele... —dije mientras me acurrucaba a su lado.

—De acuerdo, pero no me gusta que seas tan sigiloso cuando te acercas. Tu padre solía hacerme lo mismo a veces y no me gustaba nada...

La abracé y ella se dejó abrazar.



A la mañana siguiente, con la luz del día, mis temores se fueron disipando para comenzar a ver las cosas de otra forma. Aquel reloj era capaz de detener el tiempo. Y eso podría resultar tremendamente útil. No era difícil imaginar todas las posibilidades que algo así podría tener. Y yo las fui explotando todas, una por una, desde mis lejanos trece años hasta el día de hoy. Para empezar, nunca más madrugué. Bueno, me levantaba muy temprano, pero siempre después de detener el tiempo y dormir varias horas más a placer. Tampoco volví a estudiar. Me encantaba leer, y pasaba muchas horas de *tiempo congelado*, como yo lo llamaba en mi fuero interno, devorando libros. Pero era incapaz de dedicar un segundo a las asignaturas del colegio. Aún así pasé todos los cursos con excelentes calificaciones... no voy a entrar en los detalles de todas las travesuras que cometí en mi adolescencia, la mayoría de ellas inconfesables.

Para cuando llegué a la edad adulta tenía bastante claro cómo enfocar mi vida. Era consciente de que no iba a necesitar trabajar para vivir. Pero necesitaba justificar mis ingresos, así que abrí una pequeña tienda de discos que casi siempre pasaba cerrada, pero que me servía para blanquear el dinero que robaba. Sí, me convertí en el mejor ladrón del mundo. Cometía un robo perfecto tras otro, siempre en pequeñas cantidades y en distintos bancos para no llamar demasiado la atención. A veces viajaba a otras ciudades para robar cantidades mayores. Recorría el país buscando nuevas sucursales que desplumar. Imagino que la policía debía de estar volviéndose loca intentando resolver todos aquellos misteriosos robos.

Oh, pero lo mejor de todo era la gran tranquilidad que rodeaba mi vida. No me veía sometido al estrés del tiempo. Hacía aquello que me apetecía en cada momento. A los veintidós años me enamoré y me casé. Vivía de forma discreta pero lujosa. A mi mujer le conté que disponía de una generosa herencia de mi padre, y, al igual que había sucedido con mis padres, nunca se cuestionó nuestra forma de vida.

A los veinticinco años, resolví otro de los misterios que habían envuelto la vida de mi padre: su rara enfermedad. Debí haberme dado cuenta antes pero fue mi madre quien me hizo advertirlo. Su madre, mi abuela, había enfermado y estuvo fuera varios meses cuidando de ella. Era el mayor período de tiempo seguido que había pasado sin verme, y cuando regresó advirtió rápidamente mi prematuro envejecimiento. Yo me eché a reír al darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero ella no pudo contener su desesperación al pensar que había heredado la enfermedad de mi padre. Y ciertamente, había heredado algo de mi padre, pero no lo que ella pensaba. El problema era que, aunque el tiempo estuviese detenido, mi reloj biológico seguía avanzando. Desde que descubrí el reloj, alargaba los días y las noches, hasta tal punto que casi pasaba más tiempo en ese estado de tiempo congelado que en el tiempo *real*. Eso hacía que se produjese un desfase entre mi edad cronológica y mi edad biológica. Los años de más que había vivido empezaban a notarse.



Después de recorrer innumerables hospitales y ante la perplejidad de los médicos, mi madre por fin se resignó a que no hubiera ninguna posibilidad de curarme. Me dolía ver la preocupación en los rostros de los demás, especialmente de mi mujer y mi madre, pero aunque hubiera querido decirles la verdad, sabía que no podía. Nunca podrían entenderlo. Era mi secreto, y no podría compartirlo con nadie jamás.

En algunas ocasiones me asaltaban dudas sobre que ocurriría si el reloj dejase de funcionar de pronto. Nunca me había fallado, pero desconocía totalmente en qué se basaba su funcionamiento. Podría encontrarme una desagradable sorpresa en cualquier momento. También me preguntaba a menudo sobre cual sería su origen. Por las averiguaciones que pude hacer, mi padre lo había heredado de mi abuelo, pero no había encontrado ninguna pista que me dijese de dónde lo había sacado éste. Que algo así fuese posible era absurdo, imposible, fuera de toda lógica. Y sin embargo ahí estaba, en mi poder, demostrando en cada ocasión lo que era capaz de hacer. Con los años dejé de hacerme preguntas y me limité a sacarle provecho. Gracias a él, mi existencia transcurría de forma plácida, feliz y sin ningún contratiempo.

Entonces, un día recibí una visita que trastocaría mi vida para siempre. Era mediodía. La noche anterior habíamos tenido una fiesta en casa con varios amigos. Yo había bebido algo más de la cuenta y tenía una fea resaca. Mi mujer se acababa de levantar y entonces yo detuve el tiempo para poder dormir tranquilo hasta que desapareciera el dolor de cabeza. La música que emanaba en cada ocasión seguía siendo tan maravillosa como siempre. Sólo el hecho de poder escucharla ya era un motivo por si solo para detener el tiempo. Cuando estaba volviendo a quedarme dormido me sobresaltó el chirriante sonido del timbre de la puerta. La sangre se heló en mis venas. El corazón me dio un vuelco mientras me incorporaba de un salto en la cama. No, no podía ser. La resaca debía haberme jugado una mala pasada. Volvió a sonar, inconfundible, esta vez algo más largo, con un toque de impaciencia. Me armé de valor y salí de la cama. ¿Acaso el reloj había dejado de funcionar? La música seguía sonando en mi cabeza. Eché un vistazo al baño y allí seguía mi mujer, suspendida en el tiempo. Entonces, ¿quién diablos estaba llamando al timbre?

Sólo había una forma de averiguarlo. Abrí la puerta. Delante de mí apareció un tipo de aspecto canoso y figura rechoncha. Me miró con unos pequeños ojos penetrantes y a la vez divertidos.

—¡Por fin le he encontrado! —dijo con una voz algo ronca— ¡No sabe usted los quebraderos de cabeza que nos ha dado!

Yo le observaba con la boca abierta sin saber qué decir.

—¿No me va a invitar a pasar? —dijo al cabo de unos segundos —tenemos que tratar... cierto asunto usted y yo.



Le indiqué que pasara con un gesto, incapaz de emitir un sonido. Sentía la garganta terriblemente seca. Me dirigí mecánicamente a la cocina para beber un vaso de agua. El tipo me siguió y se acomodó en una de las sillas junto a la mesa sin quitarme un ojo de encima.

—Bien, —dijo— lo primero será presentarme. Soy... bueno, puedes llamarme Héctor. Es el nombre que suelo usar por aquí —dijo mostrando una canina sonrisa. No era una sonrisa amable, era una sonrisa de advertencia. Él dominaba la situación y quería dejármelo claro.

—Tienes algo que me pertenece... —y señaló a mi brazo.

Me limité a observarle fascinado, con la boca abierta.

—¡Oh! Verás, conozco muy bien lo que es capaz de hacer ese reloj —continuó mientras se metía la mano en su bolsillo y sacaba otro, prácticamente idéntico al mío.

No pude más y me derrumbé en la silla frente a él. Una cierta lógica se fue abriendo paso en mi confusión. Me había preguntado muchas veces de dónde había salido el reloj. Y fuera quien fuese aquel maldito Héctor era seguro que tenía alguna relación con su origen.

—Te habrás preguntado por qué yo soy inmune a la influencia de tu reloj. Ahora ya sabes la respuesta —dijo señalando a su propio reloj—. Estos aparatos están programados para sincronizarse entre sí cuando encuentran algún otro funcionando en las proximidades.

—Pero... ¿cómo? ¿qui... quién eres? —la angustia que sentía apenas me permitía hablar.

—Oh, ya te he dicho que me hago llamar Héctor. Pero supongo que te refieres a quién soy realmente. Bien, supongo que te mereces una explicación después de todo —se recostó en la silla a la vez que sacaba una cajetilla de cigarrillos y encendía uno—. Intentaré exponértelo de forma sencilla... veamos... Lo primero que debes saber es que vengo de un futuro lejano.

Me miró con curiosidad estudiando mi expresión. Yo me limité a mirarle como un niño que presencia un increíble número de magia.

—Vengo de una época —prosiguió— en la que el ser humano ha avanzado en la comprensión del universo más de lo que nadie se atrevería a soñar en esta oscura época. El control del tiempo es sólo una de los pequeños logros que hemos conseguido. ¿Te dice algo el concepto de multiverso?

Dije que no con un movimiento de cabeza, incapaz de abrir la boca. Volvió a mostrar esa expresión divertida en su rostro. Me sentí como uno de esos indios



primitivos que escuchan incrédulos las historias de los colonizadores sobre el mundo existente más allá de su pequeño poblado.

—Lo suponía. No entraré en detalles, tan solo te diré que explorar universos alternativos resulta mucho más interesante que viajar en el tiempo. Por eso no hay muchos que se interesen hoy día por la historia antigua. Unos cuantos miles de viajeros del tiempo repartidos por toda la historia de la humanidad no llamamos demasiado la atención. Te sorprenderías de los atestados que pueden estar algunos mundos paralelos...

En cualquier otra situación habría tomado a aquel tipo por un chiflado, pero aquel chiflado tenía un reloj. Siguió hablando con su voz ronca.

—Sin embargo, cuando uno viaja en el tiempo debe ser mucho más cuidadoso. Hay ciertas normas... no se puede alterar el curso de la historia así como así. Para conseguir una licencia de viaje temporal hay que cumplir una serie de requisitos, garantías, si infringes alguna norma la sanción puede ser muy dura...

Me miró y una sombra de temor pasó por sus ojos. Comencé a entender lo que había ocurrido.

—Así que... —me atreví a decir— ¿perdiste tu reloj?

—Eso es —dijo asintiendo con la cabeza—. Perdí el maldito reloj y no me dejarán volver hasta que no lo recupere —había rabia y resentimiento en su voz—. Aquella furcia me engañó. Yo... me dejé engatusar... sucumbí a sus encantos. Cuando desperté había desaparecido con todas mis cosas, me dejó en calzoncillos...

Reprimió un gesto de rabia aspirando nerviosamente el humo del cigarrillo para continuar diciendo:

—Los detalles no vienen al caso. Afortunadamente en aquella ocasión no vine solo y pude regresar, pero en cuanto averiguaron que había perdido el reloj me hicieron volver para recuperarlo. No sé como ha llegado hasta ti pero no ha sido fácil dar con él, maldita sea. Aunque —dijo mirando a nuestro alrededor— creo que no estamos en la misma fecha en que lo perdí.

—No —dije— eso debió suceder hace unos cincuenta años, mi abuelo fue la primera persona, que yo sepa, que descubrió lo que este reloj era capaz de hacer.

—Si, pero ahora se ha acabado.

Me recorrió un escalofrío. La idea de tener que deshacerme del reloj me aterraba, tenía que zafarme de aquel tipo, pero ¿cómo?



—Pero este reloj solo puede parar el tiempo— me atreví a preguntar finalmente— ¿cómo te puede servir para viajar?

Héctor soltó una gran carcajada. No pude dejar de notar que se trataba de una risa histérica.

—Jodido cabrón. Me he pasado años tratando de rastrear a alguien capaz de aparecer y desaparecer en distintas épocas. Cuando comprendí que solo lo estabas usando para detenerte todo fue mucho más fácil.

Le miré sin comprender. Se reclinó hacia delante y me miró de forma penetrante mientras sostenía frente a mí su propio reloj.

—Mira —dijo girando imperceptiblemente la ruedecilla de ajuste. Entonces desapareció. Se esfumó sin dejar rastro, como si nunca hubiera estado allí.

Yo estaba estupefacto. Me quedé boquiabierto mirando estúpidamente el vacío que había dejado en la silla, y entonces, ¡volvió a aparecer ante mí!

Di un respingo hacia atrás. Seguía mostrando la misma sonrisa que cuando se esfumó.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —pregunté tontamente.

—Me volví a incorporar a la corriente temporal normal. Como tú estás aquí varado simplemente dejaste de verme. Luego regresé hasta este mismo instante de nuevo. Es sencillo. Esta ruedecilla ajusta el calendario a la fecha exacta a la que quieras desplazarte. Puedes moverte minutos, años o siglos. O también puedes detenerte. Eso es lo único que tú has estado haciendo.

Volvió a mirarme con una mezcla de alivio y rabia en sus ojos. Supuse que el alivio se debía únicamente al hecho de haberme encontrado y poder regresar por fin al improbable y remoto futuro del que provenía. Y eso significaba que yo nunca más tendría mi reloj. La idea de vivir sin él se me hacía insostenible. Debía de haber alguna manera de burlarle y escapar. Traté de pensar en algo para ganar tiempo. No fue necesario, Héctor continuó charlando tranquilamente.

—Cuando comprendí eso todo fue mucho más sencillo. No es fácil dar con alguien que se desplaza continuamente en el tiempo. En cambio, alguien que pasa mucho tiempo con el reloj detenido...

—¡Mi enfermedad! —dije intuyendo.

—Exacto. Una vez supe lo que debía de buscar no me fue difícil dar contigo —me miró satisfecho.



Maldita sea. Mi historial médico debía de aparecer en decenas de hospitales. Me arrepentí de haberme dejado arrastrar por mi madre a todas aquellas pruebas inútiles.

—¿Y la música? —pregunté en un último arrebató de curiosidad— ¿qué tiene que ver con desplazarse en el tiempo...?

—No es más que un efecto secundario, aunque muy agradable por cierto. Está íntimamente relacionada con el proceso... no es fácil de explicar —dijo dando una calada a su cigarrillo.

—Por favor, si he de perder mi reloj al menos me gustaría conocer qué hace posible su funcionamiento —dije fingiendo resignación. Tal vez había una oportunidad para escapar, pero sólo funcionaría si Héctor se confiara lo suficiente.

—Ah muchacho, vuestros conocimientos científicos son tan arcaicos que necesitaría varias horas tan solo para hacerte entender los fundamentos básicos. Hum, veamos, lo intentaré de todas formas —pareció que recuperaba el buen humor—. Para empezar, tienes que entender que la realidad, el mundo que percibes, es solo uno de los posibles mundos infinitos que existen. Y cuando digo mundos, me refiero a universos completos.

No pude más que mirarle con sincero interés.

—Esos universos —continuó— no están muy lejos, por decirlo de alguna forma. Materia, antimateria, energía, materia oscura, eso sólo son conceptos que tienen sentido desde un punto de vista Humano. La Realidad no es más que un Caos, un caos brutal del que sólo podemos apreciar una ínfima parte, lo que llamamos el universo conocido. ¿Me sigues?

—Ligeramente —dije— pero continúe por favor.

—Incluso el fluir del tiempo, tal y como lo percibimos, no es más que algo puramente subjetivo, condicionado por el funcionamiento de nuestros cerebros. Digamos que, entre todas esas infinitas posibilidades, hay una que da lugar a una mente humana. Una mente que es capaz de percibir e interpretar lo que se extiende fuera de ella de una determinada forma. Hay muchas cosas que se nos escapan, al igual que solo podemos ver una pequeña parte del espectro de luz. Una vez comprendimos eso y averiguamos cómo actuar sobre el cerebro, fuimos capaces de modificarlo para conseguir *ver* los otros posibles mundos.

—Dicho así parece sencillo.

—Si, pero te aseguro que no lo es. Se tardó mucho hasta poder ajustar la mente de forma diferente sin perder la propia coherencia física del hombre. Bien, los detalles no importan. El hecho es que hay una zona en el cerebro, una cierta estructura neuronal cuya función es mantenernos sincronizados



con un determinado estado, con un fluir de las distintas realidades. Esa parte del cerebro también se encarga de... hum..., déjame buscar una forma sencilla de decirlo..., se encarga de crear una referencia a partir de la cual se le da un sentido a todo lo demás. Causa y efecto y todo eso. Nos hace creer que el ahora tiene una relación con el antes.

—¿Y no es así?

—¡No! No has entendido nada. Da igual, te dije que era demasiado complicado. Pero respondiendo a tu pregunta sobre la música te diré que la región del cerebro que se ocupa de sincronizarnos con el fluir del tiempo es la misma que procesa los sonidos que captamos del exterior. Este aparatito —dijo señalando al reloj— actúa generando un campo de éxtasis que estimula esa región y, como efecto secundario, nos hace sentir esa extraordinaria melodía.

—¿Entonces esa es la causa del sentido musical? —dije creyendo comprender.

—¡Exacto! —exclamó volviendo a acomodarse en la silla—. Los sonidos, especialmente la música, estimulan esa región de forma análoga, solo que con muchísima menos efectividad. Pero sí, ejerce un cierto efecto de desplazamiento, sin consecuencias prácticas claro, pero que nos puede llegar a producir una intensa sensación de... digamos, estar sincronizados con el universo.

—Y supongo que cuanto más acentuado es ese efecto, mejor nos parece la melodía —dije, más afirmando que preguntando. Al menos aquello lo había entendido.

—Eso es. Aunque te aseguro que nunca escucharás nada tan complejo y excitante como esto —hizo un gesto en el aire haciendo referencia a la sinfonía silenciosa que flotaba en nuestras mentes.

—Y ahora, se acabaron las explicaciones. Devuélveme mi reloj.

Su voz perdió el tono de fingida amabilidad y se volvió dura. Introdujo la mano en el interior de la solapa de su americana y sacó una pistola con la que me apuntó tranquilamente.

—¿Vas a matarme? —pregunté con voz temblorosa.

—No. Como te dije hay ciertas normas sobre alterar el curso de los acontecimientos, pero lo haré si no me dejas otra opción.

—De acuerdo. Te lo devolveré —dije con estoicismo.

Tomé el reloj con mi mano izquierda e hice el ademán de estirar el brazo para dárselo. Entonces, cuando noté que se relajaba levemente, con la rapidez



que da el haber realizado aquel movimiento miles de veces, tomé la ruedecilla entre el pulgar e índice y la giré frenéticamente.

No recuerdo cuánto tiempo estuve dando vueltas a la pequeña rueda mientras todo a mi alrededor hizo borroso, confuso. Sentí unas tremendas nauseas y paré. La realidad volvió a estabilizarse a mi alrededor. Pero no tenía nada que ver con el lugar donde me encontraba segundos antes. Lo cierto es que se trataba exactamente del mismo punto geográfico, solo que 2.747 años atrás. Comprobé horrorizado la fecha que marcaba el indicador y miré incrédulo a mi alrededor. Me encontraba en un pequeño claro cubierto de hierba, junto a unos peñascos detrás de los cuales comenzaba un pequeño bosque. Respiré aliviado.



¡Había funcionado! Había conseguido desaparecer antes de que Héctor hubiera podido hacer nada por evitarlo. Pero no sabía de cuanto tiempo disponía hasta que volviera a encontrarme. Por lo que me había contado, no tenía de una forma sencilla de rastrear a Héctor. La primera vez había dado conmigo de forma indirecta, así que no era probable que me localizara rápidamente. Aunque tal vez podría tratar de seguirme, retrocediendo minuto a minuto, año a año hasta que apareciera de nuevo ante él. Esa idea me hizo reaccionar. Si permanecía en el mismo lugar tarde o temprano me encontraría.

Corrí en dirección a los peñascos y me escondí tras ellos. Allí escondido me encontraba a salvo de momento, razoné. Si Héctor estaba retrocediendo cuidadosamente pasaría de largo sin verme. ¡Era imposible que pudiera rastrear los alrededores, minuto a minuto, en los próximos 2700 años!

¿Y ahora qué? Tranquilízate, me dije. Debes manejar la situación con calma. Tiene que haber una salida. Ponerse nervioso no ayudaría. ¿Qué alternativas tenía? Si huía, cosa que por otro lado ya había hecho, y me establecía en alguna otra época, tendría que vivir el resto de mi vida con la incertidumbre de que volviera a encontrarme. Y entonces supongo que no se acercaría a mí de forma tan amistosa. La otra opción era mantenerme siempre en *movimiento*, cambiando de una fecha a otra, de un lugar a otro, tratando de no dejar ninguna huella. Pero, ¿qué vida era esa?

Había una tercera alternativa: regresar y entregarle el reloj. Pero, Dios Santo, no podía concebir el resto de mi vida sin él. Había crecido con su ayuda, había organizado mi forma de vida sobre la base de las ventajas de poder detener el tiempo. Hasta proporcionaba a mi mujer interminables horas de placer en la cama. Ah, si supiera que esas noches fabulosas duraban para mí días o incluso semanas enteras. No, debía pensar en algo que me permitiera conservar el reloj y que, a la vez, hiciera que Héctor me dejara tranquilo.



Se me ocurrió una idea. Sí, la solución era devolverle su maldito reloj.

Regresé a aquella fatídica noche de 1980. Al día siguiente mi madre regresaría con su hijo de cinco años después de pasar el fin de semana en casa de los abuelos. Después de aquella noche mi padre ya no volvería a ser el mismo. Traté de no sentirme culpable por lo que iba a hacer. Ya había sucedido. Yo no podía hacer nada por evitarlo. Simplemente aprovecharía la situación en mi favor. Al menos serviría para salvar mi vida.

Antes de encaminarme hacia mi antigua casa familiar pasé por el centro médico para sustraer una de esas pistolas que administran somníferos. Ingenualmente, había pensado que si lograba administrarle una dosis antes de que despertara, ambos nos ahorraríamos el mal trago de vernos las caras frente a frente. Pero sabía que mi padre se mantendría despierto el tiempo suficiente como para verme. Recordaba perfectamente aquella parte de lo que entonces me parecía una delirante historia.

Salté la verja y fui hasta la caseta de herramientas donde escondíamos una copia de las llaves de la casa. También cogí unas tenazas lo bastante fuertes como para cortar la cadena de acero con la que mi padre mantenía sujeto el reloj a su muñeca. Conteniendo el aliento abrí la puerta y subí hasta el dormitorio. Podía escuchar sus ronquidos mientras trataba de pisar los escalones de madera sin hacer ruido. Me acerqué a la cama, presioné la pistola de somníferos sobre el hombro desnudo que asomaba sobre la sábana, y disparé.

Mi padre se incorporó de un salto sobresaltado, haciendo que yo mismo me tambaleara hacia atrás. Me miró con sorpresa y con un gesto instintivo tomó en su mano el reloj que pendía de su muñeca y presionó la pequeña ruedecilla.

—Tranquilo —dije— no te voy a hacer daño.

Mi padre me miró horrorizado, incrédulo. Antes de que el somnífero hiciera su efecto aún tuvo tiempo de echar un vistazo al reloj, como para asegurarse de que realmente había pulsado el botón correcto. Entonces se desplomó.

—Lo siento —susurré conteniendo las lágrimas.

Tomé su mano izquierda y corté la cadena, que se quebró bajo las tenazas con un chasquido. Toda la sangre fría que había intentado acumular debió esfumarse de pronto de mis venas, porque me sentí terriblemente angustiado por lo que acababa de hacer. Reprimí un impulso de vomitar y retrocedí hasta mi pequeño refugio en el bosque, 2700 años antes.



Mi plan era tan sencillo como desesperado. Le entregaría a Héctor uno de los relojes y conservaría el otro. Si actuaba de forma lo suficientemente convincente, no sospecharía nada y me dejaría en paz. Solo había un problema. Si, una vez le hubiese entregado uno de los relojes mantenía el otro en mi poder, seguiría siendo inmune a los efectos del reloj de Héctor. Si antes de largarse se le ocurriese simplemente parar el tiempo, me descubriría. No tenía más opción que esconder el reloj en algún lugar donde luego pudiera recuperarlo.

Héctor me había encontrado la mañana del 25 de julio de 2005. Desplacé la ruedecilla hasta que el indicador marcó el día siguiente. Me encontré de pronto en el jardín de mi casa, tal y como lo había dejado horas antes. Me invadió la angustia por el temor de que Héctor anduviera aún por allí esperando mi regreso. Eché un vistazo a mi alrededor para comprobar que no hubiese nadie cerca y me dirigí a la casa de mi madre. Vivía a un par de manzanas de la mía, y tardé apenas cinco minutos en llegar. Realicé el recorrido con el resto del universo en pausa. El resto del universo salvo Héctor, no dejaba de recordarme a mí mismo mientras miraba nerviosamente a mi alrededor en busca de algún signo de movimiento. Todo permanecía perfectamente estático. El sol brillaba tímidamente entre las inmóviles nubes del amanecer. Las hojas otoñales, tratando de ser arrastradas por la brisa matinal, eran mudos e inermes testigos de mi avance por las calles. El tráfico detenido, los viandantes congelados, los pájaros espantados por el sonido de los claxon suspendidos en el aire. Cada detalle que confirmaba que yo era el único ser libre de movimientos solo contribuía a aumentar mi ansiedad. Casi esperaba que de cualquier esquina apareciera Héctor con su sonrisa mezquina gritando: ¡te tengo! Dios santo, tenía que acabar con aquello. No podría soportar vivir con esa angustia el resto de mi vida.

Entré en la casa de mi madre. Había decidido esconder el reloj en el mismo arcón donde lo encontré la primera vez, cuando era niño. Luego volvería al punto donde había burlado a Héctor y, una vez le hubiera convencido de que tenía lo que buscaba, regresaría allí y esperaría a que el segundo reloj apareciera al día siguiente.

Tengo que reconocer que me encontraba en un estado tal de frenesí, casi febril, que no fui capaz de pensar con claridad. De otra forma tal vez hubiese podido anticipar lo que iba a encontrar al final de las escaleras. Sí amigos míos, al otro lado de la puerta me encontré conmigo mismo. Estaba allí de pie, con el rostro desencajado por la desesperación. Tras él se encontraba Héctor con su pistola apoyada sobre su (mi) sien. Mi otro yo articuló una muda palabra con los labios.

—¡Huye!



Héctor disparó. El sonido viaja más rápido que las balas. Esa es la única explicación para el hecho de que el sonido del segundo disparo pudiese llegar hasta mis oídos, si bien la bala que viajaba hacia mi cabeza nunca la alcanzó. Giré y gire la rueda retrocediendo en el tiempo desesperadamente. Llegué más lejos que en las otras ocasiones. Mucho más lejos. Cuando por fin me detuve el paisaje a mi alrededor era muy diferente al que había visto anteriormente. Me encontraba en mitad de un tupido bosque de vegetación desconocida. Me recordaba a esos decorados de películas ambientadas en la prehistoria. Ni siquiera comprobé la fecha en el indicador. Me recosté junto a un árbol y comencé a llorar.

—¡Maldito cabrón! —grité entre sollozos. Me había disparado. ¡Había presenciado mi propio asesinato! Apreté los ojos inundados de lágrimas intentando borrar la imagen de mi cabeza estallando en un chorro de sangre. ¡Dios santo! Pero ¿cómo era posible? Yo estaba vivo, ¡seguía vivo! ¿Podía estar vivo y muerto a la vez?

No claro. No era a la vez. Estábamos en momentos diferentes. En cierto sentido todos estamos muertos, allá en nuestro futuro, me dije. Pero entonces, ¿cómo podía haber descubierto mi plan? Traté de reconstruir los hechos, pensando a toda velocidad. Era evidente, razoné, que no me dejó marchar después de que le hube entregado el primer reloj. Debió olerse algo y se valió de alguna argucia, tal vez empleando algún truco de su época, para sonsacarme mi plan. Entonces esperó pacientemente a que volviera a aparecer al día siguiente para atraparme con el segundo reloj. Sí, sin duda le había subestimado. Pero, ¿qué hacer ahora? Las ideas se agolpaban en mi cabeza. Estaba completamente desquiciado. Histérico. De improviso, para colmo de males, comenzó a llover. El agua caía con tal intensidad que las gotas me hacían daño. Miré a mi alrededor en busca de algún cobijo, pero la extraña vegetación me intimidaba aún más que la lluvia.

Traté de arrancar una enorme hoja que pendía junto a mí para protegerme, pero el fino tallo era más resistente de lo que parecía y sólo conseguí herirme las manos y caer de culo sobre el barro. Entonces, dándome cuenta de lo que estaba haciendo, me asaltó un súbito ataque de risa. Una sonora carcajada tras otra. Reí hasta que me dolió la barriga. Reí hasta que las lágrimas volvieron a inundar mis ojos. Cuando pude controlarme lo suficiente manipulé la ruedecilla de mi reloj para adelantarlo un par de horas. La lluvia desapareció.

—¡Jodido cabrón! ¡Esta vez seré yo el que vaya a por ti! —grité, haciendo levantar una nube de extraños pájaros de las copas de los árboles más cercanos.

Respiré profundamente mientras comenzaba a ver las cosas con más claridad. Una idea absurda se fue abriendo paso en mi mente. Absurda sí, pero el mismo hecho que hacía posible viajar en el tiempo abría las puertas a todo tipo de paradojas absurdas. Y yo iba a sacar partido de ellas.



Miré el reloj. Marcaba las 9:54. A las 10:05 retrocedería hasta las 10 en punto, me dije.

Cerré los ojos y esperé. Hasta mis oídos llegaban los inquietantes sonidos del bosque que me rodeaba.

—¡Funcionó! —dijo una voz familiar al cabo de unos minutos.

Abrí los ojos y allí estaba, a las diez en punto. Yo mismo. Cinco minutos más viejo. Ambos nos miramos con curiosidad durante un rato. Éramos, en esencia, la misma persona, aunque su rostro no era exactamente el que estaba acostumbrado a ver en el espejo.

—Bien —dijo por fin mi otro yo— ahora somos dos. Podemos repetir este truco hasta que seamos un ejército.

—¡No! —dije aterrado— sólo tú y yo.

—Tranquilo, bromeaba. Ya me parece lo suficientemente extraño ver una sola réplica de mí mismo como para...

—¿Réplica? Para mí tú eres la réplica —dije con indignación.

—De acuerdo —dijo sentándose sobre la hierba— no entremos en discusiones inútiles. Cada uno de nosotros se siente como el original. Ya discutiremos esta curiosa situación más adelante. Primero tenemos que librarnos de Héctor, ¿recuerdas?

—Sí, y creo que ambos conocemos el plan. Tú irás a encontrarte con él, y mientras simulas una rendición, yo le liquidaré por sorpresa —dije resuelto.

—Humm... creo que debes ser tú quién vaya a encontrarse con él y yo el que le sorprenda.

—¿Yo? ¿Por qué yo? Creo que el plan ya estaba definido antes de que apareciera. Tú harías de señuelo para que yo pudiera matarle —dije con cierta irritación. Por algún motivo, mi otro yo comenzaba a ponerme nervioso.

—Vamos, piénsalo. ¿Por qué he de confiar en ti? ¿Qué te impide dejar que Héctor me mate y se marche dejándote a ti en paz para siempre?

—¿Que qué me impide...? ¿Acaso me crees capaz de hacer algo así? —me sorprendió cómo, con una perspectiva de tan solo cinco minutos de diferencia entre nosotros, ya pensáramos de forma tan distinta.

—Si no lo haces por egoísmo, tal vez te lo impida el pánico. Piensa que no es tan fácil disparar sobre una persona. Nunca has matado a nadie.



—Tampoco tú. ¿Y por qué debo yo confiar en ti?

—Me sorprende que no lo hayas pensado —dijo con cierto desprecio que no se me escapó—. Tú eres anterior a mí en el tiempo. Si tú mueres yo desaparezco. Mi vida depende de la tuya. Por eso nunca te traicionaré. Por eso tampoco vacilaré en matar a Héctor.

—Pero... —traté de objetar, aunque tenía razón.

Él era mi yo futuro. Si él moría a mí no me ocurriría nada, al igual que sucedió con mi otro yo en el desván. La idea de traicionarle no había pasado por mi cabeza (evidentemente sí por la suya) pero no estaba seguro de ser capaz de matar a Héctor. La idea de escapar podría tentarme en el último segundo. En cambio él, si yo me exponía, no tendría más remedio que hacerlo por su propia vida.

—De acuerdo —dije con cierto abatimiento— lo haremos así entonces.

Regresé al jardín de la casa de mi madre, minutos después de que Héctor me hubiese asesinado en el desván. Dejé uno de los relojes en el suelo sobre un trozo de papel. En la nota había escrito una fecha, año cero, y dos palabras: me rindo. Mi doble y yo habíamos elegido aquella fecha después de asegurarnos que en aquel momento de la historia, el lugar no era más que una extensión de hierba deshabitada. Sincronicé mi reloj con ese instante y la verde pradera apareció ante mis ojos. Permanecí alerta, Héctor no tardaría en llegar.

Así fue. Apareció ante mí súbitamente, empuñando la pistola.

—Un minuto —dije, e hice avanzar la manecilla del reloj antes de que Héctor pudiese pestañear siquiera.

Su rechoncha figura desapareció para volver a aparecer al instante.

—Hagamos esto de forma pacífica... —comencé a decir.

Un minuto.

—...quiero seguir viviendo...

Un minuto.

—...te entregaré el reloj...

Un minuto.



—...pero por favor, baja la pistola.

Un minuto. Hacía avanzar el reloj minuto a minuto mientras hablaba. La imagen de Héctor parpadeaba frente a mí. Pude distinguir cómo reprimía un gesto de rabia.

—De acuerdo —dijo, y la siguiente vez que apareció ante mi mantenía la pistola apuntando al suelo.

Me detuve. Traté de parecer asustado y conciliador. No me fue difícil, realmente estaba muerto de miedo.

—Te lo entregaré —dije—. Esto no tiene sentido. No quiero morir y tú no quieres modificar el pasado —de lo último no estaba tan seguro, por su rostro pude ver que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de regresar a su época— así que no nos queda otra salida...

¡Vamos! Pensé. ¿Donde diablos te has metido? Mi doble ya debería haber hecho acto de presencia. Maldito estúpido, ¿a qué estaba esperando?

Entonces apareció. Un par de metros detrás de nosotros, con el brazo en alto sosteniendo una pistola que apuntaba directamente a la cabeza de Héctor. Disparó... ¡y falló! La bala pasó rozando la oreja izquierda de Héctor y casi me alcanza a mí. ¡Maldito estúpido! ¡Debí haberme encargado yo de aquella parte! Héctor se dio la vuelta sorprendido mientras apuntaba con su arma a mi doble. No tuve más remedio que saltar sobre él, tratando de hacerle bajar el brazo que sostenía la pistola. Caímos al suelo y rodamos forcejeando en la hierba. Héctor, que era más ágil de lo que pudiera parecer a primera vista, se las apañó para darme una patada en el tórax y lanzarme hacia atrás. Entonces, cuando estaba a punto de volver a dispararme, todo acabó. Mi doble se había acercado por detrás y le asestó un golpe con la culata de la pistola que lo dejó inconsciente.

—¡Dios mío, lo tenemos! —dije dejándome caer en la hierba aliviado.

—Sí. Pero solo está inconsciente. Tenemos que acabar con él —y apuntó la pistola a su cabeza.

—¿Te has vuelto loco? —grité incorporándome de un salto—. No podemos matarle así, a sangre fría.

—Apuesto a que sí —dijo con aplomo. Apenas podía creer que fuésemos la misma persona—. Tenemos que librarnos de él, y tú lo sabes.

—Sí —dije—. Pero se me ocurre otra forma igual de eficaz.



Mi réplica cinco minutos mayor y yo regresamos a casa. Ahora teníamos dos relojes cada uno. Héctor, desprovisto del suyo, quedó varado para siempre en el punto donde le dejamos, y nunca volvimos a saber nada más de él. A decir verdad, un día, hojeando un libro de historia, descubrí que en torno al año 10 d.C, hubo un tal Héctor I, emperador de Roma, que introdujo notables adelantos técnicos en su pueblo. Así que tal vez no le fuera tan mal después de todo.

Tampoco volví a ver a mi otro yo después de aquel día. Tras una breve conversación, me hizo ver que no tenía intención de retomar su (nuestra) vida. Ahora que sabía lo que el reloj era capaz de hacer se veía incapaz de seguir viviendo como lo habíamos hecho hasta entonces.

—Quiero conocer qué nos depara el futuro —me dijo. Y se esfumó.

En cuanto a mí, volví a mi vida en el punto exacto en que la había dejado, hacía apenas unas horas. Durante los meses siguientes apenas sentí la necesidad de utilizar el reloj, ni siquiera para mis trucos de detener el tiempo. Tan solo realicé un viaje varios años atrás para esconder uno de los relojes en una de las cajas de la buhardilla de la casa de mi madre. Un chaval de trece años me lo agradecería.

Pero, ah, la curiosidad es un impulso más fuerte que la mayoría de las emociones, y al cabo de un tiempo comencé a realizar pequeñas incursiones en el futuro. Cada vez me aventuraba más y más adelante, conforme mis conocimientos sobre la historia se iban consolidando. Con el tiempo me convertí en un auténtico viajero del tiempo. Sí amigos, he sido testigo de innumerables guerras y maravillosos periodos de paz y prosperidad. He podido ver como nuestra civilización desaparecía, después de alcanzar su máximo esplendor, para luego resurgir de sus cenizas aún con más fuerza. He visto lo que nos depara el lejano futuro, allá entre las estrellas.

Sí, he vivido innumerables aventuras y conocido muchas maravillas, aunque son más las que todavía me quedan por explorar...

Pero esa es otra historia.

© Rafael Avendaño

RAFAEL AVENDAÑO nació en Cádiz en 1973 y es Ingeniero de Telecomunicaciones. Reparte el tiempo libre entre sus dos pasiones, la música y la ciencia ficción. Ha escrito la novela corta *EL TIEMPO ES UN CRUEL AMO* de la que pronto se editará una versión en Comic, y que puedes leer en www.durdenrecords.com. En esta página también puedes descargar de forma gratuita las canciones de su grupo *StreetSpirit*.



PUZZLE

por Javier Pérez

Las paradojas temporales suelen ser uno de los temas clásicos de la ciencia-ficción. Francisco se adentra en este mundo con unas zapatillas deportivas y una maestría que algunos de los grandes maestros ya quisieran.

a Tom Robbins

1

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello).

Donatello, en parte como muestra de agradecimiento, en parte por haber quedado prendado de la estética de las zapatillas, trató de incorporarlas a su diseño para una obra de encargo que llevaría por título *Los milagros de San Antonio*. Cómo encajarían aquellas extrañas alpargatas en la metafísica implícita de la escultura era algo que aún se le escapaba; a priori, la relación iglesia-baloncesto, no habiendo sido siquiera inventado el segundo enunciado de la ecuación, parecía algo farragoso de hacer entender a los sesudos mecenas de la época (los críticos y su montón de chorradas ¿qué sabrán ellos?) pero, maldita sea, si en el futuro la gente iba a calzarse de forma tan cómoda y eficaz, él sería el primero en homenajear el invento.

2

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello).

Aquella misma noche, durante un mano a mano por ver quién era capaz de meterse entre pecho y espalda más chupitos de tequila, Albert Einstein advirtió a Oppenheimer del peligro que comportaba lo que acababa de hacer. Si FedEx,



UPS y los demás se olían que allí había negocio, usarían toda clase de artimañas con tal de hacerse con la patente.

—Y de ahí a pujar en subastas por el dominio del universo sólo va un paso, si no que le pregunten a Jimmy Hoffa —dijo.

—No exageres —respondió un visiblemente ebrio Oppenheimer.

Einstein se limitó a poner su cara de luego-no-digas-que-no-te-lo-advertí, y se echó al gollete otro tequila. Por lo que a él respectaba, mandar paquetes a través de un pliegue temporal confirmaba toda su teoría y eso, junto con el reconocimiento y el dinero por venir, le bastaba.

—Supongo que todo depende de cómo lo quieras afrontar —dijo—, todo es relativo.

—Siempre dices lo mismo —contestó Oppenheimer.

3

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello).

El problema estribó en que ciertos neutrones tienden a perder su identidad al llevarlos hacia determinados límites del plano físico. Oppenheimer no había prestado atención a ciertas particularidades cuánticas antes de poner en marcha el experimento, por lo que Donatello, preocupado por el hecho de que en el techo de su estudio se hubiese instalado una suerte de mutación electromagnética vomitando zapatos deformes, y decidido a dejar, por fin, de fumar aquellas plantas con las que los mendigos de la ciudad atusaban la imaginación, decidió trasladarse a casa de su discípulo Desiderio da Settignano, y así poder trabajar en paz.

Oppenheimer, viendo que el transcurso general de la historia de la humanidad no se había visto alterado en forma alguna como consecuencia de su proeza, volvió a intentarlo, enviando al escultor esta vez una reproducción en plástico de su Condotiero Gattamelata.

Para aquellos que no lo sepáis, cuando las moléculas de plástico viajan a la velocidad de la luz a través de un agujero negro, se convierten, de forma aleatoria, en átomos de plasma y flúor.



Justo cuando Donatello entraba un momento en su estudio maldito para recoger un cincel o lo que sea que un escultor se deja olvidado en su centro de trabajo, una explosión de rayos láser, una pequeña Las Vegas, un muestrario de fuegos artificiales de un imposible futuro psicodélico, estalló sobre su cabeza.

Huelga decir que lo primero que hizo el artista al volver a casa de su aprendiz fue pedir un exorcista y todo el licor que hubiese en la casa, para llevar y sin envolver.

4

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello).

Acto seguido, el fisico salió a tomar café y al volver, encontró sobre su escritorio una nota escrita en italiano arcaico que decía así:

Estimado señor Oppenheimer,

Sirva la presente misiva como agradecimiento por las molestias que su persona se ha tomado a fin de hacerme llegar, desafiando toda ley de la lógica y del discorrir del tiempo, tal magna obra de artesanía pedestre. Ciertamente aprecio su gesto en la medida en que ejemplifica que cómo dos personas pueden establecer contacto salvando cualquier distancia, incluso las ideológicas, pues rara vez el mundo de las ciencias y el arte se tienden una mano cariñosa en estos tiempos extraños que corren. ¿Se da también este caso en su realidad inmediata? Estoy seguro que sí.



© Isabel Sanchez

Sin más, y a riesgo de abusar de su generosidad, quisiera formularle una petición ¿Sería usted tan amable de hacerme llegar una tabla con las equivalencias entre tallas de calzado americanas y europeas? Acabo de probarme las zapatillas que ha tenido a bien enviarme y creo que me van un poco justas. Tener un punto de referencia a fin de poder traducir mi número de pie a su particular sistema métrico sería de gran ayuda, y un ahorro de su tiempo y el



mío, a la hora de devolverle su regalo junto con una disculpa y la solicitud de que lo cambie por otro que se ajuste a mi talla.

Gracias por adelantado.

Reciba un cordial saludo de su seguro servidor,

Donato di Niccolò di Betto Bardi

5

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello).

¿Cómo consiguió Oppenheimer las zapatillas? Eso nadie lo sabe.

Se rumorea que antes de aquella primera comunicación con el pasado, el físico había estado jugueteando con las rutas temporales en dirección al futuro. Otra posibilidad es que uno de los físicos cuánticos que a principios del siglo veintiuno parecían surgir espontáneamente por todas partes, como champiñones, hubiese decidido saltar de la pura teoría a la pragmática práctica, recreando a su vez otro agujero negro con el que contactar con el doctor Oppenheimer y hacerle llegar las zapatillas junto con instrucciones precisas acerca de cómo pasar el testigo. Una especie de extraña «cadena irrompible» entre científicos locos: *si no alteras el estado gravitacional a nivel subatómico de estos elementos, creando un vacío en la continuidad dimensional y le haces llegar estas zapatillas a cualquier otro chalado lo más lejano en el tiempo posible, una maldición caerá sobre ti y te verás obligado a acudir a programas de sobremesa para marujas donde tendrás que explicar qué es un átomo a gente que casi no sabe qué es un lápiz. Lo siento, pero debo pasarla o la maldición caerá sobre mí.*

En cualquier caso, Oppenheimer no pensó ni un segundo en conseguirse otro par de zapatillas para él, lo cual, considerando la relación calidad-precio-diseño-posibilidades de fardar del producto, indica que hubo gato encerrado.

6

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color



burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello)...

...el cual se las calzó y salió corriendo en busca de su colega escultor Nanni di Banco, para mostrarle que las Reebok The Pump Shaq que alguien le había mandado hacía tiempo y con las que tanto vacilaba, estaban ya pasadas de moda, que lo que ahora molaba al otro lado de los pliegues dimensionales eran aquellas Jordan de colores chillones. Aquello iba a ser como una bofetada en los morros para el pobre Nanni, que sin sus aires de superioridad no era nadie.

Todo se había vuelto un poco extraño, en Florencia y en todas partes, a raíz de que la realidad se pusiese a hipar.

Por lo que Donatello y su círculo de amigos habían podido deducir de un periódico que había caído por uno de los cientos de agujeros negros que poblaban la ciudad, una serie de experimentos realizados unos años después del de Oppenheimer habían desencadenado el fin del mundo, así, tal cual. Las leyes de la física parecían haberse distorsionado, de forma que todo lo que durante siglos la humanidad había estado catalogando, pesando y midiendo minuciosamente se fue al carajo.

Un día de Agosto, mientras Ghiberti, di Banco y los demás discutían acerca de cómo iba a afectar el desarreglo espacio-temporal a sus respectivos planes de inmortalidad, un tipejo negro se precipitó desde el agujero negro que ocupaba casi dos tercios del espacio de la habitación de Sofía, la amante de Donatello.

Decía llamarse Ol' Dirty Bastard y provenir de algún momento a finales del siglo veinte.

—Tíos, con esa pinta no ibais a durar una mierda en Harlem —dijo el negro.

—Y tú no creo que dures demasiado aquí —contestó desafiante, siempre tan chulo, di Banco.

Ol' Dirty hizo ademán de sacar algo del bolsillo.

—Mierda —dijo. Mira, mariconas de mierda, tienes suerte de que las armas de fuego se desintegren al pasar por el agujero negro, por que ahora mismo estarías en el suelo desangrándote por gilipollas.

A pesar de que todos a aquellas alturas ya comprendían y hablaban con fluidez inglés, no entendieron una palabra de lo que el negro les quería decir. Hablaba una especie de variante extraña del idioma de Shakespeare que más tarde descubrieron se denominaba «argot de las calles de New York, tronco». Y sonaba amenazante.



—Vamos a calmarnos todos un poco —intervino Ghiberti conciliador.

—Una mierda —le interrumpió Ol' Dirty—. Ahora mismo me vuelvo a meter en esa mierda de ascensor del tiempo y me vuelvo a Queens o donde sea.

Lo cierto es que si bien muchos lo habían intentado, nadie había podido pasar por un agujero negro de vuelta a su tiempo. El pliegue temporal les repeleía de vuelta. Ol' Dirty Bastard lo pudo comprobar por sí mismo aquel día, tres veces, lo cual le dejó anclado al lavabo de la casa de Donatello durante una semana, por culpa de la diarrea ocasionada por la retroalimentación temporal.

Desde entonces, viéndose obligado a permanecer en la Florencia del siglo catorce de por vida, el negro se dedicó a enseñar a todo el que quisiera a ser un buen gangsta, un rapero de verdad. Incluso había montado una banda callejera con sus huéspedes escultores. *La Renaissance Homeboys*, se hacían llamar.

Donatello estaba convencido de que aquellas Air Jordan 2005 les iban a encantar.

7

Tratando de descifrar la masa crítica del uranio 235, Robert Oppenheimer dio a luz a un agujero negro en el entorno controlado de su laboratorio en Los Álamos, lo cual le permitió enviar a través de la dimensión espacio-tiempo un par de zapatillas Nike Air Jordan modelo 2005, de color burdeos con detalles en negro, al insigne Donato di Niccolò di Betto Bardi (AKA Donatello).

Un par de días más tarde, Oppenheimer recibió a través de aquel extraño canal de comunicación un par de sandalias gastadas y, comprendiendo que aquello era una especie de muestra de amor no correspondido, decidió dejarse de chorradas, cerrar el experimento y centrarse en el proyecto de construcción de la primera bomba atómica por la que el venerable gobierno de los Estados Unidos de América le pagaba una suma más que considerable.

Al menos pasaría a la posteridad haciendo ruido.

© Javier Pérez

FCO. JAVIER PÉREZ JIMÉNEZ (Barcelona, 1979), compagina la escritura de relatos con la poesía, el boxeo, el estudio de peculiaridades cuánticas y un trabajo mal pagado como administrativo. Actualmente vive en Barcelona junto a su mujer y sus tres gatos, y prepara la salida al mercado de su primera novela gráfica *ENTRE LAS GRIETAS*.



TIGRE

por Víctor Conde

El universo ha sido imaginado de muchas maneras, algunas de ellas bien contrapuestas. O bien ausente de otras especies inteligentes ajenas a la nuestra, bien con multitud de especies que compiten con nosotros o bien con especies cuya inteligencia es completamente ajena a la nuestra. ¿Tendrán esas inteligencias conceptos tales como la lealtad y la traición?

HUMANIDAD

El felino despertó unos segundos antes de que sonara la alarma. Miró hacia su panel de aviso y comprobó que aún permanecía estable en el color de la tranquilidad.

Molesto (porque intuía lo que se avecinaba), se estiró y colocó una pata sobre la cabeza. Al segundo lengüetazo, la sirena hizo trizas la tranquilidad de la estación.

La tapa de su cubículo se abrió y las manos de su amo lo recogieron con suma delicadeza.

—Buenos días, Señor Gutts. ¿Cómo nos encontramos hoy?

—Miao.

El teniente Dazlo era compasivo y un gran amante de los animales. A Gutts le encantaba tenerlo como su superior directo. Dazlo era joven y tenía unas manos delicadas que sabían cómo cogerle. Sin protestar, el gato se dejó traspasar de la cuna a la cesta de contención.

Las alarmas pestañeaban en ámbar por los pasillos. Su amo saludó a otros militares al pasar y él pudo ver, a través de la rejilla de la cesta, otras cestas y piernas de seres humanos. Un mundo bamboleante y lleno de uniformes color crema, de órdenes verbales complejas y caricias acompañadas de caramelos.

Las puertas del hangar se abrieron y su amo se colocó junto a los otros tres pilotos de las Serpientes. Dejó su cesta junto a las numeradas *una* y *dos*, y Gutts acercó sus bigotes a la rejilla de la sensual Penélope. Ella jamás le había hecho caso, pero elevaba cortésmente los bigotes cuando él acercaba su nariz, y eso le excitaba mucho.

El humano de los galones entró con semblante preocupado y, tras carraspear, comenzó el resumen de la misión. Ésta no iba a ser diferente de tantas otras: saldrían a enhebrar el horizonte del Agujero en sus Serpientes, para ca-



zar la mayor cantidad de radiación que les llegaba del otro extremo. Las condiciones eran malas y se esperaban problemas. Eso Gutts lo entendió porque su panel Pavlov se iluminó tenuemente con rayas cruzadas y topos; señal de cuidado, de precaución. Su amo, muy recto y con las manos cruzadas a la espalda, miró de reojo a la hembra del grupo, una tal Susan, que siempre le hacía segreggar de modo diferente. Gutts se rascó una oreja. Ella olía igual que Penélope. Mal asunto.

Acabado el discurso, los pilotos subieron a sus naves.

—Hoy va a ser más difícil que de costumbre, Señor Gutts —comentó Dazlo, instalándolo en el interior de su cápsula—. Mantén abiertas las orejas, ¿entendido?

La cápsula se cerró con un chasquido. El diván rotó y le encaró con los sensores de reacción. Una cortina de luz coherente se descorrió sobre él, envolviéndole en los *mandos* de su pequeño vehículo, prestos a interpretar hasta la más insignificante de sus reacciones.

Dazlo se sentó en su propia nave y el hangar se despejó. Otro hombre le saludó con una sonrisa mientras ocupaba la Serpiente contigua. Gutts odiaba a aquel tipo. Era rudo y pegaba a su mascota. Las voces lo llamaban Isaac, pero él lo tenía catalogado por el hedor que despedía. *Limón agrio*.

Las luces volvieron a cambiar y la catapulta magnética los lanzó al espacio. Penélope maulló. Odiaba los lanzamientos. Gutts estiró los bigotes y de reojo comprobó que el resto de la Serpiente partía tras él.

Delante, recortado contra un fondo estelar teñido de verde por los gases de una nebulosa, esperaba el Agujero. Las descargas de rayos gamma brillaban justo al extremo del espectro que él era capaz de captar. Los ojos de las naves aún no eran capaces de verlas, pero adivinó la configuración en tres vértices del cono de emisión. En pocas horas se desataría un trío de tornados de alta energía, lanzas muy largas y peligrosas que tratarían de interactuar entre ellas de la manera más peligrosa posible, atrayéndose y repeliéndose como látigos capaces de exfoliar naves enteras.

Una tormenta sobre el Agujero.

Dazlo tenía razón. Aquel sería un día muy largo.

La Serpiente emergió del nido con una sacudida. Dazlo se ajustó el casco y maldijo por lo bajo.



—Otro lanzamiento a lo bestia —protestó, activando el análisis de los flujos de energía—. Mira que les gusta.

—Dales un poco de cancha. —Una ventana con el agradable rostro de Susan apareció flotando arriba y a la izquierda. Su maravillosa sonrisa se enturbió de pronto cuando la faz aguileña de Isaac se superpuso en baja resolución.

—Vamos a tener una tarde movidita. Estoy captando tres conos de dispersión de alta energía procedentes del vórtice central. Esa cosa está rozando otra vez contra las paredes del tiempo.

Dazlo gruñó y cotejó los datos. El enorme agujero de gusano parecía una semiesfera de casi seis metros de diámetro desde el extremo que ellos veían. Invisible a la luz normal, aparecía como un rosario de frecuencias alteradas y cascadas de falso color para los ojos de los instrumentos.

—Tened cuidado y no os acerquéis a los tornados —instruyó Dazlo, colocando su Serpiente en el extremo de un triángulo que las otras naves completaron—. Mandad primero a las mascotas.

—Recibido.

El Señor Gutts recibió la orden de caída hasta el filo del horizonte eventual. Su cápsula ovalada aceleró con una expulsión de gases y voló paralela a la larga fusta de la Serpiente hasta colocarse al borde de la zona de peligro. Las otras mascotas hicieron lo propio, y comenzaron a explorar con parsimonia el interior del fenómeno, atentas a las descargas.

—Ten cuidado, Señor Gutts —murmuró Dazlo, e Isaac rió.

—No sé por qué le tienes tanto apego a ese animal. Al fin y al cabo es sólo un gato.

—Ese gato te permite hacer tu trabajo, y circunstancialmente que puedas cobrar a final de mes, Isaac.

Un chasquido.

—Es que me hace gracia la situación.

Dazlo colocó el extremo de la cola en posición. Los instrumentos captaban que una tormenta más potente de lo normal se estaba formando en el límite de la singularidad. El Señor Gutts rumiaba nervioso por el canal de audio.

—¿Qué te hace gracia? —preguntó Dazlo. Isaac señaló hacia el Agujero.



—El planeta que hay al otro lado. Tan parecido a la Tierra que parece terraformado, y poblado por una especie de gatos inteligentes asesinos que nos descuartizarían con total placer si lograsen ponernos las garras encima.

—Debemos llegar hasta ellos de forma pacífica, Isaac —terció Susan, abriendo los canalizadores de energía de su Serpiente—. Por eso drenamos el agujero. Hay que encontrar un paso seguro hasta ese nuevo mundo.

—Pero cada drenaje les bombardea a ellos con cortinas de partículas residuales, que les matan y provocan alteraciones genéticas en sus fetos. Dudo que estén contentos con nuestra forma de hacer las cosas.

—Atentos y en silencio —ordenó el teniente, vigilando los controles—. Isaac, te estás aproximando mucho al borde del Agujero.

—Mi mascota está captando un anticiclón de neutrinos justo en la región de veintiséis radianes. Algo potente. Creo que podríamos drenarlo de un solo golpe.

Dazlo caviló, mirando las pequeñas cápsulas. Los gatos se movían inquietos, y husmeaban con desconfianza el vórtice. La cápsula de Isaac estaba demasiado cerca.

—Negativo. Puede surgir de repente una descarga y golpearte en la cola. Prepárate para...

—¡Capto una onda! —anunció Susan, entusiasmada. Era su primera tormenta de neutrinos. Su mascota, Penélope, erizó el pelaje del lomo.

Tal vez Isaac tuviera razón y el Agujero estuviese friccionando contra las paredes del tiempo. Cuando un agujero de gusano primordial se creaba, generalmente como producto residual del Big Bang, sus dos extremos no solían presentar un historial de velocidad relativista similar: conectaban lugares distanciados en el espacio, pero también en el tiempo, debido a que se crearon en momentos de la historia del cosmos con densidades muy diferentes de porcentajes inflacionistas. Desde este lado, el agujero que veían era una negamasas, un cuerpo celeste que perdía partículas en la dirección del túnel, pero que no las ganaba en la misma medida. Todo lo que les llegaba eran residuos de un extraño tipo de combustión cuántica en el otro extremo del conducto.

—Tened cuidado —advirtió—. Creo que se está generando un tornado.

El Señor Gutts maulló, intranquilo, y movió su cápsula alejándola del extremo de la cola de su amo. Dazlo captó la reacción y, tal y como hiciera Susan, destrabó los cierres de los canalizadores. Las otras mascotas se aproximaron un poco a la singularidad.

—¿Qué estáis haciendo? Alejadles de ahí, es peligroso.



Susan obedeció, pero Isaac se colocó justo sobre la vertical del vórtice y ordenó a su mascota que se acercara más. El gato obedeció.

—¡Isaac! ¿No me has oído? He dicho que retires a tu mascota.

—Estoy justo sobre el radián veintiséis. Es increíblemente potente. Creo que desde aquí podré recoger una...

La cápsula se apartó por acto reflejo décimas de segundo antes de que el torbellino de partículas se elevase del Agujero. La Serpiente de Isaac no fue capaz de deflectar la energía entrante, y comenzó a funcionar mal. Su trayectoria se hizo muy excéntrica, cayendo hacia el interior del túnel.

—Joder —gruñó Dazlo, conectando el gancho de su nave. Desde la torre de control de la estación comenzaron a llover avisos de peligro y advertencias, pero los ignoró. El imbécil de Isaac se había metido en un apuro—. Susan, aléjate del horizonte de sucesos.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a tratar de sacarle de ahí. Señor Gutts, adelántate hasta justo el extremo del vórtice y vigila las descargas. Necesito que me cubras las espaldas, amigo.

La cápsula de su mascota se sumergió peligrosamente, colocándose paralela al segundo tornado que acababa de dispararse desde el núcleo. Los haces de partículas bailaban a su alrededor lanzando destellos terriblemente luminosos en la franja del continuo de radio. El gato se retorció y sus sentidos se afinaron, controlando la fusta de recolección de la Serpiente. Anticipándose en milésimas de segundo a los sistemas automáticos (que debían luchar contra la estática), la guiaba para recoger o deflectar las letales tormentas de partículas.

Dazlo se acercó a la posición de Isaac. Su mascota se arriesgaba por él lo mismo que el Señor Gutts, pero no se adentraba tanto en el vórtice. El teniente frunció el ceño: ahí es donde se demostraba la fidelidad de los animales, y lo que uno hubiera hecho por ganársela.

La nave escoró y rozó el horizonte. De la estación estaban surgiendo en ese instante otras Serpientes que venían en ayuda. Susan apareció muy enfadada en una ventana digital:

—¡Si te acercas tanto quedarás atrapado tú también!

—Dame un segundo... —murmuró el teniente, muy concentrado. Sus manos sudaban en los controles mientras acercaba el gancho a la nave de Isaac y trataba de agarrarla—: sólo un segundo...

—¡Teniente!



Una brutal descarga surgió del vórtice, silbando a su lado con toda la energía de sus núcleos hiperacelerados. Dazlo se humedeció los labios. La cápsula de su mascota vibraba y sufría fuertes sacudidas en la periferia del maelstrom. Estaba peligrosamente cerca del interior, pero aún no podía apartarlo de allí. Necesitaba afinar unos preciosos segundos más.

El gancho se aferró con fuerza a la nave de su subalterno. El rostro de Isaac se sacudió en la imagen de la cámara.

Otra descarga castigó sus defensas. La cápsula del Señor Gutts pivotó hacia el abismo. Dazlo la miró un interminable momento, pero en lugar de darle la orden de retirada, lo mantuvo allí. El gato maulló sintiendo llegar el miedo. Dazlo no reaccionó.

Su mascota deflectó la siguiente descarga letal, y luego, con el terrible sonido de las uñas del animal que raspaban el interior de su ataúd, cayó al interior del agujero.

Dazlo arrojó fuera del cono a su hombre herido y fue a por Susan, pero la repentina asimetría en el esquema de cápsulas desató la catástrofe. El teniente y su ayudante quedaron atrapados entre los tornados. Las alarmas graznaron. Las luces se encendieron y se convirtieron en juguetes del Doppler, ahora carmesíes, luego violetas. Las otras Serpientes permanecían a la espera, tratando de acercarse lo más posible pero sin entrar en la zona de peligro. Dazlo lo aprobó: era mejor no arriesgar más naves.

El último tornado les golpeó sin piedad. Las cabinas de control se llenaron de chispas y humo, Dazlo y Susan gritaron y pidieron auxilio, y ambos siguieron al Señor Gutts al abismo sin fin.

PRIMORDIALIDAD

Un choque terrible, después del calor de la reentrada. Fragmentos de Serpiente volando en todas direcciones. El habitáculo se llena de espuma, que absorbe gran parte de la cinética y se evapora al contacto con el aire.

Dazlo gruñó y abrió la boca para respirar. Aire. Calor en el antebrazo izquierdo. Se lo tocó para comprobar que aún seguía ahí, y así era. No estaba partido, pero se había cortado con algo y sangraba.

Frotándose contra la espuma, cuya composición incluía analgésicos y estabilizantes, se vendó el brazo con restos de su propia camisa y limpió lo mejor que pudo la consola principal. El suelo no parecía estar totalmente horizontal.



Recordó la caída al planeta, la reentrada y al rostro chillando de Susan. ¿Cómo estaría ella? ¿Habría sobrevivido al impacto?

Limpio de espuma los controles y trató de conseguir un diagnóstico. Nada respondió. Probó el arranque de emergencia: no quedaba ni una chispa de energía en aquellos circuitos. La nave era un cadáver.

Se colocó bien el casco y se situó frente a la esclusa de salida. Antes de disparar las cargas de emergencia, abrió la caja de herramientas y extrajo una pistola de plastifibra, de las que usaban para sellar pequeños agujeros en el casco. La plastifibra no era un arma letal, sino más bien un líquido denso que se solidificaba a los pocos segundos de haber abandonado el cañón hasta adquirir la consistencia del metal, pero era lo único de lo que disponía.

Los cierres de la esclusa explotaron hacia fuera. La compuerta cayó con un golpe sordo sobre una superficie de gravilla.

Lentamente, Dazlo asomó la cabeza.

Había caído en lo alto de una colina, taladrando un surco de más de veinte metros. La Serpiente estaba completamente destrozada: en las últimas fases de la caída se había enroscado en su propia cola para proteger la cabina del piloto. Ahora no era más que un amasijo de hierros retorcidos.

Tras el linde de la colina se abría un majestuoso paisaje desértico, en torno a un oasis en el que confluían varios ríos. Vio vegetación en la distancia, abrazando un lago cobijado por una enorme pared de piedra. El interior de una caldera geológica derrumbada hacía millones de años. El cielo mezclaba colores extraños, tonos de violetas y magentas en nubes altas.

El hombre maldijo en silencio. Reconocía el disco del sol de Calistos, el planeta que orbitaba la singularidad al otro extremo del Agujero. ¿Había logrado cruzar el conducto? ¿Era el primer hombre en pisar la superficie de aquella bola de barro, que hasta ese momento sólo conocían por las sondas? La gravedad era un poco más pesada, y la curva del horizonte más plana. La atmósfera picaba en su analizador con una densidad aproximada en la mezcla de gases a la tolerable por el ser humano, aunque no se arriesgaría a respirarla sin la ayuda de los filtros.

¿Era de noche o de día? De día, dedujo, pensando apetonadamente: menor altura de la atmósfera, igual densidad; los rayos de su estrella coloreaban el cielo con una variante de menor longitud de onda del azul terrestre.

Un sonido lejano, como el ulular del viento entre afiladas púas de piedra, le sacó de su ensimismamiento. De repente tuvo miedo, y recordó las palabras de Isaac sobre los únicos habitantes inteligentes que poseía Calistos, una feroz raza de felinos antropoides: *deben estar muy enfadados con nosotros por haberles bombardeado con radiación durante décadas.*



En su mente se alinearon las prioridades: contactar con la estación, conseguir ayuda, rescatar a los compañeros perdidos. Tal vez debería quedarse junto a la nave por si lograba hacerla funcionar de nuevo... o quizás no. Tragó saliva. Tal vez los indígenas le hubiesen visto caer.

Pensándolo fríamente, la reentrada tendría que haberse visto en todo el hemisferio. ¿Y si venían a por él? ¿Y si decidían investigar qué era aquella bola de fuego que había descendido del cielo?

No tenía tiempo de meditar. Recogió el botiquín y localizó un altiplano desde el que podría vigilar la nave sin ser visto. Dirigió sus pasos hacia él. La grava cruja con gemidos apelmazados bajo sus botas de plástico.

Tardó una hora en subir hasta la colina. Jadeando, sorteó los últimos metros y se dejó caer en la arena. Los sistemas del traje le informaron de que no podrían purificar aire del entorno a un ritmo tan veloz como para satisfacer la demanda de unos pulmones sometidos a esfuerzo físico, así que trató por todos los medios de relajarse. Su corazón latía desbocado.

Miró desde su nueva atalaya hacia poniente. Distinguió un segundo penacho de humo. Excitado, entornó los ojos, pero su origen yacía escondido tras la pared de piedra que circunscribía el oasis.

¿Sería la Serpiente de Susan? ¿Se habría incendiado en la caída?

Entonces vio algo.

Había seres vivos en torno a su nave.

Se ocultó lo mejor que pudo entre las rocas que dominaban el altiplano y observó. Eran una docena, parcialmente humanoides desde aquella distancia. Tenían el cuerpo recubierto de un vello dorado, poseían vestidos que cubrían su abdomen y piernas, y se movían en torno a la Serpiente con gestos gráciles, muy felinos. Economía de movimientos. Portaban objetos útiles parecidos a picos en las manos, y cargaban con pasados ovillos de cuerda.

Dazlo tragó saliva. Allí estaban los habitantes de Calistos. Se habían traído un vehículo parecido a una plataforma de arrastre con ruedecillas, del que tiraban dos animales de patas musculosas parecidos a avestruces. Con curiosidad entomológica, analizaron la nave, se introdujeron en su interior y volvieron a salir. Rasparon la pintura con sus uñas. Una vez decidieron que no corría peligro al ser arrastrada, la ataron con cuerdas.

Se iban a llevar su cápsula. Aquello sí que le cogió desprevenido. ¿Para qué la querían? ¿Qué creerían esos seres primitivos que era en realidad la nave espacial?



El sol se ponía tras las montañas. Su traje de vuelo contaba con una pequeña lámpara frontal, pero prefería no usarla salvo en caso de urgencia. Con cuidado, descendió el altiplano y se dispuso a seguir a los nativos.

Tenía curiosidad por saber qué harían con ella.

Su andar era torpe, pero no le costó seguir el lento ritmo de la comitiva. Una vez cargaron los restos en la plataforma y enjaezaron cuatro bestias, los arrastraron valle abajo. Tras seguir el curso de la corriente varias horas, arribaron al gran oasis, donde Dazlo pudo ver centenares de formas difusas que se movían atareadas de un lado a otro.

Oculto en los matorrales, se acercó todo lo que pudo. Divisó una ciudad construida en torno a los tributarios, de casas levantadas en adobe al abrigo de muros circulares. No tenían puertas, pero sí algunas ventanas grandes y desprovistas de cristales, por las que saltaban los felinos como si fuesen grandes iglúes. Había muchos de ellos, machos y hembras, con sus ojos muy abiertos y brillantes bajo la tenue luz del cielo. Iban casi desnudos exhibiendo su maravilloso pelaje, moviéndose a veces a dos patas, otras a cuatro. Faenaban alrededor de jaulas que colgaban de los árboles, algunas vacías y otras ocupadas por animales o por otros felinos.

En una de éstas, Dazlo creyó localizar una forma familiar.

Estaba encorvada y abrazada en posición fetal, pero el color del uniforme de vuelo era perfectamente distinguible. A menos que le hubieran robado el traje, aquella figura tenía muchas posibilidades de ser...

Un rugido a su espalda.

Dazlo se giró a tiempo para esquivar un garrote. Chilló y trató de huir, pero las formas que lo acosaban, dos enormes panteras con las garras delanteras extendidas más de treinta centímetros, se interpusieron en su camino y le derribaron con facilidad insultante.

El hombrecillo suplicó y se revolvió, pero los felinos lo sometieron sin asomo de compasión. Uno de ellos movió muy cerca de su brazo una garra, y Dazlo sintió un frío intenso invadir su antebrazo. Se miró y descubrió tres cortes de los que manaba profusamente su sangre.

Lo obligaron a levantarse. El traje había sido perforado, ese dato acudía a su mente una y otra vez, pero su cerebro estaba demasiado embotado para hacerle caso.



© Isabel Sánchez

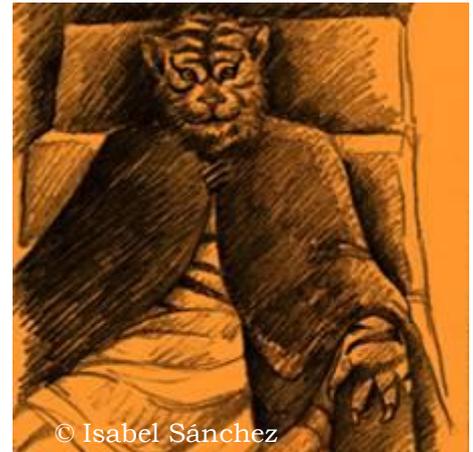
Lo arrastraron hasta una de las jaulas, cercana a la que ocupaba el bulto que parecía ser Susan, y lo arrojaron dentro con brusquedad. De inmediato, una algarabía de rugidos sacudió la urbe.

Aterrorizado, Dazlo llamó a gritos a su compañera. Ésta tardó un minuto en reaccionar, pero al fin logró volver lentamente la cabeza hacia él. Dazlo sacudió los puños con alegría y examinó a la joven piloto. Parecía encontrarse bien, pero estaba herida (en el mismo brazo, notó), y parecía enferma.

—¡Susan! —la llamó, buscando sus ojos—. ¿Puedes oírme? ¿Estás bien?

La jaula osciló; varios tigres jóvenes se encaramaron a ella y lanzaron zarzapos al interior, como si el teniente fuese un pájaro con el que jugar. Dazlo se colocó en el centro, lo más alejado posible de las paredes, y les gritó para asustarlos, pero los cachorros no hicieron sino recrudecer sus embestidas.

Algunos adultos se encaramaron a una terraza de madera y pusieron fin a sus juegos. Los jovencitos huyeron rugiendo con decepción, y de repente Dazlo se encontró mirando fijamente el rostro de un enorme tigre de una especie no existente en la Tierra, vestido con lo que parecía una mezcla entre capa y armadura ceremonial. En su diestra sostenía una fusta acabada en un espolón de metal afilado.



© Isabel Sánchez

Aquel felino no era como los demás: en la fosa vertical de sus pupilas, Dazlo encontró algo muy parecido a la inteligencia del animal superior... y un odio que destellaba con reflejos perlados a la luz de aquellos cielos sin luna.

—Vengo en son de paz —balbuceó el piloto, alzando las manos sin muchas esperanzas.

Dazlo se tenía por un hombre fuerte y capaz de mantener la concentración incluso en las situaciones más adversas. Sin embargo, lo que ocurrió a continuación fue un golpe muy duro para su ya castigado sentido de la realidad.

El monstruo respondió:

—Lo sé.



Tres horas pasó en aquella jaula, sintiendo entumecerse sus músculos y oyendo a sus dientes castañetear por el frío.

Aquel ser había hablado, y lo había hecho en *su* idioma.

¿Cómo era posible? ¿Cómo habían aprendido su lengua si carecían de una referencia, de contactos documentados con la especie humana?

¿O sí la tenían?

Dazlo se volvió en su jaula hacia la de Susan, y un pensamiento aleteó en su mirada. La vio tras la rejilla de la enorme cesta, tumbada, y se preguntó si tal vez, si por alguna casualidad de la física habría sido posible que...

Los hombres pantera estaban junto a él. No los había oído llegar. Dazlo se incorporó lentamente y alzó las manos pidiendo paz. Sus captores abrieron la puerta de la celda y se lo llevaron de allí a empujones. La herida en su brazo dolía como el infierno, pero le habían dado un emplaste maloliente que la ayudó a cicatrizar con rapidez. El teniente se preguntó si aquella herida no tendría más de marca de propiedad que de advertencia.

Los felinos eran eminentemente nocturnos, por lo que la ciudad bullía de actividad. Dazlo dio un respingo cuando pasó junto a una mujer que amamantaba a sus cachorros en plena calle, y a uno de ellos tenía que inyectarle directamente la leche en un orificio practicado en el cuello, ya que unas horribles malformaciones desfiguraban tanto su maxilar que le impedían siquiera abrir sus quijadas. El bebé trataba de llorar desconsolado, pero era como oír gritar a un sordomudo.

Dazlo apartó la vista, compungido. ¿Era ese el producto de las malformaciones provocadas por las tormentas de partículas que manaban del Agujero cuando ellos lo dragaban? Jamás había imaginado que las lesiones en el código genético llegaran a ese extremo.

La comitiva arribó a un edificio principal sin puertas. Los tigres le agarraron con fuerza por los brazos y le ayudaron a sortear el muro de un salto. El teniente chilló de dolor cuando la herida se reabrió, y cayó en un suelo esponjoso y marcado con huellas de olores fecales.

Allí, mirándole desde las alturas de un trono de piedra, estaba el felino que le había hablado en su idioma. Jugeteaba con la insignia de vuelo de su traje espacial. Dazlo se palpó el antebrazo y descubrió que se la habían arrancado.

—¿Cómo te llamas? —siseó el tigre.



El humano trató de ofrecer una imagen digna.

—Teniente de Marina Dazlo Creighton. Derribado por circunstancias fortuitas en...

—Conozco lo que hacéis allá arriba. —El tigre elevó el mentón, amenazante—. Me lo ha contado la mujer.

—¿Ella ha sido la que os ha enseñado a hablar nuestro idioma?

—Nos ha ayudado... a entender.

El teniente asintió, comprendiendo: aunque su Serpiente y la de Susan habían penetrado a la vez en el vórtice, las fluctuaciones de velocidad relativista del otro extremo los habrían catapultado a diferentes fechas. Eso no era anormal: en su propio lado del túnel, era sabido que el vórtice se desplazaba presa de pequeños cronomotos que alteraban su estabilidad. La puerta se movía hacia delante y atrás en el tiempo, chocando contra sí misma y liberando energía. Si en el otro extremo pasaba lo mismo, Susan podría haber caído en el planeta con días e incluso semanas de antelación a él.

—¿Y qué... qué queréis de nosotros? —preguntó—. ¿Por qué nos retenéis?

El tigre se lo pensó durante un largo minuto antes de responder. Sus uñas, capaces de cercenarle la cabeza de un zarpazo, destejieron hilachas en la insignia de piloto.

—Respeto —dijo, caviloso—. Abandono. Durante muchos años me pregunté si esa palabra significaba algo para vosotros. Supongo que ahora que sentís lo que es estar en el interior de la jaula, todo cobra un nuevo sentido.

—¿Qué estás diciendo? ¿Acaso os abandonaron en este planeta yermo?

—Lo que nos ocurrió está más allá de toda noción de venganza. Cualquier precio que quisiéramos imponeros jamás sería capaz de mitigar ni una décima parte del dolor. Vosotros nos dejasteis aquí y luego nos bombardeasteis desde el Agujero sin piedad.

Dazlo alzó las cejas. Lo sabían. Tenían una cultura primitiva, funcional, con un nivel equiparable a las tribus indígenas terrestres, pero sabían de las descargas de partículas. Y, probablemente, de lo que hacían con sus fetos.

—Hace muchas, muchas lunas, antes incluso de la llegada de la hembra, llegó otro de los vuestros —prosiguió, alzando la vista hacia el cielo. La casa no tenía techo—. Bajó a la tierra en las entrañas de una cápsula más pequeña que la que te trajo. El pueblo del desierto lo recogió y veneró como a un dios, pero pronto se dieron cuenta de que la cápsula no era sino una semilla, la larva de la que crecería algo para lo que no estábamos preparados. Algo que nos abrió



los ojos y nos enseñó muchas cosas sobre el universo, sobre el Agujero... y sobre vosotros, aquellos que esperáis detrás del telón del cielo.

Bajó de su trono y se acercó al humano hasta que éste pudo ver con nitidez en el interior de sus quijadas. Agarró la cara de Dazlo con sus garras, tres dedos y un pulgar colocado a la manera de los simios, y lo olfateó con curiosidad.

—Hemos conservado la cápsula de la hembra. Creemos que puede volar. Tú me ayudarás a ponerla a punto.

El teniente sacudió la cabeza, aterrado.

—No, eso... eso es imposible. No puedo...

El tigre paseó una garra por su cabello lentamente, y le arrancó el lóbulo de la oreja derecha con total pulcritud, casi sin ejercer presión.

Dazlo aulló.

—No está en posición de negociar, señor piloto. Esa fue la primera palabra que yo aprendí, ¿sabe? *Piloto*. Me gusta cómo suena. Y también *Susan*.

—¿Qué vais a hacer? —gritó el humano, agarrándose con fuerza la oreja. Un hilo de sangre muy roja se filtraba entre sus dedos—. ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

—Al contrario. Piense que si no colabora, lo próximo que podría cercenar para sumar a mi colección de trofeos podría pertenecerle a ella.

El tigre sonrió y apartó su capa para descubrir un collar atravesado por decenas de orejas felinas, y otras de ignota procedencia, pero que a todas luces no pertenecían a las múltiples variantes de su especie que habitaban aquel mundo desquiciado.

Dazlo tembló.

—Está bien. Le enseñaré a pilotar la Serpiente. Pero no le haga daño a la otra humana... por favor.

Los tigres asintieron con una horrible mueca que parodiaba la de los simios superiores, y lo sacaron de allí de un salto extraordinario y brutal.



NATURALEZA

Los condujeron fuera de la aldea por un camino que serpenteaba hacia la cumbre de la montaña. Susan parecía más concentrada que por la noche, y al descubrirle caminando a su lado lloró y dio gracias. Dazlo la consoló magramente, ayudándola a seguir caminando.

—¿Qué nos van a hacer? —inquirió ella, en voz baja. Sus guardianes caminaban a varios metros de distancia, pero dirigían los pabellones auriculares de sus orejas hacia atrás cuando les oían hablar. Dazlo imaginó que podrían escucharles incluso a varios kilómetros de distancia.

—No creo que quieran deshacerse de nosotros. Nos necesitan para reparar y pilotar la cápsula. Maldita sea —chasqueó la lengua, frustrado—, debí perder la pistola de plastifibra cuando me metieron en la jaula.

—Dios, tu oreja... —se estremeció la joven, mirando con asco la costra de sangre seca que se le había formado sobre el lóbulo.

—No te preocupes, estoy bien. Debemos seguirles la corriente y colaborar hasta que hallemos un modo de salir de aquí. Parecen seres racionales, pese a su salvajismo. Seguro que podemos encontrar a alguno que sepa leer y escribir.

—¿Y eso de qué nos serviría?

—Lectura implica amor por el conocimiento, cultura. Necesitamos encontrar a un erudito, alguien que no viva tan implicado con esta casta de guerreros.

—Silencio —ordenó el tigre de la fusta roja. Su pelaje tenía unas manchas anaranjadas en la testuz que hacían fácil el reconocerle.

Coronaron la cima tras cuatro horas de marcha, y se detuvieron junto a una construcción con forma de tres espinas afiladas de piedra. A modo de cabalístico santuario, demarcaban a la perfección un espacio limpio de matorrales con surcos en el suelo.

En su centro estaba posada la segunda Serpiente.

Dazlo contuvo el aliento. No parecía tan dañada. La fusta de recolección de energía, la larga cola segmentada, se había enroscado en torno a la carlinga del piloto, pero el aterrizaje parecía haber transcurrido con mucha más suavidad que el suyo. Tal vez incluso fuera capaz de despegar.

Mancha Naranja la señaló.



—Haz que vuele.

Dazlo se aproximó a la nave. Con mucho cuidado, dejando claro que no iba a intentar nada extraño, abrió la esclusa de la carlinga y metió la cabeza. Rastros de espuma protectora aún manchaban el panel de mandos. Susan no había tenido necesidad de violentar la esclusa, así que aún era capaz de conseguir cierta presurización que aislase el interior.

En silencio, apretó algunos botones y activó los protocolos de arranque. Un indicador parpadeó un instante, fluctuó, volvió a caer a cero. Con un ronroneo inseguro, la nave volvió a la vida. La computadora empezó a mostrar informes preocupantes sobre el estado del motor y los estabilizadores. El diván se relocalizó a sí mismo en posición de espera, abandonando el modo de protección del piloto.

Dazlo sonrió, sacando la cabeza de la carlinga.

Los tigres se habían retirado unos pasos, recelosos del sonido que provocaba aquel amasijo de metal. Todos menos Mancha Naranja, que había atraído hacia sí a Susan y acariciaba su pelo.

—Los sistemas automáticos están comprobando el estado de la nave —explicó Dazlo—. Nos darán su diagnóstico en un par de horas.

—¿Horas? —El jefe se encrespó. Dazlo se apresuró a puntualizar:

—Entiéndalo, la cápsula está bastante dañada. Llevará un tiempo el dejarla plenamente operativa, tanto como para que pueda elevarse sin peligro. No puedo hacer nada por acelerarlo.

El tigre asintió, reluciente.

—Está bien, pero nada de trucos —siseó.

—Necesito comprobar algunas cosas... trabajar en el motor. —Dazlo sabía que se estaba arriesgando mucho, pero cerró los puños para evitar que temblaran y prosiguió—: Hay que hacer algunos ajustes.

—¿Cómo cuáles?

—Peso. —El piloto se aproximó a la pequeña bodega de carga—. Tenemos que aligerar en lo posible la masa a impulsar. Ustedes pesan más que nosotros.

Tecléo unos códigos en el panel anexo y la compuerta se descorrió. Las Serpientes no estaban pensadas para trasladar grandes cargas, pero siempre llevaban una cápsula pequeña de repuesto, de las que usaban sus mascotas



para explorar el agujero. El teniente manipuló los mandos e hizo que el brazo mecánico que la sujetaba la depositara en tierra.

Mancha Naranja se acercó a ella, con una mirada extraña en los ojos.

Como si en el fondo experimentase un temor reverencial hacia aquella cosa, la rozó con la pata, sintiendo su tacto frío y tecnológico. Dazlo se fijó en que sus dedos peludos temblaban sutilmente.

—Esa no nos servirá —aclaró el teniente—. Es sólo una cápsula de masc... —Rápidamente sustituyó la palabra que iba a pronunciar por—: una cápsula... de control de descargas energéticas. Usamos compañeros mejorados genéticamente para que nos ayuden con sus reflejos expandidos a predecirlas. Los instrumentos electrónicos no funcionan bien cerca del...

El tigre le lanzó un gruñido de advertencia, y se retiró con prisa del recinto delimitado por los monolitos. La mayoría de sus sicarios le acompañaron, pero dos permanecieron vigilando.

—Haz las comprobaciones necesarias. Cuando anochezca vendré para pilotar esta nave espacial —advirtió—. Y más os valdrá que esté lista. A los dos.

Dazlo y Susan trabajaron durante todo el día. Los tigres los alimentaron con carne cruda (ninguno de los dos se interesó por su origen) y agua de lluvia. Preocupados, los humanos constataron que el día de Calistos duraba sustancialmente menos que el terrestre, y apenas dispondrían de unas seis horas antes de que el sol se volviese a esconder tras el horizonte.

Hubo un momento, justo al filo del anochecer, en que el rastro de partículas del Agujero se hizo visible en el cielo, en forma de una explosión radial de auroras boreales. Dazlo vio cascadas de destellos que partían de un punto cercano en el firmamento, como una aurora boreal cónica vista desde su base. Suspiró por la belleza del fenómeno y lo aterrador de sus consecuencias.

Era el lado brillante de la negamasa, el surtidor por el que salía despedida la materia de otro punto lejano del universo.

—Tenemos que regresar —dijo la mujer, sentada en el diván de la carlinga mientras comprobaba los datos del ordenador—. Atravesar el agujero en sentido contrario. Estoy segura de que se puede.

—Tal vez —susurró Dazlo, pidiéndole que bajara la voz—. Pero sería muy peligroso. La negamasa actúa en un único sentido. Si tratamos de cruzarla desde este lado del vórtice...



—Podríamos chocar contra nosotros mismos.

—Exacto. Veremos cómo se lo toman estos brutos cuando su jefe se esparza por el cielo en trocitos.

—¡Pero tenemos que hacer algo! Nos matarán de todas formas si nos quedamos aquí. O mejor dicho, te matarán a ti. A saber qué harán conmigo estos hijos de...

—Cuidado.

Un guarda se acercó receloso. Los humanos bajaron la vista y continuaron trabajando.

Un par de horas después, bien entrada la noche, la comitiva de Mancha Naranja culminó su segundo ascenso a la montaña. Sin mediar palabra, los guardas alejaron a los humanos de la Serpiente. Ésta aguardaba con la mayoría de sus sistemas en verde, pero restaban algunos que todavía parpadeaban ansiosos.

El jefe de los tigres, vestido con su armadura ceremonial, se interesó por ellos.

—Son alertas preventivas —explicó Dazlo—. No podemos hacer nada más por arreglar la nave. No con estas herramientas.

Mancha Naranja le enseñó los colmillos.

—¿Y cómo sé que no me has preparado ninguna trampa? ¿Cómo sé que esto volará?

—No lo sabes. —Dazlo reunió el poco valor que le quedaba y se le encaró—: Te aconsejo encarecidamente que no intentes pilotarla. Yo mismo no me subiría en ella en sus actuales condiciones por nada del mundo, y mucho menos me acercaría al límite del Agujero. Es un suicidio.

Mancha Naranja miró la cápsula reservada a las mascotas con la misma expresión extraña que había sorprendido a Dazlo antes. Hizo rechinar sus garras contra ella levantando algunas chispas, y con un portentoso rugido dirigido al viento de la noche, saltó dentro de la Serpiente.

El diván de control captó automáticamente la presencia del piloto y se cerró sobre él como un guante. Los sistemas se activaron y el ciclo automático de despegue comenzó. El tigre rozó unos mandos y estableció algunos parámetros básicos para el despegue.

Dazlo le contemplaba confundido.



—¿Cómo es posible...?

Los guardas les obligaron a retirarse de la nave. Bajo ella, el polvo se removió y los impulsores la hicieron despegar hasta que flotó mansamente a un metro del suelo. La cola se desenroscó, adoptando una configuración en espiral para vuelos en atmósfera.

Los tigres elevaron sus lanzas al viento y profirieron terribles aullidos. Susan se tapó los oídos y gritó tratando de mitigar aquellos sonidos de locura, pero no lo consiguió. Su cordura estaba a punto de derrumbarse.

Dazlo tiró del guarda que lo sujetaba en dirección a la cápsula. Éste cedió un poco su presa, pero no le dejó acercarse más que unos metros. Bastó para que el hombre pudiera ver al líder a través de la esclusa. Estaba manipulando la nave con torpeza, pero como si supiera en todo momento dónde estaba cada cosa, para qué servía cada mando y cada botón.

El tigre le miró desde la carlinga y le sonrió. La Serpiente ejecutó unos cuantos giros sobre su eje y golpeó accidentalmente los monolitos de piedra. Uno se partió, desplomándose sobre el recinto sagrado.

De repente, los impulsores rugieron. Un torrente de llamas carbonizó la tierra y llenó de humo la superficie del altiplano. Aterrados, los tigres retrocedieron dejando a los humanos en medio de la meseta, rodeados de humo y destellos de fuego. Dazlo se acercó a Susan y la abrazó.

—¿Qué está ocurriendo? —chillaba ella, aterrorizada—. ¿Cómo es capaz de pilotar la cápsula?

—¡No lo sé! ¡Debemos salir de aquí o nos calcinará!

En ese momento, una imagen vino a su mente. Dazlo enmudeció de repente y trató de enfocar su vista en la carlinga giratoria, más allá del humo y del polvo. En el centro del torbellino, el tigre trataba de pilotar la Serpiente, estabilizándola, sus manos en los controles, su vista clavada en la pantalla del ordenador.

Dazlo recordó cómo Mancha Naranja había acariciado la pequeña cápsula de mascotas. No como lo hubieran hecho el resto de sus subalternos, que contemplaban aquellos prodigios con el temor de quien mira carros de dioses, sino...

—...como si no la viese por primera vez! —murmuró, apretando los puños.

Atravesando el torbellino, se acercó todo lo posible a la Serpiente y, esquivando por centímetros su cola descontrolada, gritó:

—¡Señor Gutts!



El enorme tigre le miró desde la carlinga, con un profundo rencor ardiendo en sus pupilas perfectamente redondas. Dazlo chilló:

—¡Señor Gutts, sé que eres tú! ¡Déjanos subir contigo a la nave!

—¡Señor Gutts! —La voz de Susan surgió de algún punto a su lado, entre el polvo. El hombre la encontró en medio del viento y la abrazó.

—Es demasiado tarde.

El tigre activó los altavoces de cabina y dijo con voz profunda:

—Respeto. Abandono. Tú me abandonaste, me arrojaste al interior del vórtice.

—¡No, yo...!

—¡Me abandonaste! Te supliqué que me rescataras, que no me dejaras morir allí dentro, pero tú preferiste arriesgar mi vida para salvar a ese patético hombrecillo al que llamabais Isaac. Ahora sabrás lo que se siente cuando uno se queda totalmente solo, humano. Sabrás el precio que conlleva la decisión de sobrevivir.

—¡Señor Gutts, ayúdanos! —gritaba Susan, desesperada—. ¡No nos dejes aquí!

Pero el tigre pulsó un botón y selló la esclusa. La joven trató de abalanzarse sobre la cola de la Serpiente, pero Dazlo la obligó a retirarse y tumbarse en el suelo. Con un rugido infernal, los impulsores de la nave la propulsaron hacia órbita, llenando de fuego la superficie de la meseta.

HUMANIDAD

Dazlo renovó el nudo del vendaje de su brazo, mirando una última vez sobre su hombro. El humo sobre la montaña aún no se había aposentado, pero ya se distinguían fogatas en movimiento dentro de la nube.

Susan, con la mitad del pelo quemado, se recogió las hebras que aún le quedaban en una coleta deforme y comenzó a caminar.



© Isabel Sánchez

—Debemos apresurarnos —sugirió, enfilando el sendero que les conduciría al río—. Tenemos que encontrar otro oasis antes de que esos brutos echen de menos nuestros cuerpos.



Dazlo cogió su mano con inquietud y miró al cielo, a las escasas estrellas. No había ni rastro de la Serpiente, pero el Agujero volvía a ser visible gracias a aquellas auroras boreales que cubrían el mundo como una mortaja de luces.

—Espero que lo haya conseguido.

—Yo no —escupió ella—. Deseo que haya muerto y que sus cenizas vaguen eternamente por el espacio.

Dazlo suspiró. El disco del sol se asomó tímidamente tras unas montañas lejanas.

—¿Y ahora qué hacemos?

Susan echó a andar hacia el río.

—Caminar.

© Víctor Conde

VÍCTOR CONDE tiene 28 años, es natural de Tenerife y se dedica a la programación de sistemas. Ha publicado en revistas como *Axxon*, *Pulsar* y *Artifex*. Además tiene publicadas las siguientes novelas: *PISCIS DE ZHINTRA*, *ARENA*, *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* y *MYSTES*, novela que fue finalista del primer premio *Minotauro Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica*.



Poesía

SELENA BEACH

por Iván Olmedo

La poesía de Iván tiene una belleza sencilla que atrae a este lector. Me gustan sus metáforas que hablan de soledad, de imperialismo y de acciones bélicas preventivas poco meditadas.

Hay un marine en la luna,
Defendiendo costas
Que ningún bárbaro
Atacará jamás.

Enjaulado su corazón
De soldado definitivo
Entre barras siniestras
De roja soledad
Y miedo no muy antiguo.

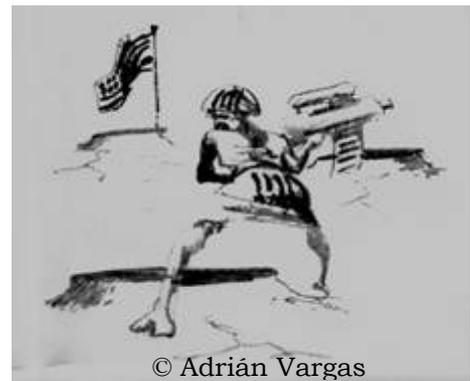
Rodeado de mares helados,
Silenciosos desde hace
Siete mil años,
Calmos, sapientes
Sin tambores de guerra.

Servidor dorado
Con kilates malditos
De los que hicieron
Derrumbarse razas
Allá, en la Tierra.

Drogado con odio
En la más tierna infancia,
Inyectado hasta el alma
De recuerdos que no son,
Hastiado, solo.

Con un arma en la mano,
Un dólar falso en el ojo
Y un cepo en el pie.
Roto cerebro,
Espíritu desmembrado.

Hay un marine en la luna,
Atacando playas
No defendidas por nadie
Ni conquistadas al final.



© Adrián Vargas



Todo por un mal sueño;
Casi por si acaso...

© Iván Olmedo

IVÁN OLMEDO; asturiano del 72, miembro de Avalón¹, organizadora de la AsturCon. Interesado inicialmente por el dibujo, destaca por sus escritos. Se inició en el *fándom* en los años noventa pero, tras un breve paréntesis, no es hasta 2001 y la llegada de Internet cuando empieza su actividad seria en *cYbErDaRk.NeT*, *el Sitio de Ciencia Ficción*, *Tebeosfera*, *La Tercera Fundación*, *Estación de Nieblas...* Ha publicado en *Artifex Segunda Época*, *Nitecuento*, *Los Dilettantes de Lovecraft*, *Cartas desde Innsmouth*, *Parnaso*, *Vórtice en Línea* y *Efímero*. Espera aumentar sus credenciales con Alfa Eridiani y otras publicaciones en el futuro inmediato.



Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

<http://theplague.ci-fi.com/>



Fanzine de fantasía oscura y terror: <http://maycrosoft.com>

¹ Asociación Asturiana de Fantasía y Ciencia Ficción



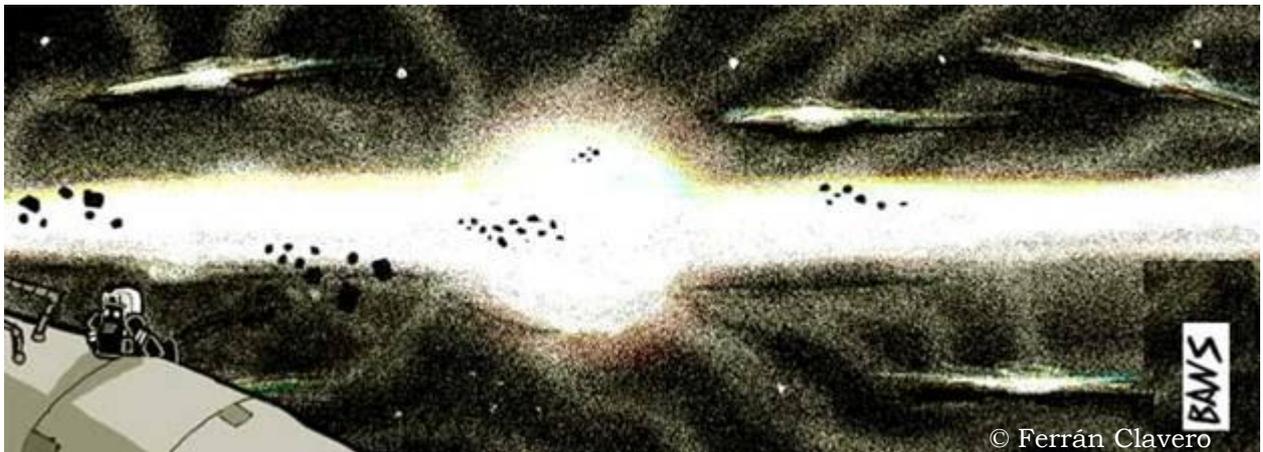
A VECES...

por Rubén Yepéz

El hombre ha sentido la necesidad de encontrar su lugar en el universo desde tiempos inmemoriales. Es probable que nunca lo sepamos, pero eso es lo interesante de todo este tema que por mucho que colonicemos la galaxia, siempre quedará algún lugar recóndito que explorar, aunque sea en el interior de nuestra mente.

A veces quisiera no ser el que soy
mi mente se pierde entre galaxias y espirales
divaga entre cúmulos globulares..

A veces mi cuerpo estorba mi alma, como hoy
cuando quiero sentir las estrellas
y gozar de la creación las cosas bellas



© Ferrán Clavero

A veces me siento atado a la tierra
tan solo soy un gusano en este frío lecho
y sin embargo, siento el universo fluir en mi pecho

A veces no comprendo, y siento que me aterra
El misterio de la vida, el tiempo y el espacio
Y me abrumba, y quiero entender todo, despacio

A veces me siento más que dios, menos que hombre
Se despierta mi hambre de infinito, de eternidad
Y siento que solo yo soy toda la verdad

A veces me siento menos que dios, más que hombre
Cuando siento que eres todo mi universo
Y toda mi vida no es más que un triste verso



A veces soy feliz, tan feliz
navego en lo profundo de tu cuerpo, ¡con locura te gozo!
y siento que la vida no es mas un triste pozo

A veces tu boca es hiel y es miel, es mi cáliz
Y tan solo quiero besarla, besarla intensamente
¡Gritar al mundo que soy tu eterno amante!

A veces sueño que encuentro a dios
Y entonces entiendo que solo soy el que soy
Y que la vida es inmensa, pero debo vivir el hoy

A veces soy un principio y un adiós
Soy el bien y soy el mal, y no creo en nada más
Solo en un eterno comenzar, amándote por siempre jamás

A veces quisiera no ser el que soy
A veces mi cuerpo estorba mi alma, como hoy
A veces me siento atado a la tierra
A veces no comprendo, y siento que me aterra

A veces me siento más que dios, menos que hombre
A veces me siento menos que dios, más que hombre
A veces soy feliz, tan feliz
A veces tu boca es hiel y es miel, es mi cáliz

A veces sueño que encuentro a dios
A veces soy un principio y un adiós

© Rubén Yepéz

RUBÉN YEPÉZ, 49 años, peruano, nacido en Cuzco, vive en Lima, viudo, dos hijos de 20 y 18, hombre y mujer. Es economista, con estudios de especialización en Ing. de Sistemas y una Maestría en Administración. Suele leer de todo, en especial Ciencia-Ficción, aunque dice ser muy desordenado en sus lecturas. La muerte de su esposa le hizo escribir algunas cosas... Ésta es una de ellas. Esperamos que les guste.

SITIO DE CIENCIA-FICCIÓN

<http://www.ciencia-ficcion.com> el referente ineludible de la ciencia-ficción en español



MAQUINA NEGRA 2 (viaje y transformación)

por Armando Rosselot

Hoy tenemos el gusto de presentar un poema de Armando Rosselot sobre los agujeros negros. O eso entiendo yo porque también se puede ver como un viaje iniciático hacia el amor apasionado. Bueno, la ciencia-ficción no está reñida con la pasión.

Por el circuito del tiempo
llevas la descarga aquella
de lugares encontrados.

Traída del horizonte
lejana vagabunda
entro en tu seno para cruzar montañas
de hombres y piedra
vacío.

Abandono mi mundo
lejos quedan los llantos y el deseo
se cruza mi cerebro con las entrañas
y entrego el poco aire de mi cuerpo para navegarte
soy luz.

Despierto y una dama negra me habla al oído
dulcemente
llena de agua y sal como yo
y me rebalzo de orgasmos
y me zambullo al gran océano
veo
el nacimiento de la sangre
que emana de sus profundidades
para juntarse con los átomos
y reencarnarse en la tierra de hombres y viento.

Le pido que haga un signo en la arena
que me lleve
fuera de mis sueños
y que bese
la tosca mano de un hombre que brotó del mar.

Crucé el colapso
estoy tan lejos que me busco en mis palabras
corceles de fuego vuelan en la noche



cuando los dardos de serpiente encuentran al fin
mi cuerpo libre
llego a la morada de los creadores y la máquina es mi dama.

No soy de arena
no soy viajero
tampoco enseño ni quiero aprender
solo deseo ver hasta el fondo
de la oscuridad y reírme de lo que soy
y voy a existir
para construirte mil veces
y conducirte negando el espacio
para buscar
el primer comienzo
enterrándome junto a tu formas en el tiempo
saltar hacia otros elementos y
una vez más
no tener mas cuerpo
ser agua en el mar de plata
llevado al horizonte
llevado en tu vientre.

© Armando Rosselot

ARMANDO ROSSELOT, chileno, tiene más de 35 años (38 para ser exacto), casado con hijos, gusta de todo lo relacionado con la CF (por sobretodo literatura) y de la poesía surrealista; ha publicado algunos poemas en revistas de Chile y de CF en Tauzero (cuento) y en NGC3660 (poema), retomó el hábito de la escritura este año después de un receso de algo mas de 10 años.



La página de los bien informados:

<http://www.stardustcf.com/>



LA VÍA LACTEA Y OTROS POEMAS

por Antonio Mora Vélez

Antonio Mora Vélez nos vuelve a deleitar con su poesía de ciencia-ficción humanista en la que se plantea el lugar del hombre en el universo y cual será su destino.

LA VÍA LACTEA

¿Para qué la libertad y la belleza
de tus cúmulos y de tu gran halo?
si en la gruta de tu centro
hay una fuerza empecinada
en acabar con tu alegría.
¿Y para qué el brillo de tus soles?
¿Acaso para resaltar
la zona oscura que te nutre?
¿Y todo ese concierto de brazos
efímeros que se renuevan
con su danza
y que se resisten a la furia
de tu vórtice?
¿No serán acaso un símbolo?
¿Un mensaje para estos jinetes
planetarios que se preguntan
por el alfa y el omega de tu fuego?

PLANETA

Cuenco de algas
que viajas en la dirección
de la conciencia.
Estallido detenido,
espejo desde el cual
el universo se contempla.
En tu forma
el espíritu se libera del fuego
y se instala
en la materia del hombre.

HOMO SAPIENS

Complejidad de átomos



que ascienden.
Singularidad en donde
se oculta la entropía.
Ventana abierta
del espíritu.
Tienes en tus genes
el mensaje de los dioses
pero aún batallas
contra molinos de viento.

© Antonio Mora Vélez

Antonio Mora es un habitual de Alfa Eridiani, nos ha escrito varios poemas y artículos para la revista y participado en el *Erídiano n° 9 LO MEJOR DE LA CIENCIA FICCIÓN COLOMBIANA*. Su biografía completa se puede leer en el artículo que le publicamos en este mismo número, *CIENCIA FICCIÓN: EL HUMANISMO DE HOY*.



Portofolios

SERGIO AMIRA

Continuamos nuestra serie de portofolios con el dedicado a Sergio Amira. Los dibujos han sido realizados con lápiz de pasta (bolígrafo) y luego coloreados con Photoshop. Las nuestras aquí presentadas se basan mayoritariamente en ideas extraídas de diversos relatos, obras que son citadas a pie de imagen. Cabe resaltar la minuciosidad y el detalle con el que los dibujos están realizados.



Aruru
EL LIBRO DE SHKLOVSKY



Adzel
EL MUNDO DE SATÁN de Poul Anderson



Hawkinita
ANFITRIÓN de Isaac Asimov



Alado
EN CIRÓN VUELAN de Samuel R. Delany



Larva
RENACER MALIGNO de
David Mateo



Dr. Landsburg
LICANTROPÍA CONTEMPORÁNEA



Yeresath
LA SANGRE DEL SISTRIAN de
David Mateo



Vampiro
VAMPIROS de **Jorge Baradit**



Sistrian & dragón
LA SANGRE DEL SISTRIAN de
David Mateo

Sergio Amira nace en el 73, en la bonita ciudad de Concepción (Chile). Pronto se convirtió en un vagabundo incansable, residiendo en zonas como la Isla Grande de Tierra del Fuego, en la ciudad austral de Punta Arenas, en el condado de Suffolk, en Santiago y finalmente en Viña del Mar. Se casó muy tempranito con **Aurora** y con ella concibió su primer hijo: **Bastian Alejandro Iskander**. Durante su estancia en Inglaterra estudió Arte y Diseño además de obtener un diploma que le acreditaba para enseñar inglés en toda la Unión Europea. A su regreso a Chile cursó la carrera de Licenciatura en Artes Plásticas con mención en pintura en la Universidad Finis Terrae y el Magíster en Artes Visuales en la Universidad de Chile.

Actualmente estudia Pedagogía en Artes Visuales ya que ha descubierto su vocación de docente.



Sergio ha participado en numerosas exposiciones de arte entre las cuales destaca *DIEZ MÁSCARAS Y UN CAPITÁN*, muestra itinerante realizada en homenaje a los 25 años de la muerte de **Pablo Neruda** en cada una de sus casas-museo (Isla Negra, La Chascona y La Sebastiana). Entre sus galardones, **Sergio** cuenta con el segundo lugar del *Concurso de Cuentos Ficción 2000* y el tercer lugar del *Concurso de Cuentos Púlsares 2002*. Ha sido seleccionado por **Santiago Eximeno** para la antología *Visiones 2005*, ha efectuado la traducción autorizada del cuento de **Greg Egan Closer**, ha publicado y realizado ilustraciones para el fanzine *Fobos*, la *Revista 800* y *Alfa Eridiani*, ha escrito artículos para los sitios Web *Las Gaviotas del Mapocho*, *Quintadimensión* y *Comiqueando*, además de los e-zines *TauZero* y *Calabozo del Androide* en los cuales oficia de editor entre otras múltiples funciones. Sus mayores influencias (al menos reconocidas) como escritor provienen de **Jorge Luis Borges**, **William Burroughs**, **Jack Kerouac**, **Frank Herbert**, **Harlan Ellison**, **Bret Easton Ellis**, **Roger Zelazny**, **Ted Sturgeon**, **H. P. Lovecraft**, **Steven Shaviro**, **Grant Morrison** y **Warren Ellis**. Los artistas que mayormente han influenciado su obra pictórica son **Caravaggio**, **Cézanne**, **Braque**, **Marcel Duchamp**, **Francis Bacon**, **Valerio Adami** y **Akira Toriyama**. Su obra tanto literaria como visual se alimenta profusamente de los cómics, de los cuales se considera un investigador y estudioso (sobretudo en lo que respecta al vapuleado género de superhéroes).

ENLACES:

Pintura y gráfica:

http://www.tiempodearte.com/artistas/archivo_plastica/pintores/sergio_amira/samira1.html
<http://cultura.metrosantiago.cl/Portal/Contenido.asp?CodCanal=114&TipoCanal=A>
http://www.portfolios.com/Deus_ex_Machina
http://www.portfolios.com/Asirio_Egmar
http://www.portfolios.com/Argos_E_Raimi

Entrevista:

<http://www.escaner.cl/escaner66/articulo.html>

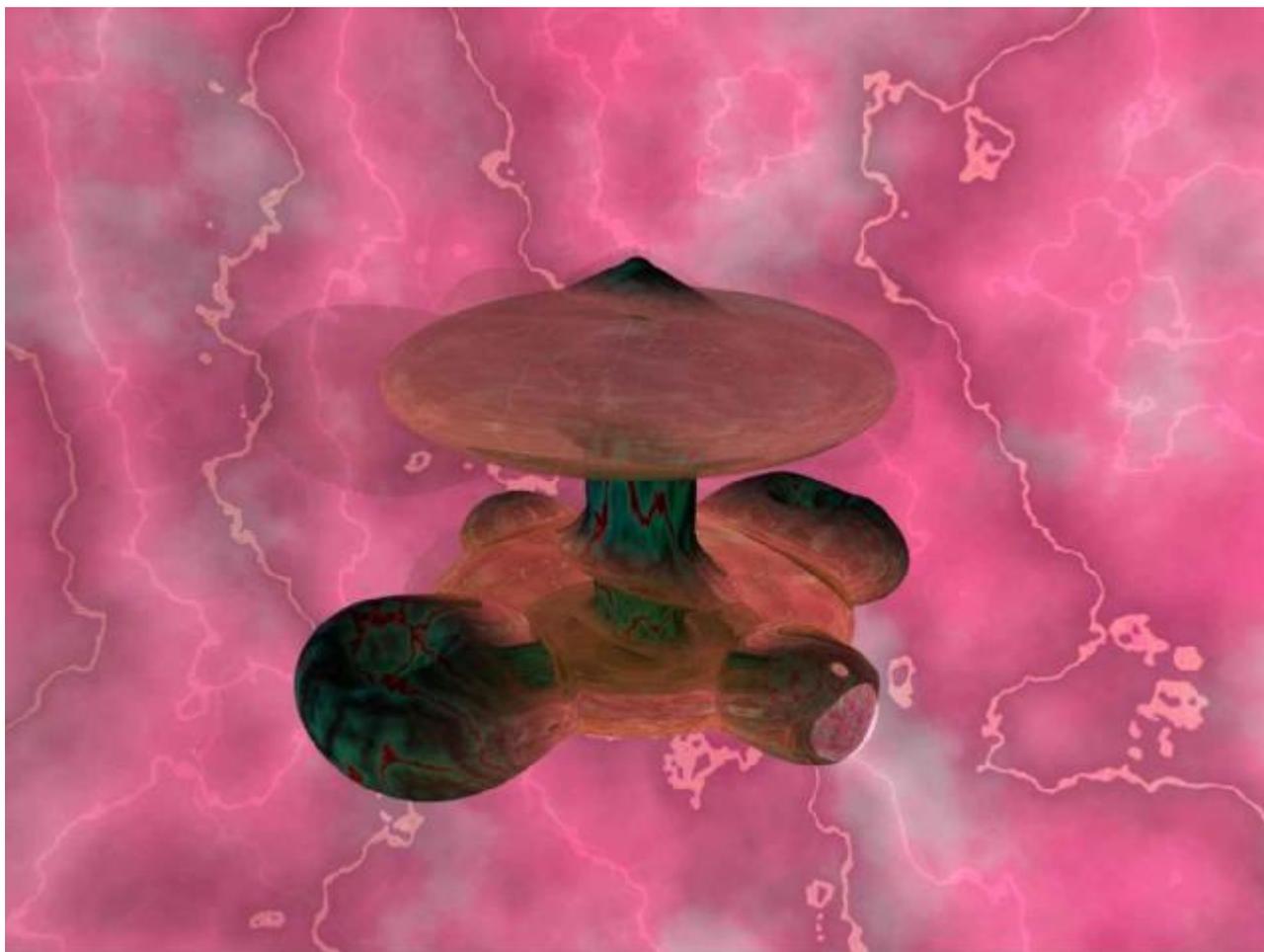
Artículos y narrativa:

<http://fobos.iespana.es/>
<http://www.revistacomiqueando.com.ar/main.htm>
<http://www.quintadimension.com>
<http://www.utopika.cl/calabozodelandroide/>
<http://www.utopika.cl/tauzero>



GRACIELA I. LORENZO TILLARD

El segundo de nuestro portofolios es el dedicado a Graciela. Esta arquitecta se decanta por los programas de diseño gráfico y, mayoritariamente, por el uso de los tonos color pastel.



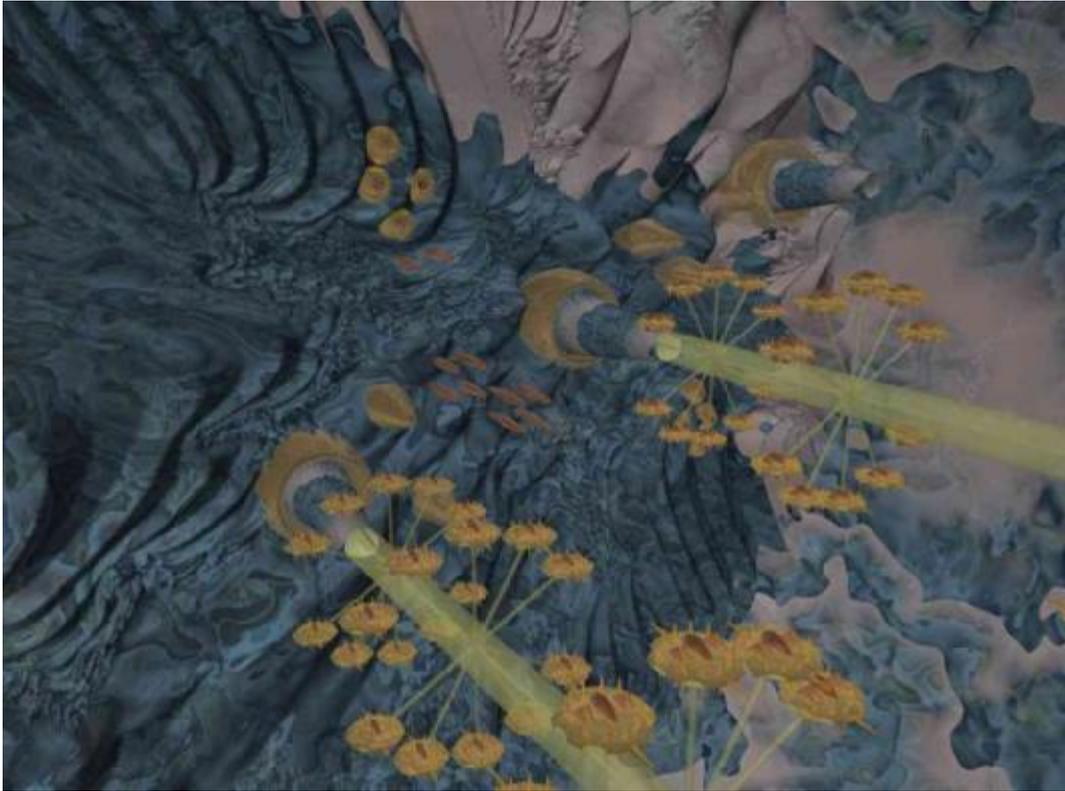
Nave madre



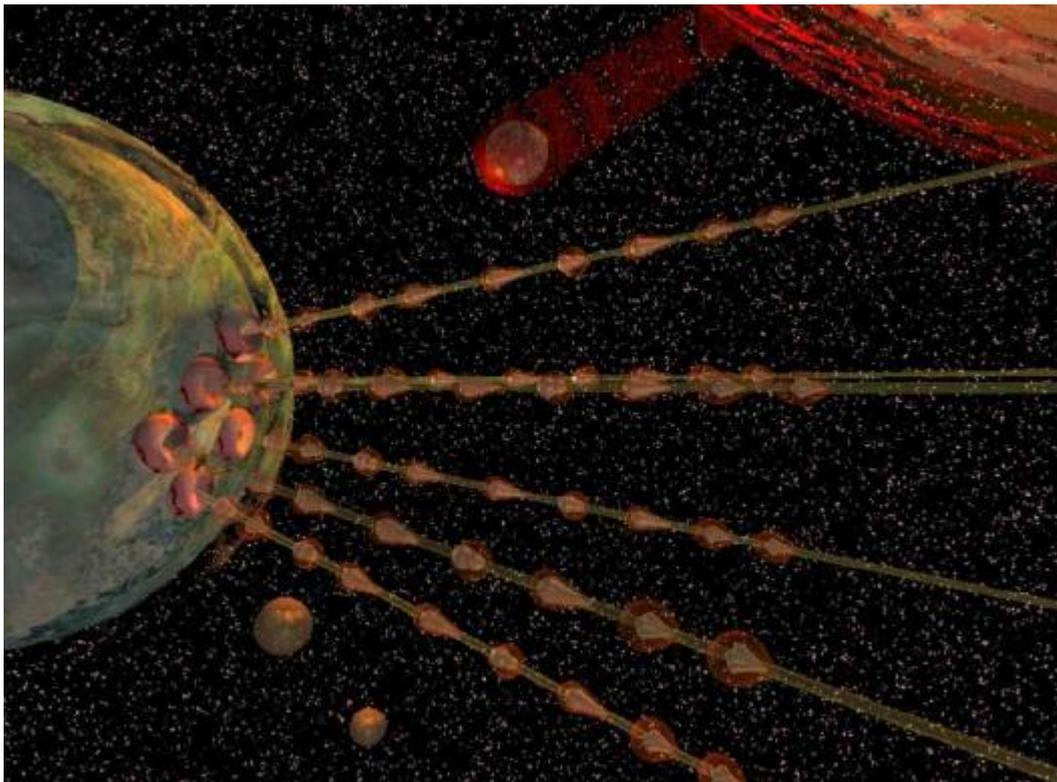
Invasión



Volcánica



La partida



Evacuación



Desovando

Graciela Inés Lorenzo Tillard nace en la hermosa ciudad de Córdoba, Argentina en 1947; es arquitecta y profesora en la Universidad Nacional de Córdoba.

Ha publicado en varios sitios web, como *Pulsar*, *The Plague*, *Babar*, *Axxon*, *Qliphoth*, *Ma-Ycro*, *Erídano*, y *Alfa Eridiani* y también en revistas impresas en papel como *La Plaga*, *Menhir* y *Revista 800*. Una de sus historias, compartida con **Fabio Ferreras**, ha sido seleccionada para la antología *Razas Estelares*, publicada (2004) por *Editorial Libro Andrómeda*, una prestigiosa firma editorial en España.

Algunos de sus dibujos, muy modestos, aparecieron en *Púlsar*, con su relato *Ónice*. Ahora ha decidido incursionar en la ilustración en 3D, para lo cual emplea un software libre de nombre *Pov-Ray*.

Su escritor de ciencia ficción favorito es **Isaac Asimov** y le complace leer, traducir, hacer bonsai y dibujar en 3D; se pueden encontrar algunas de estas cosas en su página web: <http://www.lorenzoservidor.com.ar>

© 2005, Graciela Inés Lorenzo Tillard



Artículos

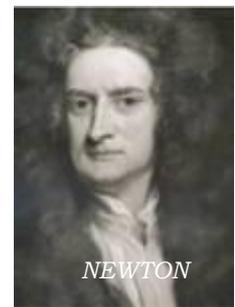
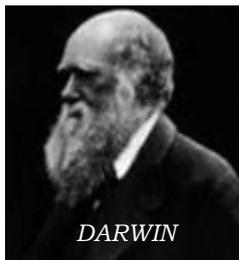
CIENCIA FICCIÓN: EL HUMANISMO DE HOY

por Antonio Mora Vélez

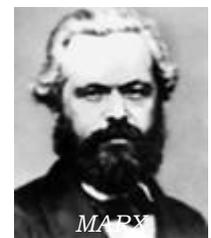
Pocas veces nos paramos a reflexionar sobre los orígenes y el papel de la ciencia-ficción. Ésta fue posible cuando la humanidad se convenció del principio heraclitiano que afirma que todo es movimiento y entronca con las raíces más humanistas de la humanidad.

LA CIENCIA Y LOS ORÍGENES DE LA CF

La ciencia-ficción –dicen los teóricos del género **Robert Scholes** y **Eric S. Rabkin**– sólo pudo empezar a existir como forma literaria cuando al ser humano le resultó como concebible un futuro diferente. Antes de **Newton**, de **Darwin** y de **Marx**, tal modo de encarar la realidad era poco menos que inconcebible. El primero demostró que las leyes que rigen el universo rigen también en la tierra y de ese modo facilitó el trabajo de extrapolación científica propio de la ciencia-ficción; el segundo afirmó que las especies animales no han sido siempre las mismas y el tercero que las formas de organización social han cambiado con el tiempo, con lo cual proporcionaron fundamentos a la concepción evolucionista que es también parte de la estructura del género.



Quienes han definido esta modalidad literaria toman en cuenta esta particularidad señalada. **David Ketterer** sostiene que toda CF sugiere una realidad nueva y a menudo visionaria¹; para **Michel Butor** la CF es *la literatura que explora el campo de lo posible tal como la ciencia nos permite vislumbrarlo*²; para **Umberto Eco** la CF es la narrativa de la conjetura y es realizada *mediante la extrapolación de ciertas tendencias del mundo actual que constituye la posibilidad misma de un mundo futurizable*³ y para **Amit Goswami** la CF es el género de literatura



¹ Ketterer, David, *Apocalipsis*, Utopía, CF, Edic. Las paralelas, Buenos Aires, 1976.

² Butor, Michel, *La crisis de desarrollo de la CF*, 1953.

³ Eco, Umberto, *La CF: el arte de la conjetura*, Suplemento Intermedio, Barranquilla, 1985 agosto.



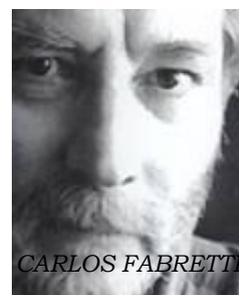
que se ocupa de los cambios que se producen en la ciencia y en la sociedad¹. Esta visión dialéctica, cambiante, histórica, del mundo no fue posible sino hasta el advenimiento de la ciencia moderna.

No es casual que varios de los autores arriba citados señalen como precursores del género a narradores del siglo XIX. Para **Gattegno** la ciencia-ficción data desde 1895, año en el que **Herbert G. Wells** publicó *LA MAQUINA DEL TIEMPO*; según **Umberto Eco**, quien identifica los conceptos CF y Anticipación, el precursor es **Julio Verne** con *20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO* (1870); en cambio los citados **Scholes** y **Rabkin** señalan la obra *FRANKESTEIN* (1818) de **Mary Shelley**, como la primera del genero, basados en que en ella *la ciencia hace plausible lo fantástico* y en que el prefacio del libro, escrito por **Percy Bysshe Shelley**, sostiene que *algunos tratadistas alemanes de fisiología han supuesto que no es del todo imposible el hecho en que se fundamenta esta novela...*².



Antes de la Ciencia-Ficción existió la literatura fantástica, que se distingue de la realista en que su mundo posible es estructuralmente distinto del real ya que existe una oposición entre ambos que no permite franquear las barreras que los separan. En la CF, como dice **Gattegno**, exigimos la razón de ser científica, lógica, del argumento; en tanto que en la literatura fantástica aceptamos su trama sin discusión. *La verdadera esencia de lo fantástico* –dicen **Scholes** y **Rabkin**– *no tiene nada que ver con lo real*³. La CF, por el contrario, sí, puesto que se ocupa de la realidad en lo más específicamente humano de ella: tratando el tema del progreso de nuestros conocimientos sobre el universo y el lugar que ocupamos en él, que es tanto como decir, la condición misma de existencia del hombre sobre la tierra.

La anterior dicotomía existente entre las literaturas realista y fantástica se acabó con el surgimiento de la ciencia moderna y la aparición en escena de la ciencia-ficción. La razón es que la ciencia es de suyo fantástica y que ha justificado y hecho posible la realización en el mundo real de sus fantasías. La teoría de la relatividad de **Einstein** es no solo una teoría científica sino una fuente de fantasías que excede los límites de la imaginación cotidiana.



Hoy con base en lo anterior, los escritores de CF sostenemos que ella es la literatura realista y fantástica de nuestra era y no existe contradicción en la

¹ Goswani, Amit, *CF: una doble experiencia de la realidad*, El correo de la Unesco, noviembre de 1984.

² Scholes y Rabkin, *CF: Historia-Ciencia-Prospectiva*, Edit. Taurus, Madrid, 1982.

³ Scholes y Rabkin, op. cit.



afirmación. **Carlos Frabetti** dice que la CF es *por su propia naturaleza a la vez fantástica y científica*¹ y para **Marcos Winocur** es *Lo mágico con pasaporte de la legalidad científica*².

2.- ESTRUCTURA DEL GÉNERO: PAPEL DE LA CIENCIA EN ÉL

La ciencia juega un papel determinante en la aparición y en la estructura de la CF pero no la define totalmente. Para quienes manejan el criterio de la anticipación científica como elemento modular del género es esencial que el relato se sujete a los cánones de la ciencia y que la prospección sea posible desde el punto de vista de la lógica científica. Es la llamada CF *dura*, caracterizada por su rigor científico. Pero no todos los narradores del género pensamos de ese modo. En la actualidad hay otras variantes que estiman que la CF ha desplazado su centro de interés hacia la influencia social y sociológica de las ciencias y que aceptan la validez de una obra de CF, independientemente de que maneje teorías científicas o no, siempre que refleje el espíritu de la época generado por el carácter revolucionario, transformador de las ciencias. **Eugueni Brandis**, crítico ruso, dice: *La tendencia divulgadora no es fundamental en la CF de nuestros tiempos. En primer plano se colocan los problemas sociales psicológicos, éticos o filosóficos*³. Tal desplazamiento ha ampliado el papel de la imaginación en el género y orientado su norte hacia el humanismo.

Además del espíritu renovador, la ciencia le aporta al género su léxico y su método, llamado de la conjetura por **Umberto Eco**. Sólo que la CF procede al revés. Mientras las ciencias explican un resultado real mediante una ley posible que luego verifica o descarta, la CF imagina una realidad y la fundamenta en una ley real o imaginaria, en un presupuesto científico, y no se preocupa por verificar el resultado imaginado, lo deja a la historia o a la eternidad, como dice **Eco**.



Cabe señalar aquí que la CF utiliza también como presupuesto a la llamada pseudociencia y que en muchos autores, al lado de términos y teorías científicas, figuran otros de su total inventiva. Pero en ambos casos el escritor debe convencer al lector de que sus fantasías científicas son posibles en otro tiempo o en otros mundos.

¹ Frabetti, Carlos, *Ciencia-ficción 6a colección Bruguera*, Barcelona, 1972.

² Winocur, Marcos, *CF ¿imaginación creadora o evasión?*, revista Plural, México D.F., Nro 163, abril de 1985.

³ Brandis, Eugueni, *En el mundo de la fantaciencia*, revista Literatura Soviética Nro 1 (403) de 1982.



3.- EL HUMANISMO DE NUESTRA ÉPOCA

El progreso de la ciencia está destinado a acarrear una enorme confusión y miseria a la humanidad a menos que esté acompañado de la ética, ha dicho **Freeman Dyson**. Este autor ha señalado en su obra¹ que el progreso de las ciencias va por un lado y el de la sociedad por otro. *El problema fundamental para la sociedad humana en el próximo siglo (XXI) es el desajuste entre las tres nuevas olas tecnológicas (Informática, Biotecnología y la Neurotecnología) y las tres necesidades básicas de la gente pobre (educación, vivienda y salud buenas y baratas).*

Las ciencias aplicadas, dice este autor, se han dedicado a producir cosas que se vendan lucrativamente, en lugar de pensar en resolverle los problemas a la comunidad. Cosas para quienes pueden comprarlas, como las computadoras y los teléfonos portátiles, con lo cual contribuyen a ensanchar la brecha entre ricos y pobres y a restringir las posibilidades de igualdad y movilidad social. Las llamadas ciencias puras, por su parte, se dedican a manejar campos esotéricos alejados de los problemas cotidianos, como los de la conquista del cosmos y la física de las partículas. Dado el compromiso que los científicos tienen con los comités empresariales y estatales, las ciencias han aportado una cuota considerable de destrucción de la naturaleza y de la vida. Las ciencias tampoco escapan a la sindicación de catalizadoras, con sus inventos y aplicaciones, del egoísmo y de la agresividad del hombre.

Por las anteriores razones, en la CF actual uno de sus temas fundamentales es la ética. La razón estriba en que de la ciencia depende el destino de la civilización y como aquella es, de suyo, ajena al problema moral o político, su manejo, la orientación que las naciones le den, ha pasado a ocupar un primer lugar en el catálogo de las grandes preocupaciones humanas. Dado que la ciencia ocupa un lugar en la estructura del género, como hemos visto, éste es el único que puede examinar las tendencias del desarrollo y señalar salidas o correctivos para los problemas que aquella ocasione. **La CF es medularmente evolutiva, no entiende la sociedad en forma estática:** no aspira simplemente a retratar un instante o una etapa de la vida humana sino a prospectar el mundo hacia delante. El realismo tradicional no puede mostrar un cuadro más patético y sugerente sobre las consecuencias de una guerra nuclear que el dibujado por la ciencia-ficción. Tampoco lo puede hacer frente al tema de la contaminación ambiental. La razón es sencilla: **sólo la CF, por cuanto aborda la realidad desde una perspectiva dinámica, puede referirse al futuro posible, al desenlace de los problemas actuales que han sido generados por la ciencia.** Y dado que el futuro de la humanidad esta estrechamente ligado al uso que el hombre haga de la ciencia y la tecnología, la ciencia-ficción –una es-

¹ Freeman Dyson, "Mundos del futuro", Grijalbo, Barcelona, 1998.



pecie de **Sócrates** colectivo de la vida moderna- ha devenido en el humanismo de nuestros días.

© Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ, escritor colombiano, es un asiduo de nuestra revista, le publicamos tanto poemas como cuentos y artículos. Es autor de los libros de cuentos *GLITZA* (1979), *EL JUICIO DE LOS DIOSES* (1982) y *LORNA ES UNA MUJER* (1986), de varios ensayos y de los poemarios *LOS CAMINANTES DEL CIELO* (1999), *EL FUEGO DE LOS DIOSES* (2001) y *LOS JINETES DEL RECUERDO* (2004), este último en la web). Antologado por Daína Chaviano en *JOYAS DE LA CF*, La Habana, 1989.



CALZADO A LA MEDIDA. Un ejemplo de ciencia ficción doméstica *por Dixon Moya*

Pocas veces nos paramos a reflexionar sobre lo que puede hacer la ciencia en nuestra vida cotidiana. No obstante muchos de los utensilios que utilizamos a diario fueron en su momento ciencia-ficción. A pesar de este aserto muy pocos autores del género se han parado a escribir con ese tema de trasfondo. Dixon Moya nos comenta uno de esos cuentos.

A Patricia, cuya huella está marcada en mi alma.

Uno de los mejores cuentos de ciencia ficción que he leído en mi vida, pertenece a la pluma del escritor ruso **Victor Saporin**, o si lo prefieren **Viktor Stepanovich Saporin** (1905-1970)¹ y se titula *LAS BOTAS MÁGICAS*² (*THE MAGIC SHOES*, no me pidan que lo escriba en ruso porque no tengo idea). El argumento es tan simple como complejo. Narra la historia de un chico, Petja, que como todos los que pertenecen a esa maravillosa edad, gasta sus energías jugando con sus pares en la calle y paralelamente desgasta las suelas de sus zapatos. Un día recibe un sencillo e inesperado regalo, por parte de un hombre mayor, quien ha sido testigo de su brío incansable así como de las penurias económicas de su madre, Antonina Ignatova. Se trata de un par de botas, que seguramente como la mayoría de artefactos de la era soviética no se destacarían por su estética, pero sí por su eficacia. No recuerdo si el autor hace una descripción detallada de los zapatos, pero imagino que eran unas botas pesadas, gruesas, de puntera cuadrada reforzada, de color negro o marrón oscuro.



Sin embargo, la esencia del relato no descansaba en la superficie sino en el fondo, como diría **Aristóteles** (promotor del concepto denominado hilemorfismo), en el hyle (materia) no en el eidos (forma), en la esencia no en la apariencia. En este caso, en el material en el cual estaban hechas las botas, un sustrato eterno, interminable e indefinible, a prueba de cualquier niño. Imaginen, zapatos inagotables, el sueño de

¹ Quizá mejor sería decir escritor soviético, pues como se observa la mayor parte de su ciclo vital transcurrió durante el nacimiento y consolidación de la Unión Soviética, mucho antes de pensar siquiera en su desaparición.

² **Relatos de ciencia ficción.** Antología. *Biblioteca Colombiana de cultura.* Colección popular. 1972. No deja de ser una curiosidad bibliográfica la existencia de este libro, que pertenecía a un proyecto de motivación por la lectura en el público colombiano, emprendido por entidades oficiales y empresas privadas de aquella época. Interesante hallazgo en un medio que no se caracteriza por su afición a la ciencia ficción.



todo padre, y por ende de todo esposo, si lo llevamos al plano del calzado femenino que trataremos más tarde.

En mi opinión este cuento, es la muestra perfecta de lo que podríamos llamar los *relatos domésticos de ciencia ficción*, es decir, una variante de este tipo de literatura, alejada de las grandes naves espaciales y demás argumentos rimbombantes y presuntuosos, para acercarla a los problemas cotidianos de la gente, que pueden llegar a ser trascendentes e intrincados. Siempre he considerado, que este podría y en cierto modo debería ser uno de los filones para explotar por parte de los autores hispanoamericanos. En ocasiones, nos vemos repitiendo los argumentos descubiertos y trabajados hasta el cansancio por escritores de otras latitudes, olvidando los elementos que están a nuestro alrededor. Lo importante, es que esto no es incompatible con la posibilidad de estar a la vanguardia de la ciencia y tecnología, porque nuestra historia reciente o pasada, está plagada de pequeños gigantes inventos, hechos con sueños imaginados en idioma español, como un bolígrafo argentino o una válvula colombiana contra la hidrocefalia.

Volviendo, o mejor sería decir desandando, al tema del calzado, este es un apropiado ejemplo, de lo importante que son los temas cotidianos en nuestra vida. Puede existir un invento que a pesar de las múltiples variantes, ¿mantenga su espíritu fiel al original modelo? Sin creador que lo haya patentado (¿quizás Adán?), seguramente un hombre recién salido de las cavernas, cansado de los dolores en los pies causados por el suelo agreste y su propia evolución, pues ahora despojado de pelos, su piel estaba expuesta a los peligros del medio, decidió un buen día conseguir una plantilla hecha con hojas fuertes, un



pedazo de cuero abrigado y unas lianas amarradas al pie. Ese día, como dijo una vez el señor **Neil Armstrong**, la humanidad dio un gran paso. Luego la historia se complicó, sobre todo en materia de calzado femenino, pues es un hecho conocido que la mente de la mujer es compleja y su espíritu difícilmente experimenta satisfacción, sobre todo a la hora de las compras. Sin embargo, debemos reconocer que la mujer transformó una necesidad en arte.

El pie humano, más que un órgano es una herramienta, más que una obra estética es una construcción de refinada ingeniería, que desafía las leyes sobre resistencia y equilibrio. La mujer es consciente de eso, los pies no están hechos para ser exhibidos, son utilitarios, así que permanentemente exige artefactos que cubran esta parte del cuerpo. A diferencia de otros órganos cuyas vestimentas, necesitan cada vez menos material, como las blusas, faldas o pantalones, los pies parecieran ir en contravía, e incluso como en el caso de las botas que llegan hasta las rodillas, colonizan nuevos territorios escapando de su área de acción. Es cierto que existen zapatillas descubiertas, que dejan libres los dedos, lo cual sería más lógico, pero siendo sinceros en pocos casos se ve bien. Mantener un pie inmaculado y bello, no sólo requiere una buena herencia genética, sino extremos cuidados que escapan a las posibilidades socioeconómi-



cas, de la mayoría de mujeres. No todas las damas tienen la posibilidad de calzarse bien, ni siquiera de calzarse, lamentablemente aún hay miles que siguen siendo perseguidas por la ignorancia y la miseria.

Pero retomando el paso, la mujer le ha aportado mucho a la industria del calzado, posiblemente desde la cenicienta con su zapatilla de cristal hasta doña **Imelda de Marcos** con sus miles de pares de zapatos, los diseñadores han tratado de innovar y crear en una materia que pareciera no tener mayores posibilidades. Las señoras transformaron la función de un pequeño elemento llamado tacón, diversificando sus posibilidades, convirtiéndolo en símbolo paradójico, al mismo tiempo de elegancia e incomodidad, de ascenso social y complejo de inferioridad, de seducción y peligro, pues en malas manos, o malos pies, puede ser un arma letal, o por lo menos sirve de castigo a pésimos bailarines, como quien esto escribe.

Hace poco acompañé a mi esposa a un almacén de zapatos, ubicado en el barrio bogotano Restrepo, famoso por su tradición de calzado, allí en medio del olor característico del cuero nuevo y lustrado, me llamaron la atención unas botas para mujer, cuyos tacones estaban situados no como es la costumbre finalizando el talón, sino en la mitad del mismo. Aunque no me gustaron, porque es difícil aceptar lo que va contra lo establecido, no pude dejar de admirar a quien tuvo la ocurrencia de cambiar de lugar, así fuera unos pequeños centímetros, aquel elemento que ha estado en el mismo sitio durante cientos o miles de años. Sin lugar a dudas, y quizás aunque su creador no fuera conciente, se trata de una modificación crucial.

Si nos atenemos a la ciencia ficción, podemos especular y pensar que quizás algún día, una mujer primorosa y elegante, entre a un sofisticado establecimiento sin vitrinas, más parecido a un consultorio médico que a un almacén de calzado, en donde un especialista tome con delicadeza sus pies, los introduzca en un reducido cubículo y luego con su computador u ordenador tome todas las medidas correspondientes, en las tres dimensiones conocidas. Más tarde con el modelo virtual, recreará las posibilidades en cuanto a material, diseño, color, tacones y demás accesorios a gusto de la cliente. Cuando al término de los minutos o las horas, la señora esté por fin decidida y otorgue su visto bueno, el operario ingeniero oprimirá un botón verde, accionando una inmensa máquina que mezclará sustancias, texturas, cortará y pegará, para que al final mediante un sonido agudo como un pito, o una voz electrónica pregrabada, anuncie que los zapatos están listos.

Al cabo de unos meses, la misma señora tratando de pasar desapercibida, llevará los mismos zapatos a un estrecho local, entregándolos a un hombre con lentes redondos y manos negras por su trabajo, pidiéndole que los remonte, es decir, que le cambie las tapas a los tacones. El hombre, uno de los últimos zapateros que existen, pertenece a una tradición artesanal que a pesar de los cambios tecnológicos, se resiste a desaparecer. Seguramente será un fin de



semana, porque es bien sabido que los zapateros no trabajan el lunes.

© Dixon Moya

A DIXON MOYA le conocemos del cuento anterior, recordemos que este diplomático colombiano es ensayista y escritor y tiene publicados artículos, crónicas, poesías y cuentos en libros, periódicos y revistas especializadas.

 **Golwen** Revista Literaria
Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.
<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>
Suscripción: golwen-alta@elistas.net

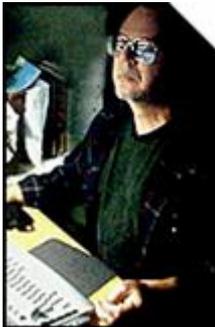


BIENVENIDO AL FUTURO

por Steven Utley

Traducción de Graciela Inés Lorenzo Tillard

Para que el futuro de la humanidad profetizado por la ciencia-ficción se cumpla, antes deben cumplirse una serie de condiciones. Steven Utley analiza cuáles son y su solución.



Steven Utley

En diciembre 1999, el editor de The Nashville Tennessean invitó a los lectores a que compartieran sus ideas, en la forma de breves ensayos, acerca del siglo y del milenio por venir; las mejores contribuciones saldrían en una Edición Especial New Year's Day 2000. Después de calcular las probabilidades de un diluvio de ensayos provenientes de otros autores de ciencia ficción que vivían en la zona, respondí de la siguiente manera.

NUESTRO SIGLO

Al final de nuestro siglo sus prodigios y horrores competían por el primer lugar.

Durante el pasado cuarto de siglo y aun más, he sido autor ocasional de algunas historias de ciencia ficción; antes de eso, leí montones de historias de otros autores de ciencia ficción. No es por lo tanto ninguna exageración decir que he esperado gran parte de mi vida poder contemplar lo que los promotores del futuro alguna vez llamaron El Mundo del Mañana, un mundo que siempre me ha parecido al alcance de la mano, debido a mi cercanía en el tiempo al siglo veintiuno y al milenio venidero.

Durante la década del 50, *tecnófila* y hambrienta de sexo, El Mundo del Mañana comprendía mochilas con cohetes, automóviles alimentados con energía atómica y chicas con minifaldas de vinilo; en la actualidad, cuando se desconfía de la propaganda del futuro, se ha convertido en un lugar más

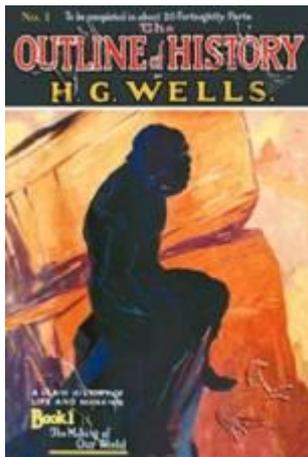


© Adrian Vargas



horroroso y más mugriento, poblado por cyberpunks, cyberbikers¹, y chicas con minifaldas de cuero; en otros cincuenta años, reflejará y refractará la sociedad de cincuenta años a partir de ahora. Imagino que todavía habrá chicas con minifaldas, pero ¿quién sabe lo demás? La reputación de la ciencia ficción como literatura profética está excesivamente hinchada. Incluso **H. G. Wells**, quien lanzó hace cien años la ciencia ficción en su forma moderna, estaba generalmente equivocado en los detalles. Sin embargo, él comprendía lo esencial: el futuro trae cambios y si olvidamos estar preparados vamos a ser aplastados por ellos.

Si ciertas condiciones son logradas –en principio si nuestra civilización y sus muchísimos componentes excitantes no es convertida en pedazos por las tensiones internas o demolida directamente por un desastre natural como el impacto de un asteroide– el próximo milenio presenciara seguramente nuestro viaje a través de todo el sistema solar. Tal vez incluso nos aventuraremos en el espacio interestelar para visitar planetas que giran alrededor de otras estrellas. Esta última fase de dispersión se verá espantosamente demorada por los estándares humanos, porque las distancias interestelares son tan vastas que la luz apenas gatea de estrella a estrella, incluso viajando a una velocidad –para nosotros inalcanzable– de 186,000 millas por segundo. Estas distancias pesan contra la formación de cualquier imperio galáctico que tenga a nuestro mundo en el centro; en cuanto hayan salido hacia las estrellas, nuestros descendientes estarán forzosamente librados a sus medios.



Antes de que la vida pueda *pararse sobre la tierra como sobre un escabel y extender su reino entre las estrellas*, como **Wells** escribió al final de su *Outline of History*, esas condiciones a las que aludí tienen que haberse logrado completamente, y probablemente no después de fines del siglo XXI, porque están inseparablemente vinculadas entre sí. Nosotros debemos:

1) Aceptarnos como criaturas naturales dependientes del orden natural de cosas. Se ha comprendido lentamente pero en general, quizás incluso en Nashville, la idea de que el medio ambiente no debe ser arrasado con bulldozers para hacer sitio a nuevos centros comerciales. Los recursos y la adaptabilidad de nuestro planeta son finitos.

2) Controlar el crecimiento poblacional. Una civilización sobrecargada con el cuidado de una población multiplicándose geométricamente nunca podrá obtener los recursos necesarios para crecer y mantener un programa de viajes

¹ Originalmente, una cultura joven de Gran Bretaña que evolucionó desde los teddy boys en los 60; vestían chaquetas de cuero negro, jeans y botas; tenían el cabello grasiento, conducían motocicletas y escuchaban rock and roll; eran sumamente inexpertos en labores manuales. (Nota del traductor)



interestelares. No se puede culpar a las personas hambrientas de falta de interés en los viajes espaciales.

3) Aceptarnos los unos a los otros. En el siglo XX abundan ejemplos horribles de lo que resulta de concentrarnos en nuestras diferencias demasiado agresivamente. Todos pertenecemos a la misma especie y por ahora todos habitamos el único planeta que alberga vida en el universo conocido. Conseguir estos fines exigirá tanto que aprendamos cosas nuevas como que olvidemos las viejas. ¿Podemos nosotros, simios inteligentes, fecundos, codiciosos y guerreros, llegar a tiempo todos juntos? Eso espero. Como **Wells** señalaba en su *Outline*, es una carrera entre educación y catástrofe.

EL FINAL

Bien, pensaba que había hecho un trabajo bastante decente. Imagine mi disgusto al no ocupar siquiera los primeros puestos entre los fracasos. A decir verdad, perdí contra alguien que escribió que sería maravilloso si la sonda Americana a Marte –que en ese momento acababa de errar el aterrizaje en el planeta rojo– llegara en cambio al Cielo y que Dios la utilizara para comunicarse con nosotros.

© Steven Utley
© de la traducción:
Graciela I. Lorenzo Tillard

STEVEN UTLEY nació en 1948; su padre era Sargento de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y eso le permitió viajar por muchos lugares. Disfrutó de la lectura desde pequeño y, al descubrir a Edgar Rice Burroughs y a Ray Bradbury, decidió involucrarse en la ciencia ficción. Es autor de tres colecciones de historias: *GHOST SEAS*, *THE BEASTS OF LOVE*, y *WHERE OR WHEN*, y de dos volúmenes de poesía. El presente artículo ya fue publicado en *Bewildering Stories*: <http://www.bewilderingstories.com/issue104/index.html>.



EL FIN DE LA ETERNIDAD DE ISAAC ASIMOV

por J. Javier Arnau



The End of Eternity (1955)
ISBN: 848896692X
La Factoría de Ideas
Solaris Ficción (50)
Portada: Michael Whelan
Traducción: Miguel López Genicio

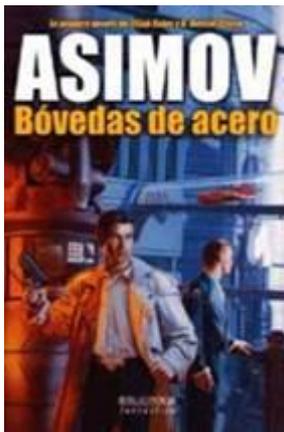
EL FIN DE LA ETERNIDAD no solo es la mejor novela de un autor sino, también, una de esas novelas que se quedan en tu retina y deseas que no acabe en un deseo de aprehender sus contenidos. En ella podemos encontrar acción, intriga, romance, amén de buena ciencia-ficción. Pocas veces he disfrutado con una novela como cuando leí *EL FIN DE LA ETERNIDAD*.



ue levanten la mano los que no conozcan a **Isaac Asimov** y a su ingente obra... bien, los que la habéis levantado, podéis revisaros la biografía del *buen doctor* publicada en el número anterior.

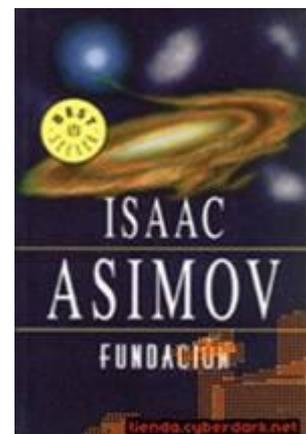


En la parte bibliográfica, podréis ver que las hemos agrupado por cronología y series. Dos grandes series por las



que **Asimov** es conocido son las de la *Fundación: FUNDA-CIÓN, SEGUNDA FUNDACIÓN...*, y la de los *Robots: BÓVEDAS DE ACERO, EL SOL DESNUDO, ROBOTS E IMPERIO, LOS ROBOTS DEL AMANECER...*

Décadas después de haber acabado la serie *Fundación*, y las de los *Robots*, escribió nuevas entregas de *FUNDA-CIÓN*, que situó cronológicamente antes del primer libro de la serie; en estas entregas, utilizó un elemento que unificaba las dos series por las que era mundialmente reconocido, además de con otras más o menos relacionadas –como la *serie del Imperio Galáctico (ESTRELLAS COMO POLVO/EN LA ARENA ESTELAR, LAS CORRIENTES DEL ESPACIO, UN GUIJARRO EN EL CIELO* –en la que se nombra por primera vez a Trántor, capital del Imperio en *FUNDA-CIÓN*–.





Bien, ahora tenemos unificadas y situadas cronológicamente las series de: *Imperio Galáctico*, *Robots*, *Fundación*; pues bien, aún nos quedan novelas –y relatos– más o menos independientes, como ésta que nos ocupa.

¿Independiente?... más o menos.

Intentemos, primero, aclararlo. La Eternidad, una organización al margen del Tiempo, que existe en todos los tiempos. Los Eternos, que velan por el bienestar de todos los siglos, mediante cambios más o menos sutiles en las corrientes del Tiempo. La labor de ejecutar estos cambios, a pesar de reconocerse como necesaria, recae en unos hombres mal vistos tanto por los residentes en el tiempo normal –los pocos que serán conscientes de ellos–, como por sus propios compañeros en la Eternidad. Una vez se realizan los cambios, los *temporales* no tienen conciencia de ello, sino que ven su pasado como un fluir continuo. Bien, ¿y que relación tiene esto con las *Fundaciones y los Robots*?; ahora vamos a ello. El desenlace, debido a una serie de circunstancias que no desvelaremos, pues os estropearíamos la lectura, conduce a un futuro Imperio Galáctico, con lo que fácilmente enlazamos con la serie Imperio Galáctico → ← Robots → Fundaciones.

Y, si conocéis la obra de **Asimov**, veréis que en la cronología en que fueron escritas sucede:

a) En la serie de los *Robots* no existe el Imperio, aunque se empiece a vislumbrar.

b) En las series Imperio + Fundación no existen los robots... hasta que **Asimov** escribió años después las nuevas novelas de la Fundación, en las que con la inclusión de un Robot, enlazó las diferentes series.



En el libro que nos ocupa, se comenta *El contrapunto temático a su trilogía de las Fundaciones*; bueno, en cuanto a temática yo lo enlazaría más con las de Robots. En estas últimas, hay una evolución de las famosas leyes robóticas, que lleva a una nueva ley que más o menos dice que *el bienestar de la sociedad es prioritario sobre el del individuo, y si para lograr el primero se debe sacrificar al individuo, es permisible*. Esto es lo que, años después, llevará al Imperio Galáctico primero, y a la Fundación después.

Y en *EL FIN DE LA ETERNIDAD*, se permiten pequeños sacrificios –mediante Mínimos Cambios Necesarios– por el bien de la sociedad a lo largo de unas cuantos siglos. Sin embargo, esto no es comúnmente aceptado, y el desenlace, como hemos dicho, es un cambio radical de los planteamientos de la Eternidad, que llevara a una futura instauración del Imperio Galáctico.



Bien, tal vez un tanto enrevesado, pero **Asimov** lo quiso así...

Ahora, la novela propiamente dicha; pues estilo **Asimov** puro. Como podéis ver en el encabezamiento, esta novela data de finales de los años cincuenta, con todo lo que ello conlleva. El grueso de las novelas y relatos de **Asimov** data de esas décadas.

Un inciso; leyendo el artículo de la compañera **Maria Jesús** de *MUJERES EN LA CIENCIA FICCION*, de la revista **Galaxia** de Diciembre 2004, se comenta que una de las *utilidades* de la mujer en las novelas de CF era tener alguien a quien se les debía explicar las cosas, para que así se enterase el lector. Esto era muy frecuente en esas épocas, y **Asimov** no era una excepción. Aquí se utiliza tanto a la *mujer* de la novela, como al novato cuya educación en cuestiones de tiempo *primitivo* está a cargo del protagonista, para largas explicaciones intercaladas entre la acción de la historia; claro, que cuando cae el velo y el rol de la mujer no es tal y como creíamos, el flujo de información se invierte, pero sigue habiendo explicaciones para que el lector vaya siguiendo el desarrollo de la novela.

Bueno, es una manera de escribir. Indudablemente, consideramos mejor que el lector vaya descubriendo la información tal y como va avanzando la acción, en vez de interrumpirla de tanto en tanto para que nos la cuenten. Pero es un estilo, propio de la época en que se escribieron estas historias. Ahora bien, en manos de un maestro como **Asimov** las explicaciones están bien metidas en la historia, encajan bastante bien, sin chirriar en ningún momento; no vamos a descubrir ni a **Asimov** ni su estilo a estas alturas, cuando ha sido uno de los autores más leídos y reconocidos en este nuestro país.

Pues la historia es más o menos la comentada; la Eternidad existe desde su instauración –sobre el siglo XXVII– hasta el fin de los Tiempos. Su misión es velar por el bien de toda la raza humana. Cuando observan desviaciones que pueden llevar a problemas en el futuro, se calculan los cambios necesarios para solventar esas desviaciones. Los Ejecutores son los encargados de realizar esos cambios, por lo que son mal vistos por sus propios compañeros –los Eternos–; los *temporales*, es decir, la sociedad que vive en el tiempo *normal* casi nunca serán conscientes de que se ha alterado la realidad. Sin embargo, hay unos *siglos ocultos*, en los que a pesar de existir la Eternidad, nadie la habita, ni se puede acceder al tiempo normal desde ella, como sí sucede en el resto de los siglos.

En este escenario, un duro ejecutor, Andrew Harlan –y los que conozcan a **Asimov** y su obra sabrán el porqué de este nombre compuesto– lleva a cabo una misión en la que entrará en juego el amor –cosa que él nunca consideró–, lo que lleva a una *partida de ajedrez temporal* que trastocará toda la Eternidad, por lo que a su vez se verá afectada la Realidad de tiempo *normal*.



Algunos críticos consideran esta novela como la mejor historia de viajes en el tiempo; ¿tienen razón? Bien, es un poco aventurado considerar cualquier cosa como lo mejor. Verdad es que los viajes por la Eternidad al margen del tiempo, la entrada y salida desde la eternidad al flujo normal del tiempo, y los cambios que se realizan en él para preservar el bienestar de los siglos venideros es una las mejores ideas tanto de los viajes en el tiempo, como de la CF en general –recordad que estamos hablando de una historia fechada en 1955–.

También la consideran una de las mejores novelas de su autor... pues lo mismo, muy arriesgado decir si es lo mejor o no; ahora, a mi parecer sí es una de las mejor escritas y más originales de su autor. En otras, bajo una capa –a veces bastante ligera– de CF, nos está contando una historia policiaca, o histórica, o de algo mas o menos alejado de la CF. Por eso, en cuanto a novelas conocidas de **Asimov**, considero ésta una de las que más contenido de Ciencia Ficción posee, y una de las mejor tratadas en cuanto a estilo literario.

Y una curiosidad que ya comenté en la reseña de *HACIA EL TEOREMA DEL PUNTO FIJO* 32 (Espiral Ciencia Ficción n° 32) en cyberdark.net – <http://www.cyberdark.net/portada.php?edi=6&cod=407>–; leyendo aquella, me vino ésta a la cabeza. *EN HACIA EL TEOREMA DEL PUNTO FIJO*, los viajes en el Tiempo son fácilmente realizados por aquel(los) que tiene acceso a él, sin ningún problema, ni miedo a las paradojas temporales, ni nada parecido. *EN EL FIN DE LA ETERNIDAD* ..., se tiene mucho cuidado con las paradojas, se calcula exactamente el momento de entrada y salida en el tiempo normal para no encontrarse a uno mismo, o no estar en el momento del cambio –a pesar de estar protegidos de él–, etc. Son maneras diferentes de considerar un mismo tema, una literatura de ideas; pero eso no quiere decir que reneguemos del estilo...

© J. Javier Arnau

J. JAVIER ARNAU ha sido colaborador de cyberdark.net hasta su desaparición –la de cyberdark, no la de Javier. Ha publicado relatos, artículos y reseñas en revistas electrónicas y páginas web tales como Pulsarfanzine, RockSonora, Cyberdark.net, La Pluma Nocturna, UniversidadMiskatónica, Espiral Ciencia Ficción, etc. Escribió un par de historias compartidas de CF, una de ellas publicada en Bélgica, con autores como Eduardo Vaquerizo, Víctor Conde, Graciela Lorenzo, Santiago Eximeno, etc. En *papel*, además, para unas publicaciones subvencionadas por Ayuntamientos de su zona, y para fanzines amateurs. Ha dirigido y escrito para su propio grupo de teatro amateur, La Farola Apedreá así como para una TV local y una emisora de radio *libre*. Tiene un blogspot en <http://javiercyb.blogspot.com/>

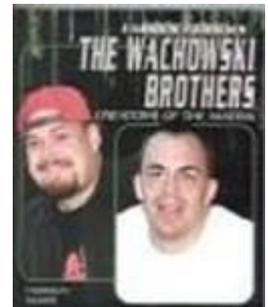


ANIMATRIX: EL RESURGIR DEL CORTO

por Miguel Ángel López Muñoz

Es posible que muchas personas que disfrutaron con *MATRIX*, referente cinematográfico obligatorio no sólo por su calidad sino por su posterior influencia, vieran con recelo el proyecto de crear una serie de cortometrajes basados en la película original a causa de lo abusivo que resulta cierto merchandising tendente a vaciar los bolsillos del fan a costa de lo que sea. En cierto modo, no nos engañemos, esa es la intención de *ANIMATRIX*; pero la diferencia es que a cambio obtenemos un producto de una impresionante calidad y que va en una línea, si no opuesta a la malograda trilogía, sí al menos independiente.

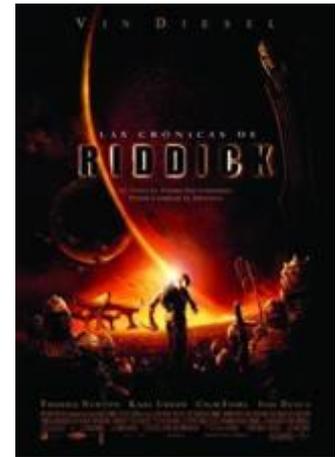
Un primer punto a destacar es que no más que *MATRIX* es necesario para comprender estos cortos (salvo, quizá, *EL ÚLTIMO VUELO DE OSIRIS*, estrenado en España tanto en cines como en televisión con la intención de promocionar *THE MATRIX RELOADED*). Y eso les dota de personalidad propia, capaces de ser apreciados por sí solos. Del total de nueve cortos que componen el DVD, cuatro son obra de los hermanos **Wachowski**, y están destinados a esclarecer algunos de los acontecimientos vagamente mencionados en las películas: cómo se supo que Sión corría peligro inminente (*EL ÚLTIMO VUELO DE OSIRIS*), cómo llegaron las máquinas a dominar el mundo y crear Matrix (*EL SEGUNDO RENACIMIENTO 1, 2*), quién es ese chaval plasta que no deja en paz a Neo (*HISTORIA DEL CHICO*).



Ésta es la parte más comercial del DVD, la destinada a los fans de toda la vida. Sin embargo, el resto de los cortos no corresponde a la visión de los hermanos **Wachowski**, sino a la de una serie de creadores acerca de un mundo ya predefinido. Existen nombres conocidos para aquellos que conocen el mundo del manga (**Peter Chung** por ejemplo), pero hay también jóvenes talentos emergentes. Estos cortos no se centran en la historia principal de Matrix sino que son fragmentos perdidos de hombres y mujeres que en algunos casos ni saben qué es Matrix ni lo llegarán a saber nunca, pero no por ello son menos heroicos ni merecedores de que su historia sea contada. Desde la soledad hasta la superación de uno mismo, pasando por la belleza poética o la filosofía, abarcan un amplio espectro temático que los **Wachowski** no pueden desarrollar debido a que ellos están obligados a contar la historia desde un punto de vista macroscópico.



Estos cortos por otro lado han sido el pistoletazo de salida para otras ideas similares. Desde las *CLONE WARS* de **George Lucas**, un éxito rotundo que será continuado, hasta las *CRÓNICAS DE RIDDICK*, el mundo del corto de animación se ha puesto al servicio de los grandes personajes del cine. En el caso concreto de *ANIMATRIX*, además, el manga ha efectuado un salto importante para darse a conocer en el mundo occidental. *MATRIX* era manga con imagen real; *ANIMATRIX* es manga más puro pero no por ello más impersonal.



Destacar también que en el DVD se incluye, además del clásico *COMO SE HIZO* (en concreto uno por cada corto), un pequeño documental de gran interés hablando de la historia del manga y su influencia cultural en Japón. Por otro lado la banda sonora, aunque con retazos de su hermana mayor, posee muchas canciones muy interesantes y que seguro serán conocidas por muchos de los que vean los cortos.



En resumen, con *ANIMATRIX* los hermanos **Wachowski** perdieron el control de su creación, lo que resultó ser una enriquecedora experiencia para ellos y su criatura. Y como decía Optimus Prime, Hasta que Todos Seamos Uno.

N. del Autor: Los cortometrajes *EL SEGUNDO RENACIMIENTO PARTE 1 Y 2*, *PROGRAMA* e *HISTORIA DEL DETECTIVE* pueden ser libremente visualizados en la página web oficial <http://www.intothematrix.com/>.

© Miguel Ángel López Muñoz

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ es madrileño nacido en 1981, estudiante de último año de ciencias matemáticas. Debido a que tiene que lidiar con extrañas geometrías no euclidianas se ha aficionado a las novelas de ciencia-ficción, aunque la novela negra también ocupa un hueco en su corazón. Tal vez por eso su película favorita sea *BLADE RUNNER*, síntesis de ambos géneros. Profesa devoción hacia *RAYMOND CHANDLER* y considera *NO TENGO BOCA Y DEBO GRITAR* de *HARLAN ELLISON* como el relato más impactante que ha leído.



El rincón del lector

COMENTARIOS SOBRE LO MEJOR DE LA CIENCIA-FICCIÓN COLOMBIANA, ERIDIANO N° 9

Pocas veces tengo oportunidad de exponer la opinión de los lectores de la revista, aún a pesar de que para mí es motivo de alegría. He aquí dos de los comentarios surgidos en la lista peruana Coyllurcf (<http://espanol.groups.yahoo.com/group/coyllurcf/>)

A cabo de leer lo mejor de la CF Colombiana, 36 páginas y confieso que me quedé con el deseo de leer más, de adentrarme con mayor profundidad al pensamiento y modo de expresarse de los escritores colombianos.

Ahora como observación: la mayor parte de los cuentos si no todos son del tipo CF blanda, algunos coqueteando con la fantasía. Esto no es un descubrimiento: en el prólogo ya nos avisan de que la CF en Colombia se inclina hacia el lado humanista. Hay muy poca Ciencia o ninguna en los relatos antologados. Lo cual, por supuesto no quiere decir que no sean CF.

¿Por que en términos generales, la literatura Latinoamericana, tiene estos mismos matices?

No soy un experto pero creo que la influencia de la tecnología aún no se siente, a veces vivimos ajenos a ella, nos movemos en entornos que retan poco a la inteligencia (léase en el sentido técnico). Por otra parte esta la influencia de los que nos antecedieron, o a veces los que tuvieron éxito. No sé, quizás me equivoque (casi seguro) pero en todos los cuentos que leí sentí al Gabo y a sus predecesores aleteando en la conciencia de los escritores que tuve el placer de leer.

Sí: hay poesía (MEMORIAS DE UN CRONONAUTA de **Rebetez**, el único de los antologados del que había leído algo). Hay ironía, una especie de guiño macabro (LA SAGRADA GEOMETRÍA de **Juan Gutiérrez**) pero hubiera deseado, y esto es ya cuestión de gustos, que la especulación (según palabras de **Dixon Moya**) hubiese tenido un poco mas de ciencia para condimentar los relatos.

© Albino Hernández Pentón



Hola Albino:
Tratando de responder a tu pregunta, hay que precisar que media una distancia entre lo que un escritor *escribe* y lo que *publica*. Y es que esto último está mediatizado por una editorial, la cual tiene como objetivo ganar dinero (lo que no es necesariamente malo). Pero, obviamente, dirige las políticas editoriales tomando en cuenta factores que no pertenecen a la esfera del autor.

Así, en los 60 y 70 la literatura hispanoamericana *se puso de moda*, con ciertos referentes (**Vargas Llosa, García Márquez**). Entonces, para vender, una novela o cuento hispanoamericano *tenía que ser así*.

Entonces, imagínate a los autores llegando con sus originales bajo el brazo, y a los editores pasándose la voz:

—Oye, ese ha traído ciencia-ficción. ¿Lo boto?

—No, échale una ojeada, si es *hard* adiós, si es *soft*, a ver si lo publicamos.

Las prácticas editoriales son un misterio... Según comentan, ahora están de moda los escritores de ascendencia oriental afincados en Inglaterra (**Kazuo Ishiguro, Haneif Kureishi, Arundathi Roy...**)

Una de las ventajas de la Internet es que nos permiten publicar sin el tamiz de las preferencias y políticas editoriales. Creo que en España se han publicado algunas novelas en clave *hard*, cuestión de tiempo para el *hard latinoamericano*.

© Daniel Salvo

RESPUESTAS

Hola a los dos, Albino y Daniel:
Me alegra saber que a Albino le surgieron ganas de leer más sobre la literatura colombiana. Creo poder satisfacerle en un futuro no muy inmediato, crucemos los dedos, pues he encargado una nueva antología a la nueva hornada de escritores colombianos.

No garantizo el resultado pues como se dice en el artículo el uso y abuso de elementos garciamarquianos ha producido una reacción, digamos, alérgica y es posible que las nuevas generaciones no se sientan tan influenciadas por **Gabriel García Márquez** como sus precursores.

¿Qué hace que la ciencia-ficción en Latinoamérica sea más humanista que la norteamericana e incluso la europea? Es muy posible que se deba a sus distintos orígenes. Si no me equivocó el origen latinoamericano de la cf es de ca-



rácter utópico y se sustituye el lugar recóndito en el espacio para situarlo en el futuro.

En cambio, el origen europeo y norteamericano tiene un origen verniano, recordemos que **Hugo Gerbansk** se hallaba muy influenciado por **Verne**. Del agotamiento de ese modelo surgiría la ciencia-ficción actual.

No estoy muy seguro de que haya una gran diferencia entre lo que se escribe y se publica, tal y como afirma Daniel. Tengamos en cuenta que **Borges** se llegó a autopublicar antes de hacerse famoso. Los escritores suelen escribir sobre lo que han leído, salvo que tengan una nueva idea que comunicar y hagan el esfuerzo de transmitirla a la sociedad. Pero veamos un ejemplo sacado de España.

Aquí debemos presentar a nuestro **José de Elola** (1859-1933), quién fue uno de los dos precursores más importantes de la ciencia-ficción española junto a **Jesús de Aragón** y, en vez de seguir la línea verniana de novela futurista, escribió proto *space opera* mucho antes de que ésta fuera inventada en Estados Unidos. Veinte años después **G. H. White** toma el relevo en una España prácticamente aislada del resto del mundo y en la que **José de Elola** es una referencia notable a falta de referencias mejores. Sin que por ello la obra de **White** sea inferior a la de su ilustre antecesor. Mantuvo bien alta la antorcha de la CF en España.

Más que un misterio, el proceder de los editores se basa en el gusto personal de cada uno. Por ejemplo, *La saga de los luchadores del espacio* fue como fue gracias a que así le gustaba al editor que es quién paga el gasto de impresión.

© José Joaquín Ramos



Noticias

CONVOCATORIAS ALFA ERIDIANI

Queremos recordar a nuestros lectores que continúa en vigor el *Especial relatos domésticos de ciencia ficción*. Los relatos que se envíen a este Especial deben versar sobre aplicaciones prácticas de la ciencia y la tecnología en la vida cotidiana de avances que hoy parecen impensables pero destinados a cambiar nuestros usos y costumbres. Fuera de la ciencia-ficción podemos encontrar ejemplos en las microondas de los radares que se aplicaron primero en medicina y luego revolucionaron la cocina con los microondas. ¿Qué me dicen de los pañales que llevan los niños de hoy en día? En origen fueron usados por los astronautas para recoger sus desechos de una forma cómoda.

Dentro de la ciencia-ficción, se nos muestran casos puntuales de platos que se cocinan, polvos o cremas afeitan en segundos, trajes que no necesitan limpieza, ...

Desde esta revista queremos invitar a los escritores de ciencia ficción a que imaginen un futuro en el que existan estas aplicaciones prácticas y como afectarían a nuestras costumbres. Lo que buscamos es un argumento del estilo:

... Si nos atenemos a la ciencia ficción, podemos especular y pensar que quizás algún día, una mujer primorosa y elegante, entre a un sofisticado establecimiento sin vitrinas, más parecido a un consultorio médico que a un almacén de calzado, en donde un especialista tome con delicadeza sus pies, los introduzca en un reducido cubículo y luego con su computador u ordenador tome todas las medidas correspondientes, en las tres dimensiones conocidas. Más tarde con el modelo virtual, recreará las posibilidades en cuanto a material, diseño, color, tacones y demás accesorios a gusto de la cliente. Cuando al término de los minutos o las horas, la señora esté por fin decidida y otorgue su visto bueno, el operario ingeniero oprimirá un botón verde, accionando una inmensa máquina que mezclará sustancias, texturas, cortará y pegará, para que al final mediante un sonido agudo como un pito, o una voz electrónica pregrabada, anuncie que los zapatos están listos.

© Dixon Moya
Reproducido con permiso del autor



La fecha límite de entrega será el 20 de Noviembre de 2005 y deberán enviarse a alfaeridiani@yahoo.es

También seguimos necesitando poemas de ciencia-ficción y artículos. Estos pueden tener tanto un carácter literario como ser ensayos sobre películas, cómics, obras gráficas y artículos científicos.

Igualmente sigue en vigor el llamado que realizamos a los dibujantes para que nos envíen su obra. El objetivo es publicar una serie de portofolios que promocionen la obra gráfica del remitente. Las únicas condiciones que se establecen es que se envíen entre seis y nueve imágenes, sean inéditas y se ajusten a los patrones de ciencia-ficción.

Otra forma de colaborar con nosotros es solicitándonos cuentos para ilustrar.

Con nuestros más cordiales saludos:

Los editores.

[Fuente: Alfa Eridiani]

NOVEDADES FORMIGE

La editorial Formige ha sacado recientemente *EXTREMAUNCIÓN* de **José María Boto Bravo** al precio de 15 euros.

Extracto de la reseña:

Teniendo en cuenta la admiración que despierta Jack Vance resulta extraño que su obra y forma de escribir haya producido tan pocos imitadores y aún menos homenajes. Mientras que formas más que cuestionables de entender la ciencia-ficción, como es el ciberpunk, han inducido miriadas de obras y obritas de dudoso buen gusto y cuestionable calidad, este maestro de la aventura apenas ha encontrado discípulos entre sus seguidores.



Se puede ver la reseña completa en <http://forminge.ciencia-ficcion.com/numero.php?coleccion=cfc®istro=1&numero=1>

[Fuente: Formige]



NOVEDADES CIENCIA-FICCIÓN PERÚ

Ciencia Ficción Perú (espanol.geocities.com/cifiper2002/) ha actualizado su página. Agradecen las colaboraciones.

<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/set5.htm>

Editorial: ¿LAS INVASIONES JUBILOSAS?

<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/alarco.htm>

Reseña de *LA MAGIA DE LOS MUNDOS*, novela del autor peruano **Eugenio Alarco**.

<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/pretell.htm>

Reseña de *MÁS ALLÁ DE*, noveletas de **Manuel Cuba** y **Jorge Revilla**, por **Víctor Pretell**.

<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/arellano1.htm>

Reseña de *TIK-TOK*, de **John Sladek**, por **Juan Arellano**

<http://espanol.geocities.com/cifiper2002/conciencia.htm>

CONCIENCIA RECUPERADA, cuento de **Ronald Delgado**

[Fuente: Daniel Salvo]

COMUNICADO DE LIBRO ANDRÓMEDA - CF

Está programado el retorno de Mundo Imaginario para el primer semestre de 2006. No volverá como la revista que fue en el pasado, sino como una sencilla colección de libros vinculada y dependiente de la colección principal Libro Andrómeda-CF.

Mundo Imaginario abarcará las áreas de novela y ensayo, mientras que Libro Andrómeda continuará editando antologías de relatos y volúmenes monográficos. Como ambas publicaciones están vinculadas, funcionarán bajo una única suscripción que continuará llamándose Libro Andrómeda-CF.

Con motivo de esta especialización en dos vertientes editoriales, cada categoría de los Premios Andrómeda de ficción especulativa será publicada por una de las dos colecciones, según sea la obra relato o novela; aunque en las bases de los Premios Andrómeda 2006, por economía del lenguaje, se denominarán genéricamente como *Libro Andrómeda* a ambas colecciones dado que es el nombre por el cual el público conoce hoy los libros y también los premios que concede este editor aficionado.



Ver convocatoria completa en
http://usuarios.lycos.es/libroandromeda/2_premio_andromeda.htm .

[Fuente: Claudio Landete]

NECRONOMICÓN N° 9 EN LÍNEA

El Necronomicón N° 9 correspondiente al mes de septiembre ya está en línea. En esta oportunidad presenta a sus lectores cuentos de Iñigo Fernández, Jorge Sánchez y Juan de Dios Garduño. La ilustración es de Juan Raffo.

Necronomicón es una publicación periódica dedicada a la ficción muy corta del género fantástico (Terror, Fantasía y Ciencia Ficción). El fanzine está concebido como un homenaje a H. P. Lovecraft, por lo que la temática lovecraftiana es favorecida dentro de la línea editorial. Necronomicón publica ficción corta de menos de 1000 palabras de longitud. Las colaboraciones deben ser remitidas a ubikcf@yahoo.com.

El número 10, en preparación, estará disponible en línea para finales de octubre de 2005.

Necronomicón es publicada por UBIK, Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía.

[Fuente: Jorge De Abreu]